

Apoyo al último año del nivel medio/polimodal
para la articulación con el nivel superior

Prácticas de lectura y escritura

Entre la escuela media y los estudios superiores

Cuaderno de trabajo para los docentes

**Sociedad, Ciencia y
Cultura Contemporánea**



MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA *y* TECNOLOGÍA
PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

AUTORIDADES

Presidente de la Nación
DR. NÉSTOR KIRCHNER

Ministro de Educación, Ciencia y Tecnología
LIC. DANIEL FILMUS

Secretario de Educación
PROF. ALBERTO SILEONI

Secretario de Políticas Universitarias
DR. JUAN CARLOS PUGLIESE

Directora Nacional de Gestión Curricular
y Formación Docente
LIC. ALEJANDRA BIRGIN

Coordinadora de Investigaciones
e Información Estadística
LIC. MARTA KISILEVSKY

Coordinadora de Áreas Curriculares
DRA. ADELA CORIA

Coordinador del Programa de
Articulación
LIC. GUSTAVO CRISAFULLI

Coordinador del
Plan Nacional de Lectura
DR. GUSTAVO BOMBINI

ELABORACIÓN DEL MATERIAL

Coordinación

MARINA CORTÉS

NOSOTROS Y LOS OTROS

Autora

MARÍA FERNANDA CANO

Consultoría y lectura crítica

PABLO ERRAMOUSPE

DOLORES ESTRUCH

DEMOCRACIA Y DESIGUALDAD EN LA ARGENTINA

Autora

MARÍA FERNANDA CANO

Consultoría y lectura crítica

PABLO ERRAMOUSPE

COPENHAGUE, 1941: CIENCIA Y ÉTICA

Autora

ANALÍA REALE

Consultoría y lectura crítica

DIEGO HURTADO DE MENDOZA

Primera edición octubre de 2004

Primera reimpresión junio de 2005

Prólogo

Emprendemos este proyecto con el propósito de mejorar la articulación del sistema educativo y la vinculación entre la escuela media y los estudios superiores.

La iniciativa forma parte de un conjunto de estrategias que tienen la finalidad de vincular entre sí los distintos tramos del sistema educativo y, al mismo tiempo, potenciar recorridos de trabajo conjunto abarcando diversas instituciones y áreas disciplinarias. Con esta propuesta se brindarán más oportunidades a los jóvenes del último año de la escuela media interesados en continuar estudios terciarios o universitarios, para que se capaciten en contenidos que faciliten su tránsito hacia ese nivel educativo.

Queremos sumar principalmente a los docentes de los niveles medio/polimodal, terciario y universitario para que compartan herramientas pedagógicas y puedan así imaginar soluciones para “problemas compartidos”.

Pensamos que la práctica de la lectura, el desarrollo del pensamiento crítico, la escritura de textos y la comprensión de información matemática son algunos de los ejes básicos de conocimiento de una dinámica que queremos continúe en el nivel superior, y que afianzaremos durante los nueve encuentros en que consistirá este curso de apoyo a los estudiantes.

Al mismo tiempo, creemos que se convertirá en un trascendente aporte en dirección a igualar las oportunidades educativas de todos nuestros estudiantes, especialmente de quienes tienen condiciones socio-económicas más desfavorables.

Agradecemos la participación de todos en esta experiencia, los aprendizajes que de ella tomemos nos serán de gran utilidad para definir iniciativas futuras.

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Nosotros y los otros

Introducción

Los textos que integran este cuaderno de trabajo se organizan en torno al tema “Nosotros y los otros”. Tal como se menciona en la introducción dirigida al alumno, se trata de un tema sumamente amplio, que puede ser abordado desde distintas disciplinas, como la filosofía, la historia, la antropología, la etnografía, los estudios culturales, la literatura, etc. En este sentido, es importante señalar que no se pretende un estudio exhaustivo; por el contrario, a partir de una selección de textos, se propone una serie de actividades de lectura y de escritura, que favorezcan las múltiples operaciones que éstas implican.

Para su ordenamiento, se han considerado cuatro ejes principales: la discriminación y los derechos humanos; el problema de la conquista y la dominación; la convivencia entre distintas lenguas y las imágenes de los otros, que se ponen en escena en la ciudad; y, por último, la problemática del “otro” en el cine, a través de las películas de ciencia ficción, el personaje del extraterrestre, y *Bolivia* de Adrián Caetano. Los cruces entre estas perspectivas son, por demás, numerosos, y serán señalados a lo largo de su recorrido. Sin embargo, esto no significa que otras lecturas no sean posibles. Lejos de eso, sería deseable que, motivados por los intereses de los alumnos, se propongan otros entrecruzamientos que surjan del debate, la confrontación de textos y su análisis.

La lectura es así entendida como una actividad compleja que supone no sólo el reconocimiento de los propósitos de un texto, de sus características particulares, de los variados elementos que lo constituyen, sino también el cotejo y la comparación con otros textos, la búsqueda de información que complete y amplíe el horizonte del lector, la vinculación con otros temas derivados.

En el cuaderno de trabajo dirigido al alumno, se plantea como punto de partida una pregunta ya formulada en el editorial de la revista Unesco: ¿por qué el “otro” nos resulta amenazador? A esa pregunta inicial, se suman otras: el “otro” ¿es siempre un extraño?, ¿es siempre un posible enemigo?, ¿acaso no puedo aprender de las diferencias que otros proponen?, ¿acaso las relaciones no se enriquecen gracias a la presencia de los otros? La propuesta es aquí abrir a la reflexión sobre el tema. Por eso, sería interesante que en cada encuentro sea posible volver sobre esa reflexión, quizás para formular nuevos interrogantes, que profundicen el planteo inicial a partir de los aportes de los textos; quizás para ensayar algunas respuestas, aun cuando se consideren provisorias. En este sentido, las preguntas pueden servir tanto de guía de la actividad lectora como de disparador de nuevas inquietudes, nuevos interrogantes impulsados por la curiosidad de conocer, de saber, de averiguar algo más sobre el tema.

Se trata, en todo caso, de abrir no sólo el camino de la lectura, sino también el de los múltiples senderos en los que puede ir bifurcándose. Pues si bien la mencionada metáfora se utiliza con frecuencia para referirse a la lectura, no siempre se contemplan las nuevas rutas, a veces previsibles y otras no tanto, que supone.

Nosotros y los otros

Para comenzar a explorar el tema y formular nuevos interrogantes, se sugiere la lectura de:

- “Estructuras de las ideologías y estructuras del significado”, de Teun van Dijk. En este artículo, y desde una perspectiva lingüística, se analiza cómo las ideologías afectan la semántica del discurso.¹ Se trata de un texto que brinda categorías de análisis que el docente podrá proponer para interpretar otros textos que le interese trabajar con los alumnos.

¹ El texto de van Dijk se encuentra en *Anexo*, al final del cuaderno de trabajo.

Capítulo I

La existencia del “otro”: de la discriminación a los derechos humanos

“Los orígenes de las ideas racistas”, de Mijail V. Kriukov

Para comenzar a indagar en la problemática de la discriminación, se propone la lectura de “Los orígenes de las ideas racistas”, de Mijail V. Kriukov. En este artículo, se indaga en los orígenes de estas concepciones con un claro detenimiento en los términos que se utilizaron para denominar a los “otros”. Es importante, entonces, trabajar con ese vocabulario que, por otro lado, volverá a aparecer en varios textos de este material.

Luego de una primera lectura, y en un intercambio oral, se sugiere:

- Relacionar los conceptos de tribu y raza.
- Comentar los usos del término “bárbaro” para referirse a los otros.
- Vincular el uso de la palabra “bárbaro” con la acepción que se menciona en la plaqueta lateral.
- Comparar los usos de los términos “bárbaro” y “esclavo”.
- Revisar las adjetivaciones que suelen acompañar a estos términos: inferior – extraño, así como los verbos: obedecer.

Antes de realizar el resumen de las principales concepciones de las civilizaciones egipcia, griega, china y persa (consigna 1), sería conveniente recordar con los alumnos la ubicación geográfica de esos pueblos e, incluso, ubicarlos en una línea cronológica de tiempo que permita contextualizar la información.

La siguiente consigna (Nº 2) supone distinguir las características comunes entre esas civilizaciones, con el objetivo de acercarse a los conceptos antes discutidos. Por otro lado, se propone la caracterización de los mismos pueblos (sean griegos, egipcios, etc.) que utilizan esas denominaciones. En este caso, se trata más bien de inferir esa información, e incluso, discutirla: Si uno considera a otro bárbaro, inferior, extraño, ¿cómo se considera a sí mismo?, ¿en qué lugar se coloca? Este es un modo en que las preguntas iniciales comienzan a profundizarse.

En la consigna siguiente (Nº 3), la propuesta es recuperar saberes ya adquiridos, sobre todo, del campo de la historia. Uno de los temas clave, en este sentido, es la Segunda Guerra Mundial y el exterminio de judíos que se llevó a cabo. Por otro lado puede introducirse el tema de la Conquista española de América (que será abordado en el capítulo 2) o también la Conquista del Desierto, que tuvo lugar en nuestro país, donde el otro era el indio.

La exploración de los términos “raza” y “racista”, que pueden surgir ya en la consigna anterior, sirven de introducción, a su vez, para la siguiente, en la que se propone una

Nosotros y los otros

vuelta al artículo para considerar el tema de los “prejuicios racistas”. Puede sugerirse, aquí, una relectura del artículo para un mejor aprovechamiento de las consignas ya realizadas.

Finalmente, la última consigna plantea, a través de una propuesta de escritura, un ejercicio de cierre que permita, a su vez, que el alumno pueda expresar sus opiniones por escrito y fundamentarlas. Si se considera más adecuado, la escritura puede proponerse en forma grupal de modo que enriquezca el debate de ideas entre los alumnos.

“Universalidad de los derechos humanos”, de Yoshikazu Sakamoto

Antes de la lectura del artículo de Y. Sakamoto, se introduce el tema de los derechos humanos a partir de la *Declaración universal*. Para ampliar la información que los alumnos puedan conocer sobre esa declaración, se adjunta, al final del cuaderno de trabajo, el texto completo y se agrega información complementaria en la plaqueta lateral sobre el contexto de redacción de ese texto. Contar con esa información no sólo puede servir para contextualizar la lectura del artículo siguiente, sino también, para que otros temas puedan abrirse, vinculados, por ejemplo, con algún artículo específico de la Declaración misma.

Puede proponerse una lectura y comentario grupal del artículo de Sakamoto, teniendo en cuenta:

- Las características del texto argumentativo.
- El estilo de exposición de su autor, marcado por preguntas que le permiten hacer avanzar su razonamiento.
- El seguimiento que hace el lector de ese tipo de exposiciones, “como si estuviera pensando frente a él”.

Luego de estos comentarios, la primera consigna serviría para sintetizar los argumentos centrales del artículo.

En las consignas siguientes (Nº 2 y Nº 3), la propuesta enfoca la lectura del artículo en relación con las imágenes y los epígrafes que lo acompañan. La riqueza de esas imágenes y epígrafes, vinculadas con el tema en cuestión, permitirá no sólo revisar los argumentos ya expuestos con anterioridad, sino también abrir a otro modo de leer que, seguramente, traerá aparejados nuevos temas relacionados. Tal es el caso de: la igualdad, el trabajo mancomunado, el trabajo mecanicista, la imposibilidad de la diferencia, el poder. En este sentido, pueden proponerse algunas preguntas:

- ¿Quién le da cuerda a los muñecos que fabrican juguetes mecánicos?
- ¿Por qué sólo hay un hombre de raza negra en “Apoyo mutuo”?

Complementariamente, dos películas que pueden vincularse con este tema son: *Tiempos modernos*, de Charles Chaplin, y *The wall* (Otro ladrillo en la pared). En esta última película, la famosa escena de la picadora de carne evidencia algunas similitudes con las imágenes del artículo. Esa escena se acompaña, por otro lado, con el tema musical conocido por su célebre frase: “We don’t need your education” (Nosotros no necesitamos su educación).

La existencia del “otro”

A modo de cierre, la consigna N° 4 es otra propuesta de escritura argumentativa, que permite expresar las ideas personales del alumno y sintetizar argumentos ya trabajados.

Por último, y a partir de la lectura de otra imagen, en este caso, de René Magritte, se propone la escritura de un epígrafe que exprese un argumento. Dado que se trata de una imagen nueva, es probable que surjan ideas diferentes a las ya elaboradas hasta el momento. Y teniendo en cuenta la brevedad de los textos, sería interesante que los epígrafes producidos puedan ser leídos en la clase, de manera de retomar los temas desde nuevas perspectivas. La lectura grupal permitirá, a su vez, que los intereses y motivaciones de los alumnos puedan desarrollarse con mayor seguridad y el intercambio enriquezca el debate, la discusión, las ideas.

Capítulo II

La conquista del «otro»

“Las razones de la victoria” (fragmento), de T. Todorov²

El marco histórico elegido para trabajar el problema de la dominación es bien conocido por los alumnos: la Conquista de América. Antes de la lectura del artículo siguiente, pueden indagarse esos conocimientos previos a partir de algunas preguntas sencillas. Por ejemplo, ¿por qué se denomina el 12 de octubre Día de la Raza?, ¿qué concepciones cambiaron cuando se cumplió el quinto centenario del desembarco de Colón?, ¿por qué el “descubrimiento” se transformó, entonces, en “conquista”?

Por otro lado, la pregunta que se plantea antes de la lectura es aquí ¿por qué el otro, el indio, un inferior desde la perspectiva del conquistador, acepta ser dominado? En la primera consigna, se propone un análisis de la respuesta que da T. Todorov, cuando establece una línea de continuidad entre los aztecas y Hernán Cortés.

A lo largo de ese análisis, surgen muchos temas que pueden recuperarse: la dominación en relación con la religión, con la lengua; ¿qué hacen los conquistadores con las imágenes religiosas del otro?; ¿qué hacen con la cultura del otro? Más precisamente, la quema de libros es un hecho que puede vincularse con los episodios durante el gobierno dictatorial en nuestro país.

En la consigna siguiente (Nº 2) se propone explorar el sentido de la expresión “mal menor”. Es, también, un recurso argumentativo que suele desnudar un modo de razonamiento ligado con la resignación: “entre dos males, me quedo con el menor”. La “cantidad” de mal es, así, argumento suficiente para aceptar lo inaceptable. Este razonamiento suele verificarse en diversas situaciones, algunas cotidianas y vinculadas con el ámbito privado; otras públicas y conocidas, por ejemplo, la reciente guerra contra Irak. En torno a ese hecho, el presidente norteamericano introdujo varias veces en sus discursos la etiqueta “el mal” para referirse al enemigo. Desde el otro lado, la problemática interna del propio Irak se puso en juego a la hora de evaluar si la guerra era un mal menor o no.

Es dentro de ese mismo marco histórico que puede considerarse la consigna siguiente (Nº 3), en relación con el terror ante las “armas de destrucción masiva” que se suponía poseía el enemigo. Este argumento fue también clave en episodios como el lanzamiento de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, por ejemplo. Qué se entiende por “arma” es así un tema que, en la historia de las dominaciones de los pueblos, ha ido variando. Incluso, si se piensa en otros tipos de armas, el ataque a las Torres Gemelas o los miedos ante ataques suicidas vuelven a modificar el panorama.

² El texto de Todorov se encuentra en *Anexo*, al final del cuaderno de trabajo.

De alguna manera, con discusiones y reflexiones como éstas, estamos dándole otro sentido a la lectura, estableciendo vínculos entre el pasado y el presente. Con ese propósito, los comentarios anteriores se sugieren como una suerte de posibles bifurcaciones del tema, siempre abiertas a otras cuestiones que puedan surgir en el debate con los alumnos.

En la consigna Nº 4, se propone una relectura del texto de T. Todorov, atendiendo a los relatos que incluye, narrados desde la voz del dominado. En esos fragmentos, se relata la usurpación, el pillaje, las violaciones llevadas a cabo por los conquistadores, en un tono que destaca los sentimientos de los otros. Es interesante comparar esa voz y esos relatos en la medida en que introducen otra perspectiva de los hechos, con la voz y los relatos de Doña Capuyán.

En el caso de la entrevista, el marco histórico ha cambiado: estamos en nuestro país, en relación con los hechos de la Conquista del Desierto. De modo que quizás sea necesario detenerse a reconstruirlo con los alumnos. Las preguntas que se ofrecen a modo de guía tienen como objetivo no sólo establecer las comparaciones entre las distintas voces de los otros sino también ayudar a reconstruir ese nuevo marco.

Finalmente, y para completar con información que puede ser útil, se adjunta el capítulo completo de Tzvetan Todorov, “Las razones de la victoria”, en *La Conquista de América. El problema del otro*, México, 2000.³

“El matadero”, de Esteban Echeverría. Dibujos de Enrique Breccia

Como se menciona en el cuaderno de trabajo para el alumno, la palabra “bárbaro” vuelve a aparecer para oponerse a “civilización” en la dicotomía que atraviesa la historia argentina durante el siglo XIX. El texto que se propone es la introducción de R. Piglia (algunos fragmentos de ella) a la historieta que se leerá más adelante.

Antes de su lectura, sería interesante recordar o comentar con los alumnos los dos textos a los que se alude: *Facundo*, de Sarmiento, y *El matadero*, de Esteban Echeverría.⁴ En este sentido, las preguntas que se proponen a continuación (Consigna Nº 1) tienen como objetivo introducir algunas pautas que permitan esa contextualización. Por otro lado, las ideas y conceptos aquí trabajados volverán a aparecer y enriquecerán la lectura de la historieta.

Los ejes civilización y barbarie aparecen claramente expresados en la historieta y la fuerza de las imágenes es manifiesta en ese sentido. Las consignas propuestas en relación con este material tienden a poner en relación algunos de los conceptos trabajados en el artículo de R. Piglia (por ejemplo, la distinción entre las lenguas), a la vez que agregan el análisis de las imágenes.

³ Este texto se encuentra en *Anexo*, al final del cuaderno de trabajo.

⁴ El relato, por otra parte, se adjunta en el cuaderno de trabajo para el alumno. De esa manera, y si se considera conveniente, se puede sugerir su lectura.

Nosotros y los otros

La consigna de escritura que se plantea al final, la descripción de alguna de las viñetas teniendo en cuenta la mirada del otro, puede funcionar como cierre de la actividad. La lectura grupal de los textos producidos permitirá que la discusión sobre los conceptos hasta aquí trabajados se ponga de manifiesto en el aula. Es un momento adecuado, quizás, para reponer las preguntas iniciales, afinándolas un poco o, más bien, relacionándolas con estos temas: ¿qué significa “civilizar al otro”?; la matanza, ¿es siempre un acto de barbarie?

Capítulo III

La convivencia con los «otros»: otras lenguas, otras imágenes

«La diversidad lingüística en peligro», de Valeria Román

A partir de la lectura de este artículo, se aborda el tema de la diversidad lingüística y el retroceso en lo que hace a la desaparición de las lenguas indígenas. En estrecha relación con los temas trabajados en el capítulo anterior, la primera consigna propone justamente comparar cómo se reprodujeron los mismos mecanismos de sometimiento del otro, ya analizados por T. Todorov en relación con la conquista de México.

Existirían, entonces, diversos grados de sometimiento, que permiten la aceptación, por parte del sometido, de lo que ya se denominó “mal menor”. Comparar estos argumentos permitirá, a la vez, analizar los mecanismos o recursos argumentativos utilizados en el texto.

En la consigna Nº 2, se propone vincular la lengua y la cultura, es decir, un idioma y los textos producidos en ese idioma, sean mitos, leyendas, poesías, etc. En este sentido, sería interesante la lectura o el comentario de alguna leyenda, que permita compartir en clase tanto su riqueza así como valorar el aprendizaje que supone: conocer la cultura, las ideas y creencias de una comunidad es una forma de conocer a los otros y, seguramente, de reflexionar sobre las propias ideas y creencias.

La propuesta de escritura es, en este caso, la redacción de una carta. El contexto está dado a partir del artículo y permitiría, a la vez que llevar adelante un ejercicio argumentativo grupal, revisar los argumentos necesarios para persuadir al otro sobre las conveniencias de mantener viva su lengua. Se trata de una actividad de cierre que, como en otros casos, posibilita la lectura grupal de los textos.

Finalmente aparece un nuevo artículo, “Guardianes del mensaje”, que permite comparar tanto la situación descrita como los argumentos utilizados en cada uno de los artículos. Se trata, en este caso, de un planteo acerca de la diversidad lingüística a escala mundial, que se abre a otro tema vinculado: ¿cómo nos comunicamos con el otro?

Así como el mito de Babel sirve para presentar el tema (no se trata, en este sentido, de una cuestión novedosa, en tal caso), el debate en torno a la comunicación informática resitúa esa reflexión y la actualiza. En este caso, la propuesta es organizar un debate como un modo de ejercitar la argumentación oral y el intercambio grupal.

«Las flores del argelino», de Marguerite Duras

A partir de un breve texto periodístico, la propuesta es ahora salir a mirar. La ciudad se ofrece, en ese sentido, como un espacio que da lugar a la convivencia con el otro: en la calle, nos cruzamos con personas que no conocemos, las miramos, intercambiamos diálogos, nos vinculamos.

Nosotros y los otros

Las primeras preguntas a partir del texto proponen el análisis de la situación y, también, de las emociones que se ponen en juego. La escena y el estilo en que está narrada, bastante despojado y breve, dibuja con claridad ciertos roles entre los hombres de civil, que van a la caza del joven argelino. Por otro lado, las reacciones opuestas entre la mujer jubilada y la segunda mujer, cuya actitud sirve, digamos, de modelo para el resto de las personas presentes en la escena. Invitar a los alumnos a narrar una escena de esta naturaleza es un ejercicio de percepción, para agudizar la mirada sobre el otro, y para comprender por qué muchas veces los sucesos de la vida cotidiana pasan de largo sin que los observemos.

Capítulo IV

Para conocer al «otro»: el cine

“El extraterrestre, reflejo de nuestras obsesiones”, de Claude Aziza

En este artículo, la propuesta gira en torno a un género, el de la ciencia ficción, y las películas en las que el lugar del otro lo ocupa el personaje del extraterrestre. En principio, el otro está ubicado más lejos, en otro mundo, el del espacio, y representa una amenaza para la humanidad entera. Quizás, cuando el otro está ubicado afuera, el nosotros logra la cohesión necesaria como grupo.

En la consigna 1, una propuesta de resumen, se trata de contextualizar esas películas en el momento histórico que tuvieron lugar. El comentario sobre las películas que los alumnos conocen puede hacerse en forma grupal, de manera que recuperen conocimientos necesarios para la escritura del texto que se sugiere a continuación: una justificación de la definición del personaje que aparece en el artículo.

***Bolivia*, de Adrián Caetano**

A partir de la película *Bolivia*, se plantean una serie de preguntas que retoman cuestiones ya trabajadas en relación, ahora, con un nuevo personaje: el inmigrante latinoamericano. Es necesario, antes de abordar las respuestas, reponer o discutir con los alumnos el contexto histórico de la película: la década del 90. ¿Cómo, en ese contexto, se profundizaron las diferencias entre ricos y pobres? La línea que separa el “nosotros” de “los otros” está nuevamente marcada por un proceso histórico al que se suma, en este caso, la variable económica.

Las denominaciones del otro rayan límites raciales: ya no el uruguayo, sino el *yoruga*; ya no el paraguayo, sino el *paragua*; ya no el boliviano, sino el *bolita*. Y si en estas denominaciones del otro se condensan fuertes argumentos ideológicos, ¿por qué elegir “Bolivia” para el título de la película? Esta es, quizás, una discusión que puede retomarse en clase.

La propuesta de escritura, que puede realizarse en forma grupal, es una breve reseña crítica que permita la exposición de ideas y su fundamentación, para fomentar la valoración crítica de la obra.

Anexo: lecturas destinadas al docente

Como ya se dijo, en el siguiente artículo de Teun van Dijk, desde una perspectiva lingüística, se analiza cómo las ideologías afectan la semántica del discurso. Se trata de un texto que brinda categorías de análisis que el docente podrá proponer para interpretar otros textos que le interese trabajar con los alumnos.

Estructuras de las ideologías y estructuras del significado

Teun van Dijk

En la selección previa hemos visto que tanto a nivel micro de la lexicalización, el significado y la coherencia local de las oraciones, así como el nivel macro de los tópicos y del sentido global, las ideologías subyacentes pueden afectar en múltiples formas la semántica del discurso. Cada una de estas líneas de influencia requeriría examinarse en una perspectiva más cognitiva y semántica pero el principio global es claro: los significados están manipulados estructuralmente, por el principio del favoritismo hacia el *ingroup* y la descalificación del *outgroup*, un hecho muy conocido en la cognición social, y también en el análisis de las ideologías.

Si las ideologías, tal como lo propusimos más arriba, son estructuras basadas en categorías de grupo – esquema, entonces podemos esperar que los significados del discurso bajo la influencia de tales ideologías contendrán específicamente aquella información que responde a las siguientes preguntas:

- ¿Quiénes somos *nosotros*? ¿Quiénes (no) pertenecen a *nosotros*?
- ¿Qué hacemos *nosotros*? ¿Cuáles son *nuestras* actividades? ¿Qué se espera de *nosotros*?
- ¿Cuáles son las metas de estas actividades?
- ¿Qué normas y valores respetamos en tales actividades?
- ¿Con qué *grupos* estamos relacionados: quiénes son *nuestros* amigos y quiénes *nuestros* enemigos?
- ¿Cuáles son los recursos a los que típicamente tenemos o no acceso (privilegiado)?

Esto es, cuando se examinan discursos que funcionan generalmente como modos de autodefensa, legitimación o explicación, o que tienen otras funciones de auto-compensación, uno esperaría encontrar una presencia prominente de significados que pudieran interpretarse como expresiones de tales categorías.

Ya que las ideologías son sumamente abstractas, porque tienen que ser funcionales en muchos campos y situaciones sociales, debemos sin embargo tener presente que estas categorías pueden especificarse en el texto y habla concretos en

Nosotros y los otros

relación con asuntos sociales particulares. Por ejemplo, los blancos racistas no solamente hablarán acerca de ellos mismos y de las minorías en general, sino que pueden también enfocar las relaciones étnicas o de raza con respecto a la inmigración, el bienestar social, la educación o la política. Y, por su parte, las feministas pueden orientar sus discursos de acuerdo con actitudes ideológicamente fundadas acerca de los derechos humanos y las relaciones de género, pero también pueden concentrarse en asuntos como el empleo, en la acción afirmativa, el acoso sexual, el aborto, el cuidado de los niños y así sucesivamente. Es más, por encima de las afirmaciones ideológicamente genéricas, la mayor parte del texto y el habla ideológicos se referirá desde luego a acontecimientos, situaciones y personas concretos, esto es, acudirán a modelos específicos que presentan realizaciones de dichas opiniones generales basadas en el grupo.

En tanto estos modelos mentales admiten muchas experiencias y opiniones personales y se combinan con determinaciones contextuales (tal como se representan subjetivamente en los modelos mentales de contexto), la comparación de los discursos de diferentes miembros del grupo, en diferentes contextos, puede dar lugar al descubrimiento de articulaciones con ciertas ideologías y sus estructuras. Podemos anticipar entonces que el discurso ideológico de modo particular estará semánticamente orientado hacia los siguientes tópicos, significados locales e implicaciones:

- a) Descripciones autoidentitarias. Quiénes somos, de dónde venimos, cuáles son nuestros atributos, cuál es nuestra historia, de qué modo somos diferentes a otros, de qué estamos orgullosos; pero también ciertos argumentos delimitativos en relación a los Otros: Quiénes serán admitidos, cuáles son los criterios de admisión, quiénes pueden inmigrar, etc. Obviamente, tales descripciones de autoidentidad serán generalmente positivas. Este será el caso típico de aquellos grupos cuya identidad está amenazada, es insegura, o marginada, tales como las mujeres, las minorías, los inmigrantes, y así sucesivamente; -o en modo defensivo, para los grupos dominantes cuya dominación está siendo amenazada. Esto es, las descripciones autoidentitarias son particularmente importantes para aquellos grupos que se definen en relación a sí mismos o en relación al otro, principal o exclusivamente por sus características (más o menos permanentes, inherentes o atribuidas) tales como género, raza, etnicidad, religión, lenguaje, origen.
- b) Descripciones de actividad. ¿Cuáles son nuestras tareas? ¿Qué es lo que hacemos? ¿Qué se espera de nosotros? ¿Cuáles son nuestros papeles sociales?, etc. La descripción de la actividad ideológica es típica en aquellos grupos que se definen por lo que *hacen*, como los grupos profesionales y los activistas. Las ideologías periodísticas, profesionales, médicas o ecologistas, etc., se centran en lo que hacen sus miembros (buenas cosas), tales como escribir noticias, hacer investigación, curar enfermos o protestar contra la contaminación.

- c) Descripciones de propósitos. Las actividades adquieren un sentido ideológico y social solamente si tienen propósitos (positivos). De este modo, el discurso ideológico de los grupos se enfocará particularmente en los (buenos) propósitos de sus actividades, tales como informar al público o servir como vigías de la sociedad (los periodistas), buscar la verdad o educar a los jóvenes (los profesores), o bien preservar la naturaleza (los ambientalistas). Se debe enfatizar que tales descripciones de objetivos son por definición ideológicas, y no necesariamente corresponden a los hechos: es así como los grupos y sus miembros quieren verse a sí mismos o quieren ser vistos y evaluados.
- d) Descripciones de normas y valores. Para una buena parte de los discursos ideológicos son cruciales los significados que involucran normas y valores acerca de lo que *nosotros* consideramos como bueno o malo, correcto o erróneo, y lo que en nuestras acciones y propósitos tratamos de respetar o de alcanzar. Es así que profesores y periodistas, por ejemplo, pueden poner un especial énfasis en sus muy particulares apreciaciones de la verdad, en el fundamento y confiabilidad de sus recuentos de ‘hechos’. Las minorías y las mujeres pueden poner de relieve la igualdad o la justicia, y los directivos de empresa la libertad (de mercado, la libertad ante la intervención estatal). En la descripción de nuestros oponentes o enemigos es previsible entonces un énfasis particular en la violación de las normas y valores. De este modo los *otros* serán particularmente antidemocráticos, intolerantes, ineficientes, descorteses o poco inteligentes.
- e) Descripciones de posición y de relación. También los grupos definen ampliamente su identidad, actividades y propósitos en relación con otros grupos: los profesores con respecto a los estudiantes, los periodistas respecto al público o a los actores de hechos noticiosos, los antirracistas, por definición, con respecto a los racistas y las feministas con respecto a los machistas. Mediante esta categoría se puede prever que se pondrá un especial énfasis en las relaciones grupales, el conflicto, la polarización, y la presentación negativa del otro (desacreditación).
- f) Descripción de los recursos. Los grupos pueden existir y subsistir únicamente cuando tienen acceso a recursos generales o específicos. Cuando dicho acceso se ve amenazado o limitado por conflictos intergrupales, el discurso ideológico se centrará básicamente en tales recursos: los periodistas se inclinarán a proteger sus fuentes de información, los profesores lo harán con su especialidad y conocimiento (o los medios para resguardar tal conocimiento), mientras que las minorías y las mujeres pueden enfocar sus discursos precisamente en el

hecho que *no* tienen un acceso equitativo a valiosos recursos sociales tales como el *status*, reconocimiento, empleo, vivienda, ingreso, salario justo y así sucesivamente. Algunos grupos sociales se definen básicamente en términos de su acceso o no a los recursos, tales como el rico y el pobre, el desempleado y aquél que no tiene un techo para vivir, y en general *los-que-tienen* y *los-que-no-tienen*. En este punto se pueden encontrar estrategias semánticas elaboradas que pretenden defender (o atacar) el acceso privilegiado (el ‘derecho’) a los recursos y que ponen de relieve un control ‘natural’ de tales recursos.

Podemos apreciar que un análisis elemental de las ideologías en términos de cierto número de categorías hipotéticas que particularmente definen los parámetros sociales básicos de los grupos, nos permite también postular significados en el discurso típicamente orientado al grupo, especialmente cuando la identidad, propósitos, normas, posición y los recursos del propio grupo de pertenencia están en conflicto con otros grupos y cuando el propio grupo es desafiado, amenazado o dominado. Cuando este no es el caso, por ejemplo, cuando la dominación no está cuestionada, dichas estructuras ideológicas estarán simplemente presupuestas o bien se pueden considerar como propias del sentido común. En tal caso, se requiere analizar los significados ideológicos haciendo explícitos los significados implícitos y aquellos significados que se toman habitualmente como lugares comunes.

Análisis de ejemplos

Después de este breve resumen del marco teórico que articula ideologías y discurso, analizaremos algunos ejemplos. Como parte de nuestro análisis ideológico de editoriales y artículos de opinión en los Estados Unidos, sobre todo en la prensa “de calidad”, y con respecto a la cual suponemos que expresa un abanico (más bien reducido) de corrientes ideológicas en ese país, analizaremos algunos artículos de opinión sobre un tema a menudo considerado como ideológicamente ‘candente’: el terrorismo. Seleccionamos los artículos de opinión del *New York Times* (NYT) y del *Washington Post* (WP) que contenían las palabras “terror”, “terrorismo” o “terrorista” en su lista de temas y que por lo tanto topicalizaron el terrorismo como parte de su macroestructura (definida subjetivamente). Varios de estos artículos comentaron el bombazo al World Trade Center (WTC) en Nueva York, el 26 de febrero de 1993.

Los artículos del NYT y del WP reflejan las principales definiciones y percepciones que se tienen sobre ‘el terrorismo’ en los EE.UU. y los medios “occidentales” (Schmid, 1982; véase también van Dijk, 1988). En 1993, la mayoría de estos artículos asocia este y otros actos de violencia política con los musulmanes, los fundamentalistas musulmanes o con los árabes de Medio Oriente (especialmente Libia, Irak, Irán, Palestina e Israel/Palestina). Esta es una particularidad propia de la cobertura de los medios sobre el Islam y los árabes (Chomsky, 1984, 1986; Said,

1981). Virtualmente ningún artículo en el NYT o en el WP asocia tal acto con otros actores o lugares de la violencia política en el mundo (por ejemplo, El Salvador), como una forma de exclusividad tópica y léxica que en sí misma expresa una posición ideológica (Chomsky, 1987, 1992, 1993; Herman y Chomsky, 1988). Únicamente se encontró un artículo sobre el holocausto y otro sobre Irlanda del Norte.

Una de las estructuras ideológicas más impresionantes que se manifiesta casi en todos los artículos del WP y del NYT es un exacerbado nacionalismo y un evidente etnocentrismo. Comprensiblemente, la polarización *nosotros-ellos*, que se encuentra tanto en los editoriales como en otros artículos, caracteriza no solamente la oposición entre *nosotros* (“americanos”, “occidentales”) y *ellos* (terroristas, árabes, fundamentalistas musulmanes, etc.) sino de modo más general a los “americanos” y el resto del mundo. Obviamente, esto también es resultado del hecho de que la gran mayoría de los artículos de opinión fueron escritos por ciudadanos estadounidenses (un artículo en la base de datos “terrorismo” fue escrito por un periodista israelí, pero este se encuentra vinculado al Instituto de Washington para el Cercano Oriente).

La distinción grupo de pertenencia y grupo ajeno (*ingroup-outgroup*), la polarización y diferenciación, vista a través de nuestra definición de las ideologías como un esquema básico sujeto-grupo de cognición social, es la característica central de toda ideología marcada en la estructura del discurso antes que otra cosa por los pronombres personales y posesivos (*nosotros*, *ellos*, *de nosotros*, *de ellos*, *nuestro*, *suyo*, etc), pero también por deícticos tales como *aquí* y *allá*. Presento en seguida un breve fragmento de un artículo característico motivado por el bombarzo en el WTC de Nueva York:

- (1) “En nuestra interpretación radical de la democracia, nuestro rechazo de las élites, nuestro muy arraigado respeto demagógico a las opiniones de los legos, nosotros nos encontramos solos [...] Las exigencias de liderazgo, si no es que de un sentido de responsabilidad moral, no nos permiten renunciar a nuestro deber de proteger a los civiles inocentes y oponerse a cualquier masacre apoyada por ciertos gobiernos. Pero mientras asumimos este papel, ganaremos cada vez más enemigos que amigos, y algunos de ellos podrían tener los medios y, eso creen, los motivos suficientes para atacarnos en nuestra propia casa. Como consecuencia de nuestros intentos por ofrecer ese liderazgo que necesita un mundo fragmentado y proclive a las crisis confrontaremos quizá algunas formas aún no imaginadas de terrorismo y a enfermos sociales de toda índole decididos a ajustar cuentas con nosotros. No podemos darnos el lujo de reaccionar retirándonos del mundo. Más bien necesitamos reaccionar con cautela...” (NYT, Mark D. W. Edington, 2 de marzo, 1993).

La polarización *ingroup-outgroup* no se reduce desde luego a referencias pronominales y a sus variantes de frases nominales completas. En dichas polarizaciones

Nosotros y los otros

es muy característica la preferencia del *ingroup* y el rechazo del *outgroup*, la autopresentación positiva y la asociación de “nuestro grupo” con todas las buenas cosas y “su grupo” (de ellos) con todas las malas cosas. De este modo en el ejemplo (1), *nosotros* tratamos de aportar un “liderazgo” en un mundo que tiende hacia las crisis recurrentes (esto es, la crisis se encuentra en todas partes), mientras que *ellos* son “sociópatas determinados a enfrentarse con nosotros”. Este escritor reclama que “nos encontramos solos” en nuestra interpretación “radical de la democracia”, y de este modo establece una diferencia con otros países democráticos en el mundo. Esto significa, de acuerdo con este escritor, que el liderazgo norteamericano siempre estará confrontado con “enemigos”. En suma, *nosotros* en los EE.UU. estamos asociados con valores positivos (democracia, responsabilidad) actividades positivas (liderazgo) y metas positivas (proteger a los inocentes), son las categorías prominentes del esquema ideológico que organiza éste y otros artículos de opinión semejantes.

La autoglorificación no significa que nunca pueda darse una autocrítica. Irónicamente, tal crítica supone a menudo buenas características: frente a los terroristas del mundo, nosotros somos ‘demasiado buenos’, ‘demasiado democráticos’, demasiado ‘clementes’. Nuestros valores democráticos no nos permiten establecer un Estado policiaco y controlar a los ciudadanos. Aunque en el plano internacional nosotros no debemos mostrar nuestra debilidad:

- (2) “En la escena internacional en estos días nuestras trompetas han sonado un tanto desafinadas y dubitativas. Nuestro respaldo a las operaciones militares se ha dado con una ostensible desconfianza. Y esto ha sido ciertamente observado, tanto en los bandos de nuestros amigos como en aquellos que nos son hostiles. Los policías hacen enemigos. Los mejores policías son buenos diplomáticos, lo cual no hemos sido siempre. La impresión de debilidad, aún de debilidad relativa, incita a la rapacidad.” (NYT, Robert Stone, 4 de marzo, 1993).

Y cuando las películas norteamericanas representan a sus instituciones inmiscuidas en “asesinatos, traiciones, terror, bombazos y tortura” aunque esto sólo sucede en la ficción, entonces el columnista más importante de *The New York Times* y anterior director editorial de este diario, A.M. Rosenthal, un muy vociferante crítico del terrorismo internacional (y especialmente del árabe), afirma: No se debería deshonorar de esta manera a “nuestro” país:

- (3) “Si hay una corriente en el cine que muestre al gobierno americano como un proceso bastante decente, dirigido por gente muy decente, ésta aún no la he encontrado (NYT, A.M. Rosenthal, 30 de marzo, 1993).

En ese entonces, Rosenthal no se interesaba –y aún no lo está- en las complicidades en la implicación directa con el terrorismo de las dictaduras militares o con los escuadrones de la muerte, en El Salvador y Guatemala por ejemplo, que produje-

ron la muerte o mutilaciones a cientos de miles de civiles inocentes. El asesinato masivo, cuando es perpetrado por regímenes “amigos”, no es desde luego “terrorismo” (si no a lo sumo “guerra civil”) y no es algo en lo cual se pueda inculpar al “proceso bastante decente” de “gente muy decente” (véanse los estudios de Chomsky antes citados). Para nuestro análisis esto sugiere que una de las principales estrategias ideológicas de tal discurso es, de hecho, focalizar o enfatizar “su” terrorismo y simplemente *des-enfatizar* o ignorar nuestra propia participación en el terror de estado en otros países. Esto es, el complemento (o anverso) de una autopresentación positiva es el silencio, o sea eludir una autopresentación negativa o bien atacar a nuestros críticos.

De modo interesante, para la mayor parte de los comentaristas los valores democráticos de los EE.UU. no parecen llamar a una actitud moderada y promover un estado de paz. La paz está asociada con apaciguamiento a toda costa y la implicación general de valores en los artículos puede describirse de modo variado, dependiendo de la posición ideológica que uno asuma, como “dureza” o “agresividad”, respectivamente.

- (4) “Los gobiernos israelí y estadounidense obviamente creen en la actualidad que al no propagar la verdad acerca de un dictador terrorista [Sadam Hussein de Irak], en otras palabras, bajando la tensión y fortaleciéndolo con respetabilidad, harán la paz con él más verosímil y más duradera.” (NYT, A.M. Rosenthal, 12 de marzo, 1993).
- (5) “En tanto única superpotencia, Estados Unidos tendrá que confrontar sus retos con resolución y quizá brutalmente tanto en la región como en casa. De otro modo, los enemigos islámicos de los gobernantes árabes redoblarán su agresividad si son capaces de golpear con impunidad tanto en su mundo como en el nuestro.” (NYT, Bradford R. McGuin, 22 de marzo, 1993).

Como es de esperarse, los *otros* son nuestros enemigos (o amigos imperfectos), y se describen generalmente en términos que expresan un nacionalismo primitivo, etnocéntrico, con los estereotipos racistas asociados a los musulmanes, los fundamentalistas, a los árabes y los extranjeros, particularmente aquellos del tercer mundo (o los que no pertenecen a ‘Occidente’). De la prensa de calidad uno esperaría que cuando se agrade explícitamente al terrorismo que asesina inocentes, se evitaría cualquier forma de generalización sobre regiones enteras del mundo, naciones, pueblos o religiones. Pero nada es menos cierto. Hay una generalización constante de personas y acontecimientos específicos hacia amplias categorías de gente. El artículo de Stone, por ejemplo, lleva como cabeza *Los nuevos Bárbaros* y de este modo topicaliza la división *nosotros-ellos* asociando a los *otros* con la falta de civilización con la crueldad y el primitivismo, una categorización racista muy frecuente cuando se aplica a los no-occidentales (van Dijk, 1993).

Nosotros y los otros

Examinemos en detalle algunas de estas descripciones negativas del otro, ya que éstas representan las expresiones más obvias de los prejuicios y estereotipos ideológicamente controlados que, a partir de ciertos modelos, se generalizan hacia las cogniciones socialmente compartidas por grupos enteros:

- (6) “Al golpear a los símbolos los terroristas destruyen las vidas reales del laborioso pueblo americano, traumatizan a los niños americanos de hoy [...] Durante la Guerra Fría vivimos en el temor del holocausto nuclear. Ahora sabemos con absoluta certeza que si se dispara un artefacto nuclear a una ciudad estadounidense, éste no provendrá de un silo siberiano. Muy probablemente, habrá sido armado por un puñado de gente, quizás con la apariencia de inmigrantes, en alguna casa de seguridad con vista hacia el bajo Manhattan” (NYT, Robert Stone, 4 de marzo, 1993).
- (7) “El terrorismo de Medio Oriente se originó y se ha llevado fuera de las capitales de los Estados que creen que su poder en casa y su influencia en el exterior se fortalece a través del odio inflamado y organizando, financiando o dando asilo a aquellos grupos que susciten un temor paralizante entre los disidentes domésticos y los enemigos del exterior.” (NYT, A.M. Rosenthal, 12 de marzo, 1993).
- (8) “Si algo puso en evidencia el bombarzo [del WTC] es ciertamente una escalada aterradora: cientos de radicales viven en los EUA y conforman posiblemente una amplia red de terroristas que incluye hoy en día a mercenarios islámicos altamente entrenados [...] Aunque son oscuras las raíces del grupo, el bombarzo puede ser el resultado de una nueva asociación entre terroristas fundamentalistas y seculares [...] Si esta investigación tiene algún sentido, debe reconocer la emergencia de un espantoso terrorismo de nuevo cuño que germina en el suelo de los EE.UU.” (NYT, Steven Emerson, 7 de abril, 1993).
- (9) “Los intelectuales árabes envenenaron sus propias mentes con sus obsesiones acerca de la “identidad” árabe, un superracionalismo que desgastó la libertad política, los derechos humanos, la compasión hacia su propio pueblo y, desde luego el intelecto mismo.” (NYT, A.M. Rosenthal, 13 de abril, 1993).
- (10) “Pero en el propio interés de musulmanes y no musulmanes hay que decirlo sin evasivas: alrededor del mundo millones de musulmanes temerosos del contagio de la política occidental, de las libertades religiosas y sexuales, apoyan al extremismo fundamentalista.” (NYT, A.M. Rosenthal, 29 de junio, 1993).

Esta es sólo una breve selección del modo típico en que se caracterizan las acciones “árabes”, “medio-orientales”, “musulmanas” o “fundamentalistas”. El primer análisis sugiere que las estructuras y estrategias discursivas implicadas en la descripción ideológicamente construida de los *otros* incluye:

- a) **Lexicalización negativa.** La selección de palabras (fuertemente) negativas para describir las acciones de los *otros*: “destruir”, “traumatizar”, “terrorismo”, “odio inflamado”, “grupúsculos oscuros”, “envenado”, “obsesión”, “extremismo”, “temor paralizante”, etc.
- b) **Hipérbole.** La descripción de un acontecimiento o acción en términos muy exagerados. Por ejemplo, el bombardeo al WTC (6) en el cual sólo murieron unas cuantas gentes, o bien otros ataques terroristas, se comparan con un holocausto nuclear.
- c) **Móvil de compasión.** El mostrar simpatía o afinidad hacia víctimas (débiles) de las acciones de los *otros*, de tal modo que se resalta la brutalidad del otro: “destruir las vidas reales del laborioso pueblo estadounidense”; “traumatizan a los niños americanos de hoy; compasión hacia su propio pueblo”.
- d) **El móvil de altruismo aparente.** Está relacionado con el móvil o motivo de compasión; este móvil se usa para destacar la comprensión de la posición que asumen acerca de los intereses de (algunos de) los *otros*. El móvil es llamado altruismo aparente porque usualmente no se concluye el argumento y sólo tiene una función de denegación y autopresentación positiva (el altruismo es obviamente un valor positivo): “Pero en el propio interés de musulmanes y no musulmanes hay que decirlo sin evasivas...”. Motivos semejantes son frecuentes en el discurso racista acerca de las minorías y los inmigrantes, a quienes con frecuencia se exhorta a no venir a ‘nuestro país’ o a ‘regresar por donde vinieron’ con el objeto de ‘construir su propio país’ o bien a ‘evitar exponerse al resentimiento y las discriminaciones populares’. Esto es, se recomienda a los *otros* que actúen ‘en su propio bien’ mientras que el fundamento ideológico real de tales motivos discursivos está en el propio interés del articulista.
- e) **El móvil de honestidad aparente.** El motivo de la honestidad es una forma bien conocida de denegación ante posibles juicios negativos. Así, para decir algo negativo a propósito de los demás se recurre a una modalidad mediante frases como ‘francamente...’, o ‘no debemos ocultar la verdad, y....’ y así sucesivamente. De este modo Rosenthal (10) también usa este móvil: “hay que decirlo sin evasivas”, que combina una autopresentación positiva (soy honesto, no soy evasivo) con una presentación negativa del otro (ciertamente, Rosenthal no se propone ser honesto a propósito de la política exterior estadounidense). Tal como sucede con otras denegaciones, la honestidad empeñada aquí es pues puramente estratégica y retórica: no está empeñada ninguna honestidad ‘real’.

- f) La comparación negativa.** Para acentuar los atributos negativos del *otro* se compara a la persona-objeto o al *outgroup* con una persona o *outgroup* reconocidos generalmente como “malos”. La comparación que hiciera George Bush de Saddam Hussein con Hitler durante la Guerra del Golfo es un ejemplo bien conocido. En relación con los bombazos y el terrorismo de “inmigrantes”: puede reforzarse retóricamente al compararlos con el holocausto nuclear que nos amenazaba “durante la guerra Fría”. La unilateralidad nacionalista de la comparación es obvia cuando observamos más adelante que los “artefactos nucleares” de la guerra fría parecen ubicarse solamente en algún silo siberiano y no en algún punto de los Estados Unidos.
- g) Generalización.** La generalización de una persona o de un grupo restringido hacia una categoría o grupo más amplio. Es así que los bombazos en los EE.UU. no son ya el resultado de la (posible) acción de pequeños grupos o de terroristas específicos sino se atribuyen generalmente a (unos cuantos) “inmigrantes” no identificados, y por lo tanto a cualquier inmigrante como en el ejemplo (6). A este respecto es muy elocuente el argumento de Rosenthal (10) en el sentido de que alrededor del mundo millones de musulmanes apoyan al extremismo fundamentalista.
- h) Concretización.** Para acentuar sus actos negativos, otro motivo bien conocido es describirlos en detalle, y en términos concretos, visualizables. De este modo cuando se describe a los “inmigrantes” montando un “artefacto nuclear” se les ‘muestra’ “en aquella casa de seguridad con vista al bajo Manhattan”
- i) Aliteración.** La retórica apoyada fonológicamente es bien conocida en las cabezas de los tabloides y en los artículos de opinión; generalmente sirve para subrayar la importancia o relieve de las palabras que así se marcan, como es el caso de la aliteración (7): “disidentes domésticos y enemigos del exterior”.
- j) Advertencia.** De modo general, aún sin la evidencia de las probables consecuencias, los artículos de opinión en el WP y NYT enfatizan las amenazas *posibles* y el terror: abundan los escenarios catastrofistas orientados generalmente ya sea a satanizar a los *otros* o bien a mover a la acción a aquellos de nosotros (y especialmente los políticos) que no toman las cosas con la debida seriedad. Es así que Emerson en el ejemplo (8) habla de “cientos de cuadros radicales que viven en los EE.UU.[...] conformando una amplia red terrorista que incluye a mercenarios islámicos altamente entrenados”. La especulación, la fantasía y el miedo instigado a los “mercenarios islámicos” – que viven entre nosotros – implementan de este modo la imagen cinematográfica y de los

medios de comunicación del “asesino anda suelto”, muy familiar en los EE.UU. y que amenaza por tanto a la gente pacífica. Hay que señalar que la lexicalización negativa, la hipérbole, la generalización, el prejuicio religioso y la concretización pueden formar parte de esta representación persuasiva de la amenaza.

- k) La violación de la norma y los valores.** La forma más elemental de establecer una distinción entre *ellos* y *nosotros* no es solamente describirnos a nosotros mismos en términos benevolentes y a ellos en términos negativos, sino enfatizando el hecho que los *otros* violan aquellas normas y valores que para nosotros son tan preciados. De este modo cuando Rosenthal culpa a (¿todos?) los intelectuales “árabes” por consentir o inspirar el terrorismo, debido a su “supernacionalismo” y su “obsesión con la identidad”, se insiste en que actúan así porque ignoran los valores fundamentales de “libertad política, los derechos humanos y los sentimientos de compasión hacia su propio pueblo”. Esto es, al violar estas normas y valores ellos mismos se colocan al margen de la civilización (sino es que de la humanidad misma).
- l) La presuposición.** Un dispositivo semántico bien conocido para enfatizar indirectamente nuestros atributos buenos y malos; esto es, se supone que estos son bien conocidos por todos, como si dependieran del sentido común y por tanto no requirieran formularse explícitamente. Así, en el ejemplo (10) Rosenthal supone que los musulmanes alrededor del mundo están “temerosos del contagio con la política occidental, las libertades políticas y sexuales” y de ahí presupone que de hecho Occidente *sí* goza de tales libertades. Al presuponerse así incidentalmente, este argumento ideológico que enaltece a “Occidente” es menos susceptible de crítica por parte de aquellos que cuestionan tanto las “libertades sexuales y religiosas” pregonadas por la iglesia católica (en Occidente) como las libertades políticas en centro y sudamérica u otros países, que habitualmente se consideran como parte de “Occidente”.

Conclusión

Podemos apreciar que es posible recurrir a diversas estrategias y estructuras discursivas para expresar tanto creencias ideológicas como las opiniones personales y sociales que de ellas se derivan. La estrategia global de toda ideología, como aquí se define, aparece como una auto-presentación positiva y una presentación negativa del otro. Esto también implica varios móviles para mitigar, ocultar o negar *nuestros* actos y atributos negativos, y *sus* buenos actos y atributos. Es así que, *nosotros* está asociado con valores y normas positivas mientras que *ellos* violan este principio básico de la vida social civilizada. Los actos negativos del *otro*, pueden enfatizarse aún más mediante hipérboles, descripciones concretas y deta-

Nosotros y los otros

lladas como el miedo que inducen las advertencias y los escenarios catastrofistas. La generalización permite a los articulistas ir de los hechos y personas concretos hacia afirmaciones más incluyentes y por lo tanto más persuasivas sobre otros grupos y categorías de personas más amplios; en nuestros datos, este fue el caso particularmente de los fundamentalistas musulmanes y los árabes. Las comparaciones con los grandes villanos, o con la maldad reconocible, como Hitler o el holocausto, o el comunismo, es otro eficaz recurso retórico para enfatizar cuan malos son los *otros*.

En términos políticos esto también permite una transición sin sobresaltos del anticomunismo de la Guerra Fría al sentimiento anti-árabe (y anti-tercer mundo) propio de las guerras calientes que se han librado en Medio Oriente, en África o en Asia. Esto es, los EE.UU. aún tienen un *enemigo*, y las implicaciones y recomendaciones de los artículos de opinión muy a menudo señalan que deben actuar vigorosamente para contener esa amenaza. La debilidad y la paz en ese caso significan apaciguamiento y por ende guerra.

De este modo, la crítica moralmente sustentable del terrorismo toma un cariz político e ideológico mucho más amplio, ya que concierne a los intereses y la posición de los EE.UU. en el mundo. Mientras que otras formas de terrorismo patrocinadas por los EE.UU., el fundamentalismo cristiano y la intolerancia, el papel de Israel en el Medio Oriente (y la ocupación de Palestina) se ignoran o son *desenfatisadas* en tales artículos de opinión, su naturaleza parcial y autocontemplativa, el nacionalismo y etnocentrismo de estos artículos es claramente ideológico y se articula en torno a la división ideológica fundamental entre EE.UU. (u Occidente) y el resto del mundo. Todos los niveles y dimensiones de las estructuras discursivas de los artículos de opinión expresan con algunas variantes esta ideología fundamental.

En: *Discourse Semantics and ideology*,
publicado en DISCOURSE & SOCIETY en 1995
(*Discourse & Society* 5(2), 243-289, 1995).

- El siguiente texto es una entrevista realizada a Teun van Dijk, en la que se retoman muchos de los temas ya tratados a lo largo de la propuesta de trabajo. El docente decidirá cómo y cuándo compartirlo con los alumnos.

¿Todos somos iguales?

La discriminación étnica, cultural y religiosa es un fenómeno social que casi no tiene fronteras. Para el holandés Teun van Dijk el racismo perjudica a quienes no aceptan la riqueza de un mundo multicultural.

Usted ha estudiado los discursos xenófobos en todo el mundo y, al referirse a la situación de Latinoamérica habla de *racismos*, en plural. ¿Cuáles son las diferencias entre la discriminación que se ejerce en nuestras sociedades y en los países desarrollados?

Lo más importante en mi opinión es lo que tienen en común: en los dos casos es un racismo ejercido por descendientes europeos contra no europeos. Una de las diferencias es que en Europa el racismo es de los pueblos contra los inmigrantes, mientras que en las Américas es un racismo de los inmigrantes europeos en contra de los pueblos indígenas. Después fue también el racismo en contra de los descendientes de los esclavos africanos. La situación en América Latina se complica más por el mestizaje. Así, no es solamente una cuestión de blancos contra indígenas y negros, sino un sistema en que la dominación se ejerce por una jerarquía de color, de clase y de cultura, en que la gente más blanca de clase media o media alta, tiene más poder que los demás. Aparte de esas generalizaciones, la situación en cada país de América Latina es diferente.

¿Porqué cree usted que en países como la Argentina, con una historia

de inmigración y una actualidad de emigración, persisten y se fortalecen expresiones racistas contra los nuevos inmigrantes?

Los argentinos y las argentinas se sienten el pueblo más europeo de América Latina. Eso implica no solamente actitudes de superioridad europea, que son la base del racismo, sino al mismo tiempo tomar distancia de los pueblos indígenas de la Argentina. Para poder robar y ocupar las tierras de los indígenas, los europeos establecieron un sistema de dominación del que el racismo fue una dimensión importante, porque así se podía tratar a los indígenas como pueblos inferiores. Por supuesto, mucho ha cambiado en los siglos, pero hasta hoy en día sobreviven las ideologías racistas, como se nota en la percepción y la discriminación en contra de los inmigrantes de los países pobres. Ni siquiera la experiencia de cierta discriminación contra la emigración argentina en Europa ayuda a eliminar esas actitudes, porque también allí muchos argentinos recién inmigrados se sienten superiores a, por ejemplo, los ecuatorianos.

¿Cómo opera la paradoja de que en el mundo global crezcan las expresiones de desprecio hacia otras culturas?

No creo que crezcan. Ya existían desde hace siglos, desde el momento en que los europeos se encontraron con los pueblos en otros continentes. Cambian constantemente, porque hay muchos movimientos de gente. Primero, los europeos al Sur y al Oeste. Ahora, la gente del Sur y del Este va a Europa y a América del Norte. Encuentros que no siempre fomentan más comprensión. Y si hay competencia por recursos escasos, como espacio, trabajo, casas y posiciones, los prejuicios y la discriminación funcionan como componentes muy prácticos para mantener el poder. O sea, para comprender el racismo, siempre hay que darse cuenta que es un sistema de abuso y de dominación.

El autor y sus ideas

Teun van Dijk

Este teórico e investigador holandés es uno de los lingüistas más reconocidos del mundo. Profesor de Estudios del Discurso de la Universidad de Amsterdam, donde se graduó y dio clases hasta hace poco.

Enseña ahora en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Sus numerosos libros *–Dominación étnica y racismo discursivo en España y América Latina* (Gedisa) es el último publicado en castellano- han inspirado muchos trabajos acerca del rol del poder y las ideologías y de los mecanismos discursivos que los legitiman.

¿Por qué una primera actitud ante los inmigrantes es de prevención?

No creo que esa sea la primera actitud. Quien tiene el poder, en general, no teme. Solamente quiere proteger sus bienes, sus posiciones, su trabajo. Por eso la primera reacción en Europa es evitar que los inmigrantes lleguen. Si entran igual, se trata de mantenerlos lejos, en las partes más pobres de las ciudades. Tercero, se les mantiene en posiciones bajas, para que haga los trabajos más humildes, sucios y duros. Si hay a veces un poco de *temor* por el extraño, por el nuevo, un temor muy irracional, creo que tiene poco que ver con el racismo.

¿El racismo puede considerarse sólo como un fenómeno político?

Hay muchas formas de racismo. El racismo político es solamente una forma, y se nota sobre todo en Europa con la limitación de la inmigración y con la premienencia de partidos racistas. Pero el racismo está en todos lados: en las empresas, los medios, las escuelas y universidades, en la administración y en la jurisprudencia, tanto como en la vida cotidiana en las casas, en las calles, las tiendas y los buses. El racismo tiene dimensiones oficiales en general negadas, tanto como formas de racismo cotidiano, que consisten en miles de pequeñas y sutiles maneras de tratar diferente a Ellos y Ellas. Pueden ser cosas poco importantes, como controlar más a una persona en una tienda, o no verte cuando es tu turno, tratarte como menos inteligente en el colegio, como darte la promoción que mereces. Pero si eso te ocurre cada día, muchas veces, ese racismo cotidiano tiene un impacto terrible. Creo que sola-

mente las mujeres pueden comprender bien eso.

¿Qué factores determinan que ciertas sociedades sean más racistas?

Ni idea. Pero podemos hacer conclusiones de nuestro análisis del racismo como una forma de dominación. Cuando una sociedad tiene el poder sobre otras sociedades, pueblos o culturas, quiere mantener esa dominación. Para poder hacerlo desarrolla actitudes e ideologías de superioridad sobre los otros. Eso fue cierto desde los griegos, en contra de *los bárbaros* y de los esclavos de otros pueblos- los romanos, los árabes, -contra los africanos negros y los japoneses en contra de los coreanos.

¿La gente asume actitudes discriminatorias sólo cuando el entorno social habilita ese tipo de expresiones?

Como el racismo es un sistema de dominación, tenemos que pensar primero en una relación entre grupos o pueblos. No es cuestión de prejuicios personales, o de personalidades racistas, como a veces se piensa. Pero, claro, como miembros de grupos, la gente puede aprender a pensar y actuar como lo hacen los demás en su grupo, y es así que en la vida cotidiana se produce y se reproduce el racismo.

Y por el contrario, ¿la sociedad puede crear un tipo de ciudadano abierto a otras culturas?

Insisto con que el racismo no es personal. Hay que transformar la ciudad entera, sus instituciones, la política, la educación, las leyes, la ciencia. Es mucho más importante respetar la igualdad fundamental en todas las esferas de la vida

cotidiana. Tenemos que cambiar nuestra manera de escribir y de hablar en los textos escolares, en los medios, en los debates políticos y en todas las instituciones. Porque las elites tienen más poder, son quienes tienen que dar el buen ejemplo. Si las elites son racistas, lo serán la gente común y corriente, como lo sabemos por la historia de EE.UU., África del Sur y todos los países europeos.

¿Es posible anteponer al discurso antiinmigratorio uno acerca de las ventajas de la integración de grupos de distinto origen étnico, cultural y religioso?

Todos los países con inmigrantes han conocido un desarrollo económico, social y cultural notable, como se ve en las

PARA SEGUIR PENSANDO

PELÍCULAS

Bolivia. Adrián Caetano (2002)
Las dificultades que enfrentan los inmigrantes latinoamericanos que llegan al país y deben enfrentarse con la violencia, el prejuicio racial y el odio de los argentinos. Escenas en blanco y negro de un drama conocido.

LIBROS

Infancia. J.M. Coetzee. Memorias infantiles del Premio Nobel sobre una Sudáfrica dividida. Un cuadro del *apartheid*: negros, afrikaners (descendientes de antiguos colonos holandeses) y blancos ingleses, cada uno con su lengua y sus leyes.

Nosotros y los otros

Américas, en la Argentina, en los Estados Unidos y en Europa. La multiculturalidad y la diversidad casi siempre son una ventaja tremenda para un país o una ciudad. La ciencia y el arte serían impensables sin la influencia de diferentes culturas. Así podemos transformar la realidad de la inmigración en una contribución fundamental a una forma de globalización multicultural genuina que contribuya al bienestar de todos. El racismo es el enemigo más peligroso de ese nuevo

mundo, como ya lo sabemos desde la matanza de los indígenas en las Américas, la esclavitud, la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, las guerras en la exYugoslavia, las matanzas étnicas en Ruanda, ayer, y en Sudán, hoy. Es que con racismo no hay igualdad. Y sin igualdad no hay una sociedad democrática y multicultural.

Por Ana Laura Pérez
Revista Viva, de Clarín

- “Prefacio” de *Nosotros y los otros*, de Tzvetan Todorov. En este prólogo, el lingüista francés vincula, desde una perspectiva biográfica y partiendo de su experiencia personal, el tema del otro con las diferencias entre el decir y el hacer, por un lado, y en relación con el mal, por otro.

Prefacio (Fragmento)

Conocí el mal durante la primera parte de mi vida, cuando vivía en un país sometido al régimen stalinista. Este conocimiento fue progresivo: en los primeros años después de la guerra, era yo demasiado pequeño para comprender cabalmente la noticia de la súbita desaparición de tal o cual pariente o amigo de la familia, la de su instalación forzada en alguna pequeña ciudad de provincia, o la de la disminución rápida de sus recursos. Además, mi familia inmediata aprobaba los inicios de ese régimen y participaba de sus beneficios. Las cosas se embrollaron a finales de 1948, cuando otros amigos de mis padres, que pertenecían al mismo medio que ellos se encontraron en prisión, o cuando se habló mal de ellos en los periódicos (que entonces ya estaba en condiciones de leer), o cuando mi padre comenzó a tener dificultades con su trabajo. No obstante, yo seguí siendo un ferviente pionero hasta 1952. Después vino la muerte de Stalin y el descubrimiento paulatino, hecho al tiempo que avanzaba en la adolescencia, de la vacuidad del discurso oficial con el cual me rozaba cotidianamente.

Jamás fui una víctima directa del régimen, puesto que mi reacción no fue — como tampoco la de muchos de mis compatriotas — la de protestar o entrar en conflicto, sino la de adquirir dos personalidades: una pública y sumisa, la otra privada, que no se manifestaba más que en mi mente. Sin embargo, aunque en otro sentido de la palabra, no dejaba yo de ser una víctima de la misma manera

que lo era cualquier otro habitante de mi país: mi personalidad privada no era, como yo imaginaba, el puro fruto de mi voluntad, puesto que se formaba como reacción frente a lo que me rodeaba. Fue entonces que adquirí mi conocimiento del mal; estribaba éste en la escandalosa disparidad que había entre las frases con las que se rodeaban los representantes del poder, la vida que llevaban y la que nos hacían llevar; la cual parecía inspirarse en principios totalmente distintos. En la obligación de proclamar públicamente nuestra adhesión a esas doctrinas oficiales, y en la pérdida subsiguiente del sentido de las más nobles palabras, como libertad, igualdad o justicia, que servían para encubrir la represión, el favoritismo, las formas escandalosamente desiguales de tratar a los individuos; en la afirmación según la cual existía, respecto de un asunto determinado, una sola postura buena y en la comprobación de que su bondad estaba determinada por y a favor de los poderosos del momento, por lo que la “verdad” no era más que un efecto de la fuerza; en el poder ilimitado y arbitrario que sentíamos depositado en las manos de la policía y de los servicios de seguridad, de los funcionarios del partido y de los encargados; de los dirigentes, que podían, en cualquier instante, privar a la gente de su trabajo, de su casa, de sus amigos o de su libertad; en la incitación a la sumisión y a la mediocridad, en el sistema de delación, instituido en todos los niveles, que se había convertido también en el medio más rápido de hacer carrera; estribaba, en fin, en el temor de tener miedo. Los inconvenientes materiales, la falta de productos de consumo o las colas, no eran un mal en sí mismos (más bien eran un infortunio), pero pasaban a serlo en la medida en que era claro que resultaban de las demás características del régimen, y eran como sus emblemas. Ciertamente es que este mal no era homogéneo, de otra manera la vida no hubiera sido posible: yo seguía encontrándome con gente maravillosa, o me aprovechaba de gestos maravillosos de quienes no siempre los tenían. En ausencia de una vida pública decente, la vida privada latía en plenitud (aun cuando en esos momentos yo no me daba cuenta de ello): los amores, las amistades, las pasiones intelectuales o artísticas, eran intensos.

Cuando llegué a Francia e inicié una segunda parte de mi vida, mi experiencia respecto del mal recibió un doble complemento. Por un lado, como era de esperarse, aunque haya pasado a ser menos directa, su superficie se extendió. Los libros y las reuniones me familiarizaron más con el genocidio perpetrado por los nazis, o con los efectos de las bombas atómicas lanzadas sobre Japón; otras lecturas me enseñaron los horrores de la guerra ordinaria como, más lejos en el pasado, los de las guerras de los regímenes coloniales. No vi esos males con mis ojos; pero siento su parentesco con los que experimenté personalmente, y no vacilo en reconocer a un mal como mal (tengo más vacilaciones en lo que respecta al bien). Tengo la impresión de ser dueño en esto de una especie de absoluto que no me abandonará jamás; mi apego al ideal democrático no es solamente racional: se me sube la sangre a la cabeza cuando se lo pone en tela de juicio, y siento que me erizo contra mi interlocutor.

El segundo complemento es de naturaleza totalmente distinta. He descubierto, en efecto, poco a poco, que salvo muy raras excepciones, las personas que antes conocía carecían de un sentido ético comparable a aquel del que yo me hallaba pletórico. Naturalmente, había personas de convicciones bien firmes, pero se trataba de convicciones políticas, no éticas, constituidas por proyectos sobre el porvenir, más que por reacciones ante el presente en toda su variedad; para no hablar del hecho de que las orientaciones políticas que las inspiraban eran, la mayoría de las veces, variantes de esos mismos principios de los cuales había yo aprendido a desconfiar tanto en mi país de origen...

¿Pero por qué me cuenta todo eso?, se pregunta mi lector, perplejo. A ello voy; pero antes es preciso que evoque otro aspecto de esta experiencia.

Al mismo tiempo que me daba cuenta de la ausencia de reacción ética en la mayor parte de mis nuevos compañeros, descubría en ellos otro rasgo, que tal vez era la consecuencia —o la causa— de dicha falta de reacción: las convicciones que profesaban no influían de manera significativa en su comportamiento, ni viceversa. *Grosso modo*, llevaban una vida de “pequeños burgueses” y pretendían tener un ideal revolucionario, que, de haberse realizado, hubiera hecho imposibles ciertas formas de su existencia, a las cuales, no obstante, parecían estar muy apegados. No es que yo esperara que su vida fuese la ilustración perfecta de su fe: como yo mismo no soy un santo, tampoco podía exigir que ellos lo fueran (y, por lo demás, ¿quién desea vivir con santos?); pero sí me desagradaba ver ese divorcio completo entre vivir y decir, ese enfrentamiento —que ellos mismos ignoraban— de dos tendencias autónomas, incluso opuestas; que es cosa muy distinta que la tensión existente entre un capricho y su realización, necesariamente imperfecta. Una vez más fue sin duda mi experiencia anterior, mi aversión por las palabras que no apoyan los actos, lo que me hizo reaccionar así. Me di cuenta de que quería simultáneamente y hasta donde ello fuera posible, nutrir mi pensamiento con mi experiencia, y estar dispuesto a vivir según las conclusiones a las que me podía conducir el razonamiento.

Ahora bien, algo había en mi vida de entonces que no correspondía del todo con ese ideal: era la relación entre el trabajo profesional y el resto de la vida o, mejor dicho, la ausencia de tal relación. Interesado por los problemas de la literatura y del lenguaje, me inicié entonces en lo que se denomina ciencias humanas (y sociales). Pero nada de lo que lograba pensar sobre el lenguaje o la literatura guardaba relación alguna con mis convicciones o simpatías, tal como las experimentaba en las horas que no consagraba al trabajo. Más aún: la lógica de esas ciencias parecía excluir a priori toda interferencia del género, puesto que el trabajo se consideraba tanto mejor hecho cuanto más “objetivo” era; es decir, me había permitido borrar toda huella del sujeto que yo era, o de los juicios de valor que podía aportar. En una parte, aunque limitada de mi existencia, reproducía la incoherencia, o cuando menos el aislamiento, que estaba dispuesto a reprochar a las personas que me rodeaban.

Cuando tomé conciencia de ello empecé a experimentar una creciente insatisfacción respecto a dichas ciencias humanas y sociales (de las cuales forma parte, a mi juicio, la historia), tal como, en general, se las practica hoy día. La ruptura entre vivir y decir; entre hechos y valores me parece, en el caso específico de ellas, nefasta (la ruptura, no la distinción: también podemos distinguir y volver a unir). Es en eso, efectivamente, en donde yo sitúo la diferencia más interesante entre ciencias humanas y las demás, las de la naturaleza. Con frecuencia se las opone según otros criterios: por el grado de precisión que tienen sus resultados, o por la naturaleza de las operaciones mentales que implican, o por las condiciones de observación. Para mí, la diferencia existente en la materia estudiada (humano/no humano) implica que haya otra, capital, en la relación que se establece entre el sabio y su objeto. Hay muchas cosas que separan al geólogo de los minerales que estudia; en cambio, son muy pocas las que distinguen al historiador o al psicólogo de su objeto: los otros seres humanos. Esto implica, no que en estas materias se aspire a una menor precisión, ni que se rechace el principio de la razón, sino que se renuncie a eliminar aquello que les da su especificidad, a saber, la comunidad del sujeto y el objeto, y la inseparabilidad de los hechos y los valores. Aquí, un pensamiento que no se nutre de la experiencia personal del sabio degenera rápidamente en escolástica, y no aporta satisfacción más que al propio sabio o a las instituciones burocráticas, que adoran los datos cuantitativos. ¿Cómo ocuparse de lo humano sin tomar partido? Yo me adhiero plenamente a esta reflexión de Simone Weil: “La adquisición de conocimientos hace que nos acerquemos a la verdad, cuando se trata del conocimiento de lo que se ama, y en ningún otro caso” (*L'enracinement*, p. 319). Es así como en vez de ciencias humanas y sociales, he pasado a preferir el ensayo moral y político.

Cierto es que la relación de la que hablo no siempre es evidente: algunos segmentos del ser humano que se estudia están más cercanos que otros al sujeto y a los valores. ¿Cómo saber dónde está el bien y dónde el mal, cuando un filósofo nos dice que prefiere el ser y no el estar, o el pensamiento en vez de la razón? ¿Cómo integrar a mi intimidad subjetiva las hipótesis de los lingüistas sobre la estructura sintáctica de las frases? Cierto es que la observación de las formas puede prescindir durante mucho tiempo de valores y de subjetividad. Empero, y para tomar las cosas por el otro extremo, las abstracciones filosóficas pueden aproximarse a nosotros con ayuda de la mediación del pensamiento moral y político, que se relaciona tan bien con la metafísica más abstracta como con la vida cotidiana. Puede resultar difícil saber si se está a favor o en contra de la racionalidad; las cosas se aclaran un poco cuando se comprende que esta posibilidad de optar es también la que se da respecto de estar en favor o en contra de la democracia. Las doctrinas filosóficas, decía Tocqueville, tienen consecuencias prácticas, y es por eso también por lo que me afectan

Se comprenderá ahora que, si bien es materia de este libro la relación existente entre “nosotros” (mi grupo cultural y social) y “los otros” (aquellos que no forman

Nosotros y los otros

parte de él), es decir, la que se da entre la diversidad de los pueblos y la unidad humana, mi elección no es extraña, sin embargo, ni a la situación presente del país en el que vivo, Francia, ni a la mía propia. Y no habrá que asombrarse de que trate de averiguar, no solamente como han sido las cosas, sino también cómo debieran ser. No lo uno o lo otro, sino lo uno y lo otro.

La trayectoria que acabo de describir me había hecho desembocar en un libro que apareció en 1982, *La conquete de l'Amérique*, donde se trataba ya este mismo tema y donde yo asumía la misma actitud. Es un libro que todavía defiendo; y sin embargo, una vez que lo terminé, no era únicamente satisfacción lo que experimentaba. Me gustaban las narraciones que había hecho revivir, las de Colón y de Cortés, de Moctezuma y de las Casas, pero tenía la impresión de que el análisis conceptual que había yo hecho no llegaba al fondo de las cosas. En consecuencia, no quería abandonar el tema y, sin embargo, tampoco tenía interés en repetir el ejercicio en una nueva materia, porque hubiera encontrado las mismas dificultades. Fue entonces cuando decidí buscar la ayuda de los pensadores del pasado. Después de todo ¿acaso autores más inteligentes que yo, filósofos y políticos, sabios y escritores, no habían debatido la misma cuestión, desde tiempos inmemoriales? Y, si analizaba su pensamiento, ¿no iba a poder aprovechar su inteligencia? Así fue como pasé del plano de los acontecimientos al de la reflexión.

Tzvetan, Todorov, *Nosotros y los otros*
México, Siglo XXI, 1989

2. CONQUISTAR

LAS RAZONES DE LA VICTORIA

El encuentro entre el Antiguo y el Nuevo Mundo que el descubrimiento de Colón hizo posible es de un tipo muy particular: la guerra, o más bien, como se decía entonces, la Conquista. Un misterio sigue ligado a la conquista; se trata del resultado mismo del combate: ¿por qué esta victoria fulgurante, cuando la superioridad numérica de los habitantes de América frente a sus adversarios es tan grande, y cuando están luchando en su propio terreno? Quedémonos en la conquista de México, la más espectacular, puesto, que la civilización mexicana es la más brillante del mundo precolombino: ¿cómo explicar que Cortés, a la cabeza de algunos centenares de hombres, haya logrado apoderarse del reino de Moctezuma, que disponía de varios cientos de miles de guerreros? Intentaré buscar una respuesta en la abundante literatura que provocó, ya desde su época, esta fase de la conquista: los informes del propio Cortés; las crónicas españolas, la más notable de las cuales es la de Bernal Díaz del Castillo; por último, los relatos indígenas, transcritos por los misioneros españoles o redactados por los propios mexicanos.

A propósito de la forma en que me veo llevado a emplear esta literatura, se plantea una cuestión preliminar, que no se presentaba en el caso de Colón. Los escritos de este último podían contener falsedades, técnicamente hablando; eso no disminuía en nada su valor, pues yo podía interrogarlos ante todo en cuanto actos, no en cuanto descripciones. Ahora bien, el tema aquí ya no es la experiencia de un hombre (que escribió), sino un acontecimiento no verbal en sí, la conquista de México; los documentos analizados ya no valen solamente (o no tanto) en cuanto gestos, sino como fuentes de información sobre una realidad de la que no forman parte. El caso de los textos que expresan el punto de vista de los indios es especialmente grave: en efecto, dada la falta de una escritura indígena, todos son posteriores a la conquista y, por lo tanto, han sufrido la influencia de los conquistadores; volveré a hablar de esto en el último capítulo de este libro. En términos generales, debo formular una excusa y una justificación. La excusa: si renunciamos a esta fuente de información, no la podemos sustituir por ninguna otra, a menos que renunciemos a toda información de este tipo. El único remedio es no leer estos textos como enunciados transparentes, sino tratar de tener en cuenta al mismo tiempo el acto y las circunstancias de su enunciación. En cuanto a la justificación, podría expresarse en el lenguaje de los antiguos retóricos: los problemas que aquí se presentan remiten más a un conocimiento de lo verosímil que de lo verdadero. Me explico: un hecho pudo no haber ocurrido, contrariamente a lo que afirma un cronista determinado. Pero el que éste haya podido afirmarlo, que haya podido contar con que sería aceptado por el público contemporáneo, es algo por lo menos tan revelador como la simple ocurrencia de un acontecimiento, la cual, después de todo, tiene que ver con la casualidad. La recepción de los enunciados es más

reveladora, para la historia de las ideologías, que su producción, y cuando un autor se equivoca o miente, su texto no es menos significativo que cuando dice la verdad; lo importante es que la recepción del texto sea posible para los contemporáneos, o que así lo haya creído su productor. Desde este punto de vista, el concepto de “falso” no es pertinente.

Las grandes etapas de la conquista de México son bien conocidas. La expedición de Cortés, en 1519, es la tercera que toca costas mexicanas; está formada por unos centenares de hombres. Cortés es enviado por el gobernador de Cuba pero después de la salida de los barcos cambia de parecer y trata de destituir a Cortés. Éste desembarca en Veracruz y declara que su autoridad viene directamente del rey de España (cf. fig. 5). Habiendo sabido de la existencia del imperio azteca, empieza una lenta progresión hacia el interior, tratando de ganarse a las poblaciones por cuyas tierras atraviesa, ya sea con promesas o haciendo la guerra. La batalla más difícil es la que se libra contra los tlaxcaltecas, que sin embargo habrán de ser más tarde sus mejores aliados. Cortés llega por fin a México, donde es bien recibido; al cabo de poco tiempo, decide tomar prisionero al soberano azteca, y logra hacerlo. Se entera entonces de que ha llegado a la costa una nueva expedición española, enviada en su contra por el gobernador de Cuba; los recién llegados son más numerosos que sus propios soldados. Cortés sale con una parte de los suyos al encuentro de este ejército, mientras los restantes se quedan en México, al mando de Pedro de Alvarado, para custodiar a Moctezuma. Cortés gana la batalla contra sus compatriotas, encarcela a su jefe Pánfilo de Narváez, y convence a los demás de que se queden a sus órdenes. Pero se entera entonces de que, en su ausencia, las cosas han ido mal en México: Alvarado ha exterminado a un grupo de mexicanos durante una fiesta religiosa, y ha empezado la guerra. Cortés vuelve a la capital y se reúne con sus tropas en su fortaleza sitiada; en este momento muere Moctezuma. Los ataques de los aztecas* son tan insistentes que decide dejar la ciudad, de noche; se descubre su partida, y más de la mitad de su ejército es aniquilado en la batalla subsiguiente, es la *noche triste*. Cortés se retira a Tlaxcala, recupera sus fuerzas y regresa a sitiar la ciudad; corta todas las vías de acceso; y hace construir veloces bergantines (la ciudad estaba entonces en medio de lagos). Después de algunos meses de sitio, cae México; la conquista duró poco más o menos dos años.

Volvamos primero a las explicaciones que se proponen generalmente para la fulgurante victoria de Cortés. Una primera razón es el comportamiento ambiguo y vacilante del propio Moctezuma, que casi no le opone ninguna resistencia a Cortés (se refiere, por lo tanto, a la primera fase de la conquista, hasta la muerte de Moctezuma); es posible que este comportamiento, aparte de tener motivaciones

* Sería más exacto hablar de *mexicas* en vez de “aztecas”, y escribir el nombre de su “emperador” como Motecuhzoma; pero he decidido atenerme al uso común.

culturales a las que volveré más adelante, obedezca a razones más personales: difiere en muchos puntos del comportamiento de los otros dirigentes aztecas. Bernal Díaz, al informar de las palabras de los dignatarios de Cholula, lo describe así: “Y dijeron que la verdad es que su señor Montezuma supo que íbamos [a] aquella ciudad, y que cada día estaba en muchos acuerdos, y que no determinaba bien la cosa, y que unas veces les enviaba a mandar que si allá fuésemos que nos hiciesen mucha honra y nos encaminasen a su ciudad, y otras veces les enviaba a decir que ya no era su voluntad que fuésemos a México; que ahora nuevamente le han aconsejado su Tezcatepuca y su Ichilobos, en quien ellos tienen gran devoción, que allí en Cholula nos matasen o llevasen atados a México” (83). Tenemos la impresión de que se trata de una verdadera ambigüedad, y no de una simple torpeza, cuando los mensajeros de Moctezuma anuncian al mismo tiempo a los españoles que el reino de los aztecas se les ofrece como regalo y que les piden que no vayan a México, sino que vuelvan a sus casas, pero veremos que Cortés contribuye conscientemente a cultivar esta vacilación.

En ciertas crónicas se pinta a Moctezuma como un hombre melancólico y resignado; también se afirma que lo corroe la mala conciencia, puesto que expía en persona un episodio poco glorioso de la historia azteca anterior: los aztecas gustan presentarse como los legítimos sucesores de los toltecas, la dinastía anterior a ellos, cuando en realidad son usurpadores, recién llegados. ¿Le habrá hecho imaginar este complejo de culpa nacional que los españoles eran descendientes directos de los antiguos toltecas, que habían venido a recuperar lo suyo? Veremos que, también en este caso, la idea es sugerida en parte por los españoles, y es imposible afirmar con certeza que Moctezuma, haya creído en ella.

Una vez que los españoles han llegado a su capital, el comportamiento de Moctezuma es todavía más singular. No sólo se deja encarcelar por Cortés y sus hombres (este encarcelamiento es la más asombrosa de las decisiones de Cortés, junto con la de “quemar” —en realidad, de hacer encallar— sus propias naves: con el puñado de hombres que le obedecen arresta al emperador, cuando, él mismo está rodeado por el todopoderoso ejército azteca); sino que también, una vez cautivo, sólo se preocupa por evitar todo derramamiento de sangre. Contrariamente a lo que habría de hacer, por ejemplo, el último emperador azteca, Cuauhtémoc, trata de impedir por todos los medios que se instale la guerra en su ciudad: prefiere abandonar su poder, sus privilegios y sus riquezas. Incluso durante la breve ausencia de Cortés, cuando éste va a enfrentarse a la expedición punitiva enviada en su contra, no tratará de aprovechar la situación para deshacerse de los españoles. “Bien entendido teníamos que Montezuma le pesó de ello [del comienzo de las hostilidades], que si le plugiera o fuera por su consejo, dijeron muchos soldados de los que se quedaron con Pedro de Alvarado en aquellos trances, que si Montezuma fuera en ello, que a todos les mataran, y que Montezuma los aplacaba que cesasen la guerra” (Bernal Díaz, 125). La historia o la leyenda (pero para el caso poco importa), transcrita en este caso por el jesuita Tovar, incluso nos lo presenta, en la

víspera de su muerte, dispuesto a convertirse al cristianismo; pero, para colmo de ridículo, el cura español, ocupado en recoger oro, no encuentra tiempo para hacerlo. “Dizen que pidió el bautismo y se convirtió a la verdad del Santo Evangelio, y aunque venía allí un clérigo sacerdote entienden que se ocupó más en buscar riquezas con los soldados que no en catequizar al pobre rey” (Tovar, p. 83).

Faltan, por desgracia, los documentos que nos hubieran permitido penetrar en el universo mental personal de este extraño emperador: frente a los enemigos, se niega a emplear su inmenso poder, como si no estuviera seguro de querer vencer; como lo dice Gómara, capellán y biógrafo de Cortés: “No pudieron saber la verdad nuestros españoles, porque ni entonces entendían el lenguaje, ni hallaron vivo a ninguno con quien Moctezuma hubiese comunicado este secreto” (107). Los historiadores españoles de la época buscaron en vano la respuesta a estas preguntas, viendo en Moctezuma ora un loco, ora un sabio. Pedro Mártir, cronista que se quedó en España, más bien tiende a esta última solución. “[Aguantaba] unas reglas más duras que las que se dictan a los niños imberbes, y [soportábalo] todo tranquilamente, para evitar la rebelión de los ciudadanos y de los magnates. Parecía que cualquier yugo era más llevadero que la revuelta de su gente, como si le inspirase el ejemplo de Diocleciano, que prefirió apurar el veneno a tomar de nuevo las riendas del abandonado imperio” (v, 3). Gómara a veces lo trata con desprecio: “Hombre sin corazón y de poco debía ser Moctezuma, pues se dejó prender, y ya preso, nunca procuró la libertad, convidándole a ella Cortés y rogándole los suyos” (89). Pero otras veces admite que está perplejo, y que es imposible decidir: “La poquedad de Moctezuma, o el cariño que a Cortés y a los otros españoles tenía...” (91), o también: “A mi parecer, o fue muy sabio, pues pasaba así por las cosas, o muy necio, que no las sentía” (107). Seguimos sin salir de la duda.

El personaje de Moctezuma seguramente tiene algo que ver con esta no resistencia al mal. Sin embargo, esta explicación sólo vale para la primera mitad de la campaña de Cortés, pues Moctezuma muere en medio de los acontecimientos, tan misteriosamente como había vivido (probablemente apuñalado por sus carceleros españoles), y sus sucesores a la cabeza del estado azteca habrán de declarar inmediatamente a los españoles una guerra feroz y sin cuartel. Empero, en la segunda fase de la guerra hay otro factor que empieza a tener un papel decisivo: es la explotación que hace Cortés de las disensiones internas entre las diferentes poblaciones que ocupan la tierra mexicana. Tiene gran éxito en esta vía: durante todo el transcurso de la campaña sabe sacar provecho de las luchas intestinas entre facciones rivales y, durante la fase final, tiene a sus órdenes un ejército de tlaxcaltecas y de otros indios aliados, numéricamente comparable con el de los mexicanos; ejército del que los españoles ya sólo representan, en cierta forma, el apoyo logístico, o la fuerza de mando: sus unidades parecen estar compuestas a menudo de diez jinetes españoles y diez mil combatientes indios de a pie. Así lo perciben ya entonces los contemporáneos: según Motolinía, franciscano e historiador de la “Nueva España”, “los conquistadores dicen que Tlaxcallan es digna de

que su majestad la haga muchas mercedes, y que si no fuera por Tlaxcallan, que todos murieran cuando los mexicanos echaron de México a los cristianos, si no los recibieran los Tlaxcaltecas” (III, 16). Y de hecho, durante largos años los tlaxcaltecas gozan de numerosos privilegios concedidos por la corona: dispensados del pago de impuestos, son muy a menudo los administradores de las regiones recién conquistadas.

Al leer la historia de México, uno no puede dejar de preguntarse: ¿por qué no resisten más los indios? ¿Acaso no se dan cuenta de las ambiciones colonizadoras de Cortés? La respuesta cambia el enfoque del problema: los indios de las regiones que atravesó Cortés al principio no se sienten especialmente impresionados por sus objetivos de conquista porque esos indios ya han sido conquistados y colonizados —por los Aztecas. El México de aquel entonces no es un estado homogéneo, sino un conglomerado de poblaciones, sometidas por los aztecas, quienes ocupan la cumbre de la pirámide. De modo que, lejos de encarnar el mal absoluto, Cortés a menudo les parecerá un mal menor, un liberador, guardadas las proporciones, que permite romper el yugo de una tiranía especialmente odiosa, por muy cercana.

Sensibilizados como lo estamos a los males del colonialismo europeo, nos cuesta trabajo entender por qué los indios no se sublevaron de inmediato, cuando todavía es tiempo, contra los españoles. Pero los conquistadores no hacen más que seguir los pasos de los aztecas. Nos puede escandalizar el saber que los españoles sólo buscan oro, esclavos y mujeres. “En lo que más se empleaban era en buscar una buena india o haber algún despojo”, escribe Bernal Díaz (142), y cuenta la anécdota siguiente: después de la caída de México, “Guatemuz (Cuauhtémoc) y sus capitanes dijeron a Cortés que muchos soldados y capitanes que andaban en los bergantines y de los que andábamos en las calzadas batallando les habíamos tomado muchas hijas y mujeres de principales; que le pedían por merced que se las hiciesen volver, y Cortés les respondió que serían malas de haber de poder de quien las tenían, y que las buscasen y trajesen ante él, y vería si eran cristianas o se querían volver a sus casas con sus padres y maridos, y que luego se las mandaría dar”. El resultado de la investigación no es sorprendente: “Había muchas mujeres que no se querían ir con sus padres, ni madres, ni maridos, sino estarse con los soldados con quienes estaban, y otras se escondían, y otras decían que no querían volver a idolatrar; y aún algunas de ellas estaban ya preñadas, y de esta manera no llevaron sino tres, que Cortés expresamente mandó que las diesen” (157).

Pero es que los indios de las otras partes de México se quejaban exactamente de lo mismo cuando relataban la maldad de los aztecas: “Todos aquellos pueblos (...) dan tantas quejas a Montezuma y de sus recaudadores, que les robaban cuanto tenían, y las mujeres e hijas, si eran hermosas, las forzaban delante de ellos y de sus maridos y se las tomaban, y que les hacían trabajar como si fueran esclavos, que les hacían llevar en canoas y por tierra madera de pinos, y de piedra, y leña y maíz y otros muchos servicios” (Bernal Díaz, 86).

El oro y las piedras preciosas, que hacen correr a los españoles, ya eran retenidos como impuestos por los funcionarios de Moctezuma; no parece que se pueda rechazar esta afirmación como un puro invento de los españoles, con miras a legitimar su conquista, aún si algo hay de eso: demasiados testimonios concuerdan en el mismo sentido. El *Códice florentino* representa a los jefes de las tribus vecinas que vienen a quejarse con Cortés de la opresión ejercida por los mexicanos: “Motecuhzomatzin y los mexicanos nos agobian mucho, nos tienen abrumados. Sobre las narices nos llega ya la angustia y la congoja. Todo nos lo exige como un tributo” (XII, 26). Y Diego Durán, dominico simpatizante al que se podría calificar de culturalmente mestizo, descubre el parecido en el momento mismo en que culpa a los aztecas: “Donde (...) había algún descuido en proveerlos de lo necesario, (los mexicanos) robaban y saqueaban los pueblos y desnudaban a cuantos en aquel pueblo topaban, aporreándolos y quitábanles cuanto tenían, deshonrándolos, destruíanles las sementeras; hacíales mil injurias y daños. Temblaba la tierra de ellos, cuando lo hacían de bien, cuando se habían bien con ellos: tanto lo hacían de mal, cuando no lo hacían. Y así a ninguna parte llegaban que no les diesen cuanto habían menester (...) eran los más crueles y endemoniados que se puede pensar, porque trataban a los vasallos que ellos debajo de su propio dominio tenían, peor mucho que los españoles los trataron y tratan” (III, 19), “Iban haciendo cuanto mal podían. Como lo hacen ahora nuestros españoles, si no les van a la mano” (III, 21).

Hay muchas semejanzas entre antiguos y nuevos conquistadores, y esos últimos lo sintieron así, puesto que ellos mismos describieron a los aztecas como invasores recientes, conquistadores comparables con ellos. Más exactamente, y aquí también prosigue el parecido, la relación de cada uno con su predecesor es la de una continuidad implícita y a veces inconsciente, acompañada de una negación referente a esa misma relación. Los españoles habrán de quemar los libros de los mexicanos para borrar su religión; romperán sus monumentos, para hacer desaparecer todo recuerdo de una antigua grandeza. Pero, unos cien años antes, durante el reinado de Itzcóatl, los mismos aztecas habían destruido todos los libros antiguos, para poder reescribir la historia a su manera. Al mismo tiempo, como lo hemos visto, a los aztecas les gusta mostrarse como los continuadores de los toltecas, y los españoles escogen con frecuencia una cierta fidelidad al pasado, ya sea en religión o en política; se asimilan al propio tiempo que asimilan. Hecho simbólico entre otros, la capital del nuevo Estado será la misma del México vencido. “Viendo que la ciudad de Temixtitlan (Tenochtitlan), que era cosa tan nombrada y de que tanto caso y memoria siempre se ha hecho, pareciéonos que en ella era bien poblar, (...) como antes fue principal y señora de todas estas provincias, que lo será también de aquí adelante” (Cortés, 3). Cortés quiere fabricarse una especie de legitimidad, ya no a los ojos del rey de España, lo cual había sido una de sus principales preocupaciones durante la campaña, sino frente a la población local, asumiendo la continuidad con el reino de Moctezuma. El virrey Mendoza volverá a utilizar los registros fiscales del imperio azteca.

Lo mismo ocurre en el campo religioso: en los hechos, la conquista religiosa consiste a menudo en quitar ciertas imágenes de un sitio sagrado y poner otras en su lugar –al tiempo que se preservan, y esto es esencial, los lugares de culto, y se queman frente a ellos las mismas hierbas aromáticas. Cuenta Cortés: “Los más principales de estos ídolos, y en quien ellos tienen más fe y creencia tenían, derroqué de sus sillas y los hice echar por las escaleras abajo e hice limpiar aquellas capillas donde los tenían, porque todas estaban llenas de sangre que sacrifican, y puse en ellas imágenes de Nuestra Señora y de otros santos” (2). Y Bernal Díaz atestigua: “Y entonces (...) se dio orden cómo con el incienso de la tierra se incensasen la santa imagen de Nuestra Señora y a la santa cruz” (52). “Lo que había sido cultura de demonios, justo es que sea templo donde se sirva a Dios”., escribe por su lado fray Lorenzo de Bienvenida. Los sacerdotes y los frailes cristianos van a ocupar exactamente el lugar dejado vacante después de la represión ejercida contra los profesionales del culto religioso indígena, que los españoles llamaban por cierto con ese nombre sobredeterminado de *papas* (contaminación entre el término indio que los nombra y la palabra “papa”); supuestamente, Cortés hizo explícita la continuidad: “Este acatamiento y recibimiento que hacen a los frailes vino de mandarlo el señor marqués del Valle don Hernando Cortés a los indios; porque desde el principio les mandó que tuviesen mucha reverencia y acatamiento a los sacerdotes, como ellos solían tener a los ministros de sus ídolos” (Motolinía, III, 3).

A las reticencias de Moctezuma durante la primera fase de la conquista, a las divisiones internas entre mexicanos durante la segunda, se le suele añadir un tercer factor: la superioridad de los españoles en materia de armas. Los aztecas no saben trabajar el metal, y tanto sus espadas como sus armaduras son menos eficientes; las flechas (no envenenadas) no se equiparan con los arcabuces y los cañones de los españoles; estos son mucho más rápidos para desplazarse: si van por tierra tienen caballos, mientras que los aztecas siempre van a pie, y, en el agua, saben construir bergantines, cuya superioridad frente a las canoas indias tiene un papel decisivo en la fase final del sitio de México; por último, los españoles también inauguran, sin saberlo, la guerra bacteriológica, puesto que traen la viruela que hace estragos en el ejército enemigo. Sin embargo, estas superioridades, indiscutibles en sí mismas, no bastan para explicarlo todo, si se toma en cuenta al mismo tiempo la relación numérica entre los dos bandos. Y además los arcabuces son realmente poco numerosos, y los cañones todavía menos, y su potencia no es la de una bomba moderna; por lo demás, la pólvora está frecuentemente mojada. El efecto de las armas de fuego y de los caballos no puede medirse directamente en el número de víctimas.

No trataré de negar la importancia de esos factores, sino más bien de encontrarles una base común, que permita articularlos y comprenderlos, y, al mismo tiempo, añadirles varios otros, que parecen haberse percibido menos. Al hacer eso, me veré llevado a tomar al pie de la letra una respuesta sobre las razones de

Nosotros y los otros

la conquista-derrota que se encuentra en las crónicas indígenas y que hasta ahora se ha descuidado en Occidente, sin duda porque se la tomó como una pura fórmula poética. En efecto, la respuesta de los relatos indios, que es más una descripción que una explicación, consistiría en decir que todo ocurrió porque los mayas y los aztecas perdieron el dominio de la comunicación. La palabra de los dioses se ha vuelto ininteligible, o bien esos dioses se han callado. “La comprensión se ha perdido, la sabiduría se ha perdido” (*Chilam Balam*, 22): “Ya no había un gran maestro, un gran orador, un sacerdote supremo, cuando cambiaron los soberanos, a su llegada” (*ibid.*, 5). El libro maya del *Chilam Balam* está regularmente marcado por esta pregunta desgarradora, que se plantea incansablemente, pues ya no puede recibir respuesta: “¿Cuál será el profeta, cuál será el sacerdote que dé el sentido verdadero de la palabra de este libro?” (24). En cuanto a los aztecas, describen el comienzo de su propio fin como un silencio que cae: los dioses ya no les hablan. “(Sacrificaban a los dioses) pidiéndoles favor y victoria contra los españoles y contra los demás sus enemigos. Pero ya era demás, porque aún respuesta de sus dioses en sus oráculos no tenían, teniéndoles ya por mudos y muertos” (Durán, III, 77).

¿Será que los españoles vencieron a los indios con la ayuda de los signos?

Todorov, Tzvetan “Las razones de la victoria”,
en *La Conquista de América. El Problema del otro*
Siglo XXI, México, 1987.

Bibliografía recomendada

Arrom, José, "Las primarias imágenes opuestas y el debate sobre la dignidad del indio", en Gutiérrez, M., Estévez, M., Portilla, L., et al. Comps. *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*, México, Siglo XXI, 1992.

Barth, Fredrik, *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

Krotz, Esteban, "Utopía, asombro, alteridad: consideraciones metateóricas acerca de la investigación antropológica", en *Estudios Sociológicos V (14)*, México, 1987.

Said, Edward, *Cultura e Imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1993.

Said, Edward, *Orientalismo*, Madrid, Libertarias, 1990.

Todorov, Tzvetan "Las razones de la victoria", en *La Conquista de América. El Problema del otro*, México, Siglo XXI, 1987.

Todorov, Tzvetan, *Nosotros y los otros*, México, Siglo XXI, 1989.

Introducción	11
La existencia del “otro”: de la discriminación a los derechos humanos	13
- «Los orígenes de las ideas racistas», de Mijail V. Kriukov	13
- «Universalidad de los derechos humanos», de Yoshikazu Sakamoto	14
La conquista del «otro»	16
- «Las razones de la victoria» (fragmento, de T. Todorov)	16
- «El matadero», de Esteban Echeverría	17
La convivencia con los otros: otras lenguas, otras imágenes	19
- «La diversidad lingüística en peligro», de Valeria Román	19
- «Las flores del argelino», de Marguerite Duras	19
Para conocer al «otro»: el cine	21
- «El extraterrestre, reflejo de nuestras obsesiones», de Claude Aziza	21
- Bolivia, de Adrián Caetano	21
Anexo: Lecturas destinadas al docente	23
- Estructuras de las ideologías y estructuras del significado, Teun van Dijk	23
- ¿Todos somos iguales?	35
- Prefacio (fragmento), T. Todorov	38
- 2. Conquistar. Las razones de la victoria, T. Todorov	43
Bibliografía recomendada	51

Democracia y desigualdad en la Argentina

Introducción

Los textos que integran este cuadernillo se organizan en torno al tema “Democracia y desigualdad”. Tal como se menciona en la introducción dirigida al alumno, se trata de un tema que ha recorrido la historia reciente de nuestro país. En este sentido y después de sucesivas políticas económicas de ajuste, la desocupación y la pobreza han crecido al punto de entrar en conflicto con la democracia misma. La democracia, entendida como una organización política que promueve la igualdad, o bien considerada una forma de convivencia de las personas, se ve afectada por el crecimiento de la desocupación y la pobreza que instalan la desigualdad, el resentimiento de los vínculos sociales y la exclusión.

El tema será recorrido a través de cuatro ejes principales, en torno a los cuales se organizan los diversos materiales de lectura. Los dos primeros capítulos se centrarán en el concepto de democracia, su definición y su relación con la idea de igualdad en el marco histórico de la antigua Grecia y de la Revolución Francesa. En el tercero, nos detendremos en el problema de la desocupación y sus consecuencias, por un lado, y en el surgimiento de nuevas formas de organización social. En el cuarto capítulo, abordaremos la representación de estas cuestiones en dos películas: *Los olvidados*, de Luis Buñuel, y *Mundo grúa*, de Trapero.

La pregunta que abre el cuadernillo dirigido al alumno es: ¿cuánta desigualdad soporta la democracia? A esta pregunta se agregan otras: ¿hasta dónde y de qué manera se resienten los vínculos sociales?, ¿qué estrategias de resistencia se han llevado adelante para reducir el impacto provocado por las políticas económicas? La propuesta es que estas preguntas puedan servir tanto de guía de la actividad lectora como de disparador de nuevas inquietudes, nuevos interrogantes impulsados por la curiosidad de conocer, de saber, de averiguar algo más sobre el tema. Por eso, sería interesante que en cada encuentro sea posible volver sobre esa reflexión, quizás para formular nuevos interrogantes, que profundicen el planteo inicial a partir de los aportes de los textos; quizás para ensayar algunas respuestas, aun cuando se consideren provisionales.

Los cruces entre los textos, el análisis de nuevos casos que se adjuntan a modo de anexo son, por demás, numerosos, y serán señalados a lo largo de su recorrido. Sin embargo, esto no significa que otras lecturas no sean posibles. Lejos de eso, sería deseable que, motivados por los intereses de los alumnos, se propongán otros entrecruzamientos que surjan del debate, la confrontación de textos y su análisis.

La lectura es así entendida como una actividad compleja que supone no sólo el reconocimiento de los propósitos de un texto, de sus características particulares, de los variados elementos que lo constituyen, sino también el cotejo y la comparación con otros textos, la búsqueda de información que complete y amplíe el horizonte del lector, la vinculación con otros temas derivados.

Se trata, en todo caso, de abrir no sólo el camino de la lectura, sino también el de los múltiples senderos en los que puede ir bifurcándose. Pues si bien la mencionada metáfora se utiliza con frecuencia para referirse a la lectura, no siempre se contemplan las nuevas rutas, a veces previsibles y otras no tanto, que supone.

Finalmente, cada capítulo de este cuadernillo se acompaña de otros textos que amplíen aquellos artículos con que cuentan los alumnos, de manera que brinden nuevas posibilidades de apertura y conocimiento de los temas.

¿Qué se entiende por democracia?

Para comenzar a indagar en la problemática democracia y desigualdad, se propone partir de un marco conceptual, esto es, de acercarnos a una definición sobre el concepto de democracia y, a partir de esa noción, reflexionar sobre su lugar dentro de nuestras prioridades.

“¡Y encima poco democráticos!” de José Nun

Este es un artículo que abre la cuestión antes mencionada a partir del análisis de las encuestas. El autor pone en escena la reflexión sobre el uso que hacemos del término “democracia”, criticando justamente su funcionamiento en las encuestas como un presupuesto que se hace necesario revisar.

Si bien el autor lo plantea explícitamente en su artículo, sería interesante discutir con los alumnos sobre sus definiciones del concepto “democracia” antes de la lectura. Incluso, podría proponerse realizar una breve encuesta entre los integrantes del grupo en torno a una pregunta que se menciona en el texto. A saber: que elijan, entre una serie de temas, cuáles consideran prioritarios: educación – salud – seguridad – bienestar económico – democracia – justicia. No se trata, en este caso, de obtener respuestas acabadas, sino más bien de abrir una reflexión que permita una lectura más productiva del artículo.

Las primeras consignas propuestas tienden a una lectura comprensiva del artículo. Se les propone explicar el concepto de “ley de consecuencias no queridas” y analizar el uso que hace de las comillas en “gente decente” y “pobrerío” (consigna 1). Luego, la propuesta es resumir la crítica que el autor sostiene sobre las encuestas en dos o tres argumentos (consigna 2). En ambos casos, es interesante hacer notar ciertos recursos del autor a lo largo de su argumentación, ligados a la ironía (como el uso de comillas), o relacionados con las refutaciones que sus propios argumentos pueden recibir (como la aclaración que enuncia entre paréntesis).

En la siguiente consigna, se les propone definir el concepto de democracia según su uso más difundido (consigna 3). Aquí, puede recuperarse la discusión inicial sobre sus primeras definiciones y compararse.

La consigna argumentativa siguiente, fundamentar por qué “democracia y buen gobierno no son la misma cosa” (consigna 4), puede servir, a su vez, para abrir a las preguntas que se formularon en la introducción y que serán revisadas a lo largo del cuadernillo. Se trata, en este caso, de comenzar a distinguir entre democracia y gobierno, pues resulta evidente que serán los malos gobiernos quienes, a través de sus acciones políticas, instalen la desigualdad a la que ya nos hemos referido.

En este sentido, la consigna 5 propone la lectura de la información lateral al artículo (“Adjetivos para la democracia”) y ofrece un fragmento nuevo para analizar el uso del adjetivo “sólida” caracterizando a “democracia” y, particularmente, a “democracia argentina”. Esta actividad, a la vez que propone la resolución de una escritura argumentativa en forma grupal, requiere vincular ese uso particular

Democracia y desigualdad en la Argentina

con acontecimientos históricos que tuvieron lugar en nuestro país. La pregunta implícita sería por qué nuestra democracia es tan frágil.

Finalmente, y a modo de cierre de esta parte, se incluyen dos pequeños textos para dejar planteada la cuestión de la democracia en un marco más amplio, el de Latinoamérica, y se definen los conceptos derechos civiles, políticos y sociales. Cabría comenzar a indagar con los alumnos qué derechos consideran que se ven afectados cuando las democracias no funcionan adecuadamente.

“Atenas y Esparta” de José Nun

Para continuar indagando en el concepto “democracia”, la propuesta es la lectura de un artículo que remite a los orígenes históricos del concepto, a la situación en Atenas y Esparta en la Grecia antigua.

En este texto, y a partir de la doble lectura de la etimología de “democracia”, se oponen dos ideas fundamentales (gobierno del pueblo y gobierno de los políticos) cuya coexistencia se define, más adelante, como característica de las democracias occidentales. Por eso, la primera actividad propone la síntesis de estas ideas.

Varios son los temas que se abordan a continuación. Entre ellos, cabe destacar los métodos eleccionarios en la antigua Grecia y el voto, más precisamente, en Atenas. La segunda, plantea una consigna argumentativa en torno a cuán democrático consideran al voto como modo de elección. Sería interesante, luego del trabajo en grupos reducidos, exponer esas ideas en la clase, teniendo en cuenta que los alumnos, en su mayoría, aún no han votado y están próximos a hacerlo por primera vez. Qué ideas, imágenes previas, fantasías, responsabilidades sienten en relación con este tema son algunas cuestiones que pueden debatirse.

La consigna No. 3 abre la reflexión a otros modos de elección, algunos de cuales pueden haber ejercitado ya en la escuela. Indagar cuáles otros conocen, en qué situaciones los emplearon, qué resultados obtuvieron, si quedaron o no conformes con la elección (más allá de que haya ganado o no la opción preferida de cada uno) puede ser interesante. En este sentido, se puede cotejar la descripción de las asambleas de Atenas y compararla con las que tuvieron lugar en nuestro país, después de los acontecimientos de diciembre del 2001. Esa reflexión mencionada puede ser útil al momento de caracterizar nuestra democracia, propuesta en la consigna 4.

A modo de cierre de esta parte, se plantea una consigna de escritura grupal de *slogans* para una campaña política. Es importante aquí recapitular los conceptos en torno a democracia trabajados a lo largo de este capítulo y analizar, junto con ellos, cuáles y cómo aparecen en los *slogans* que escriban.

Para profundizar en los temas abordados en este capítulo, se adjunta en *Anexo: Nun, José, Democracia. ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, Buenos Aires, FCE, 2000. (págs. 9 a 36 y 167 a 175).

¿Qué se entiende por democracia?

Libertad, igualdad, fraternidad

En este capítulo, se abordan los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad (más adelante, se verá cómo funcionan en el contexto de la desocupación y la pobreza). El marco que abre ese capítulo es la Revolución Francesa (1789). Si bien se la menciona brevemente en el cuaderno de trabajo para el alumno, sería interesante, antes de la lectura de los artículos, recuperar esos saberes que ya han trabajado: ¿por qué fue una revolución?, ¿en qué consistió?, ¿cómo se relaciona la *Declaración de derechos del hombre*, que sostenía la libertad e igualdad de los hombres, con la Constitución americana (promulgada en el 1776 y mencionada en el capítulo anterior)?, ¿por qué son antecedentes de las constituciones latinoamericanas?

“¿Qué democracia?” (fragmento) de C. Castoriadis

Las actividades propuestas para el trabajo con este artículo tienen como objetivo relacionar la idea de igualdad y libertad, ya enmarcados históricamente, con el funcionamiento de las actuales democracias.

Para eso, se propone explicar la relación que se establece en el texto entre igualdad y libertad (consigna 1) y analizar el funcionamiento de los espacios privados, público/privados y públicos (consigna 2).

Partiendo de una afirmación del autor (“Las decisiones verdaderas se toman en un espacio aislado, en los pasillos o los lugares de encuentro de los gobernantes”) se plantea una discusión que permite reflexionar sobre el modo en que funcionan nuestras instituciones, las cámaras legislativas y los debates que allí se instalan. Sería interesante, al vincular estas cuestiones, indagar con los alumnos qué conocimientos tienen sobre el funcionamiento del poder legislativo, cómo se debaten o sancionan las leyes y cómo los mismos alumnos acceden a esa información. Esta discusión deja abierta la pregunta en torno al derecho a la información, condición para que se mantenga la igualdad entre los ciudadanos, que se propone en la consigna siguiente.

En esta consigna, y dado que el propio autor vincula este tema con lo educativo, puede organizarse un debate que comience a relacionar estos conceptos con el problema de la desocupación. ¿Qué pasa con una familia de bajos recursos y sin acceso a la educación? ¿Está incapacitada para juzgar la información? ¿Dispone del tiempo necesario para la reflexión sobre la información?

“La idea más revolucionaria de la historia es la de democracia” (entrevista)

Para continuar la exploración de los conceptos fundamentales ya mencionados, se propone la entrevista a Antoni Domenech, especialista en filosofía política.

Democracia y desigualdad en la Argentina

Los contextos históricos a revisar, y recuperar con los alumnos, son nuevamente la Revolución Francesa y la independencia de los Estados Unidos.

En principio, se plantea una búsqueda de información para, con esos datos, escribir en forma grupal un texto explicativo destinado a un lector que desee informarse sobre ese tema. Puede considerarse como género una breve entrada enciclopédica o un texto destinado a un manual de Historia. En cualquier caso, se trata de transformar la información obtenida en forma directa a un texto expositivo, que puede incluir citas o no.

La consigna No. 2 plantea la comparación de las figuras mencionadas en el artículo y la escritura de un breve retrato. Puede aprovecharse para eso, la información que brindan las plaquetas laterales a la entrevista.

La siguiente es una consigna argumentativa a partir de un enunciado del texto ("Si uno depende de otro para vivir no es libre"). Se trata de que los alumnos redacten argumentos consistentes para fundamentar esa tesis, a la vez que relacionen esta problemática con la idea de libertad.

Revisar la definición de democracia como "gobierno de los pobres" que aparece en esta entrevista con "gobierno del pueblo", ya analizada en el capítulo anterior (consigna 4), permite ir recapitulando algunas nociones antes del cierre de esta parte.

Por último, la escritura de una argumentación que fundamente la afirmación sostenida en el título, implica volver sobre algunas cuestiones ya planteadas y continuar la reflexión en torno al eje del cuadernillo. En la Argentina de hoy, ¿es revolucionario ser demócrata? ¿Eso implica sostener la fraternidad y la igualdad como valores? ¿En qué situaciones se ponen de manifiesto? ¿En cuáles no?

El impacto de la desocupación

Hacia una conceptualización del desempleo (fragmento)

Como consecuencia de las sucesivas políticas de ajuste, la desocupación y la pobreza han crecido en nuestro país. En el marco de esta problemática, abundan las estadísticas y los comentarios que miden los índices y analizan la cuestión. A partir de la lectura del primer artículo, se abre la discusión sobre los términos que aparecen vinculados a la desocupación.

Antes de la lectura del primer texto, sería interesante discutir qué entienden por “desocupación”, ¿cuándo consideran que una persona está desocupada?, ¿qué casos vinculados a este tema conocen?

La primera consigna, explícita en el texto, es la de *analizar el caso del joven que limpia los vidrios a un automovilista*. Si bien las respuestas posibles son dos, tal como se afirma, es interesante discutir qué posición predomina entre los alumnos.

En este sentido, la segunda consigna abre la cuestión a otras ocupaciones posibles, para pensarlas en relación con los términos “ocupación”, “laburo” y “changa”. Por otro lado, reflexionar acerca de las ocupaciones que han surgido en el contexto de la crisis económica del país permite actualizar esta discusión al mismo tiempo que acercarla a las experiencias sociales cotidianas.

La consigna Nº 3 propone la comparación de las definiciones de “desocupación”, desocupación abierta y genérica, a los fines de discutir con ellos tanto la interpretación de las estadísticas como la de otros mensajes, sobre todo en el contexto mediático, que circulan en torno al tema. Aquí, sería interesante también abrir la discusión a qué informaciones manejan al respecto, cuáles suelen predominar en el discurso periodístico, qué conceptos se emplean en ese contexto, de qué manera.

Por último, la consigna Nº 4 incluye un nuevo texto, un testimonio de una persona que se vio afectada de cerca por la pérdida de su trabajo. Tal como se indica en el cuaderno de trabajo para el alumno se trata de leerlo, quizás en forma grupal, en voz alta, y compartir las opiniones que surjan. Si se considera más adecuado, en el anexo del cuaderno de trabajo para el alumno, se incluyen otros casos, testimonios e historias de vida. Pueden seleccionarse varios, si se prefiere, de manera que cada grupo trabaje sobre un caso diferente y que, en una exposición grupal, puedan comentar a los otros su lectura y sus opiniones.

Para profundizar en los temas abordados en este capítulo, se adjunta en *Anexo*: En: Arrillaga, H., Barletta, M. y Masi, María B., *El comportamiento del mercado laboral en el interior argentino. 1985 – 1997*, Bs.As., Univ. Nac. de La Plata, del Litoral y de Quilmes, REUN (Red de Editoriales de Universidades Nacionales) y Página 12, 1998. (págs. 14 a 24).

Democracia y desigualdad en la Argentina

Sociedad en movimiento

A partir de la lectura del artículo mencionado, se trata de analizar y comentar con los alumnos las respuestas que dio la sociedad a la problemática ya planteada en relación con las nuevas formas de organización: las redes de trueque, las empresas recuperadas, los piqueteros y los cartoneros.

Para eso, en la consigna N°1, se les propone comparar estos modos de organización con los que ya existían desde 1983, y analizar con ellos qué diferencias establece el ingreso del concepto de red, que se reitera en estas nuevas modalidades. En la consigna siguiente, se les propone comparar la información específica referida a cada una de las organizaciones, analizar las dificultades y reflexionar sobre los beneficios que brindan, no sólo en términos de mantener algún grado de subsistencia, sino también en cuanto a la contención social que, puestas en red, permiten estas organizaciones.

Según el tiempo con que cuenten, antes de la próxima consigna, pueden leer en clase el artículo “De la exclusión a la organización: la mutual ‘El colmenar’” (en el anexo del cuadernillo del alumno), o bien mencionarlo para que los alumnos lo consulten en otro momento.

En la siguiente consigna, se propone la lectura de un artículo humorístico, en el que se menciona a los piqueteros como “actores” (¿sociales?) y permite, tal como se explicita en el cuaderno de trabajo para el alumno, enunciar críticas que, presentadas de otra forma, suele resultar molesto escuchar. Las quejas y las demandas de los piqueteros suelen manifestarse a diario y entran en conflicto con otros intereses. Por otro lado, sería posible pensar si, a través del humor, no se explicitan fantasmas o preguntas que suelen rondar con suspicacia (“si no trabajan es porque no quieren”, “prefieren que les den a tener que ganarse el mango”, etc.).

Por último, y a modo de cierre, se les propone una consigna de escritura de resolución grupal; describir alguna escena que hayan visto vinculada a estos temas. Puede sugerirse un corte de ruta, la descripción de algún personaje, la recolección de los cartoneros, etc., y comentarlos grupalmente antes de la escritura.

Para profundizar en los temas abordados en este capítulo, se adjunta en *Anexo*: “Los desafíos de la política”, en: IIEPE / UNESCO, 2004, *El Desarrollo Humano en la Argentina del siglo XXI*, Buenos Aires, PNUD Argentina.

Habla el cine: *Los olvidados* y *Mundo grúa*

Tal como se afirma en el cuaderno de trabajo para el alumno, el cine, así como otras artes, también ha contado historias sobre los marginados y excluidos, sobre la desesperanza y el desamparo. En este capítulo, la propuesta es leer dos comentarios de películas que abordan el tema: *Los olvidados*, de Luis Buñuel, y *Mundo grúa*, de Trapani. En el segundo caso, además, se propone una actividad luego de ver la película.

Los Olvidados, José Pablo Feinmann

En la consigna No. 1, se trata de reflexionar acerca de las escenas que muestra el film (escenas que a menudo observamos en la realidad cotidiana) a partir de una afirmación del texto en relación con el concepto de belleza. Esas escenas, obviamente, no son “bellas”, y el cine, como el resto de las artes, trabaja con alguna concepción estética que considera la belleza. En este marco, cabe preguntarse y discutir con los alumnos si es necesario “embellecer” la realidad cuando las escenas que vemos nos desagradan, en qué situaciones o para lograr qué. Las opiniones, seguramente, serán muy diversas, pero se trata de que cada uno logre argumentar las propias ideas.

Otra consigna para fundamentar las ideas, en este caso, las de otro, se propone al justificar en qué sentido puede decirse que la pobreza envilece. Aquí, además, se propone relacionar los argumentos, o ejemplificarlos, con algún comentario o descripción de la película.

La consigna No. 3 les propone describir la escena en la que Pedro lanza un huevo a la cámara. El efecto provocado en el espectador, en este caso, Feinmann, ha sido tan intenso como su transmisión en el artículo. ¿Cómo logra transmitir ese efecto en el artículo? ¿A través de qué recursos?

Por último, en la consigna No. 4 se les propone reflexionar sobre la idea de la vida como destino y ponerla en relación con las formas de organización social ya comentadas en el capítulo anterior, pues es evidente que si aceptamos esa idea, las organizaciones, su sentido de construcción, dejarían de tener sentido. El debate, entonces, puede ser un modo de trabajar con estas ideas, a la vez que se ejercita el discurso argumentativo oral.

Cuando el mundo tira para abajo, O. Bayer

Para trabajar la película “Mundo grúa”, se plantean algunas actividades previas al film y otras posteriores a verlo. Las primeras parten de la lectura del artículo de Bayer y pretenden trabajar con el impacto provocado por la película. El texto comenta hechos relacionados con el momento de verla, narrando la propia experiencia. Se trata, en un segundo momento, de discutir con los alumnos qué expectativas les genera ese comentario.

Democracia y desigualdad en la Argentina

Luego de ver el film, convendría situar la historia en el contexto en el que transcurre a la vez que relacionarla con los temas abordados: la crisis, el desempleo, las salidas personales.

En la consigna siguiente, se les propone analizar la metáfora “mundo-grúa” en el film, describir cómo es el mundo grúa según su visión y cómo lo relacionarían con las ideas ya trabajadas.

Finalmente, y a modo de cierre, otras metáforas pueden ser construidas, para trabajar y recapitular temas tales como democracia, desocupación, desigualdad y pobreza, formas de resistencia, etc. La consigna de escritura, a realizarse en forma grupal, implica su desarrollo, de manera que esos textos puedan funcionar a modo de síntesis de lectura de este cuadernillo. En ese sentido, sería interesante leer en clase esas producciones y comentarlas.

ANEXO

LECTURAS DESTINADAS AL DOCENTE

Democracia.

¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?

I. Introducción

Hace un siglo y medio, Lincoln advertía que su país estaba necesitando con urgencia una definición de la palabra libertad porque se la había desfigurado en exceso: “El mundo nunca tiene una buena definición para esta palabra” -se lamentaba-. “Todos estamos decididamente a favor de la libertad, sólo que no siempre pensamos lo mismo cuando la palabra sale de nuestros labios”.

Es una experiencia que hoy se repite puntualmente en América Latina con la palabra democracia. Más todavía: si algo llama la atención es la facilidad con que, a pesar de ello, ha pasado a ser uno de esos lugares comunes que se discuten cada vez menos y que suscita muy escasas observaciones como la de Lincoln. Paradójicamente, el tema es objeto de mayor debate en el “Primer Mundo” que entre nosotros. Parece haber más de un motivo para que las cosas sean así.

En primer lugar, dado el escaso tiempo transcurrido desde las dictaduras militares que nos precedieron, la mayoría de los actuales regímenes políticos siguen siendo evaluados, en parte, por oposición a aquellas, o sea, por lo que no son. Y esto, independientemente de la calidad de sus propias instituciones y prácticas, de apoyo que despiertan e inclusive de la distancia real que las separa del pasado. En todo caso, resulta razonable que se le adjudique un signo positivo a lo otro del horror.

Un segundo motivo proviene de la gran difusión que ha alcanzado el “no hay alternativas” del neoliberalismo y, con él, un enfoque formalista y tecnocrático de la democracia que, más allá de la retórica, es tratada sobre todo como un sistema de equilibrio posible recomendable mientras no dé lugar a abusos que afecten las pautas actuales de acumulación capitalista. De ahí que, aparentemente, a muchos les alcanza con que haya elecciones periódicas y, según los lugares, un caudal más o menos amplio de libertades públicas para considerar así saldado su compromiso con la democratización de la vida política. Pedir más sería utópico y ya sabemos a qué abismos conducen las utopías.

Después, de resultas de una serie de factores que serán explorados más adelante y entre los cuales ocupan un lugar de privilegio las crisis económicas y los

Democracia y desigualdad en la Argentina

procesos de exclusión social, ha ocurrido una profunda y generalizada desarticulación de las identidades y de las solidaridades de los sectores populares, los cuales se contaron históricamente entre los mayores impulsores y sostenedores de una participación política amplia. El contraste es notorio: décadas atrás la mayoría de los excluidos políticos eran trabajadores que luchaban para lograr acceder a la ciudadanía; hoy, la mayoría de los excluidos sociales son desocupados y subocupados que concentran sus energías en tratar de sobrevivir.

Por último, asistimos también a una palpable retracción del pensamiento crítico. Lo menos que puede decirse es que el tema de la democracia no se ha convertido en América Latina en el fermento de un debate sobre el presente y el futuro de nuestros países. Supongo que todavía son muchos los intelectuales que sufren de mala conciencia por haber atacado durante tantos años a la democracia formal (siguiendo una larga tradición que inició la izquierda francesa en 1848) y temen que cualquier objeción que hagan ahora sea mal interpretada. Sólo que, así como antes las alternativas que esos intelectuales hacían suyas -y de las que hoy reniegan- eran el mayor problema, ahora éste es su actual recato, que termina volviéndose otra de esas conocidas instancias en las cuales se arroja al chico junto con el agua de la bañera.

A ello se suma el hecho nada secundario de que, en razón misma de la historia política de nuestros países, tradicionalmente el pensamiento social latinoamericano ha reflexionado mucho más acerca de los regímenes oligárquicos, populistas o despóticos que sobre los regímenes democráticos. Esto, unido a la timidez crítica que señalo, lo volvió especialmente receptivo a los análisis de la democracia prevalecientes en el Primer Mundo, en especial los de origen anglosajón y de orientación eminentemente descriptiva.

El resultado de todas estas circunstancias (y de varias más que podrían agregarse) es que, a diferencia de otras épocas, la pobreza material que afecta en este comienzo de siglo a una masa cada vez más grande de latinoamericanos viene acompañada por un empobrecimiento también creciente de la discusión pública acerca de la organización de nuestras sociedades y de los modos más justos y equitativos de gobernarlas.

Por eso me parece que es éste un buen momento para replantear algunos aspectos concretos del tema de la democracia y para revisar ciertos lugares comunes que los han vuelto brumosos. Mi propósito, reitero, no es aquí el del tratadista. Deseo poner simplemente en la agenda, en forma accesible y con un mínimo de aparato académico, una serie de cuestiones referidas a las condiciones de posibilidad de la democracia, a los vínculos entre la ciudadanía y los derechos sociales y, en última instancia, a las relaciones que pueden existir en esta época entre la democracia y la igualdad. Lo hago porque las juzgo de especial relevancia, que no es lo mismo que sostener que son las únicas cuestiones relevantes.

En todo caso, estoy convencido de que son premisas mayores de cualquier diálogo serio sobre el asunto; y, también, que se ha tendido a relegarlas a un segundo plano durante demasiado tiempo haciéndoles el juego a quienes suelen no tener

ningun interés en discutirlos. Esto explica que, como diría Lincoln, la noción de democracia se haya ido desfigurando y que la literatura no tenga remedio que acudir a los epítetos (democracias transicionales, incompletas, delegativas, de baja intensidad, relativas, inciertas o, incluso, en una significativa perversión del lenguaje, democracias autoritarias).

No se trata, claro, del uso mismo de adjetivos. En realidad, el término democracia nunca ha podido privarse de ellos: desde fines del siglo XVIII se le comenzó a agregar el de “representativa” así como después se la llamaría, según los casos, “directa”, “liberal” o “parlamentaria”. Pero aquellos epítetos remiten a otra cosa, a las ausencias o deformaciones del objeto que describen; y por eso son síntomas de un malestar al que es necesario prestarle toda la atención que merece. Para ello, un buen recurso consiste en regresar a algunos puntos de partida conocidos que mantienen su actualidad y que pueden servir para encauzar la discusión. Pero antes, un par de consideraciones preliminares.

II. Los parecidos de familia

Conviene admitir de entrada que, en términos generales y contra lo que podría creerse, no es mucho todavía lo que sabemos acerca de la democracia con suficiente certeza empírica o teórica.

Se explica. Como han observado Damton y Duhamel*, aún sumando los casi dos siglos de democracia ateniense y los escasos dos siglos de democracia occidental (cálculo éste que peca notoriamente por exceso), en 2.600 años de historia el fenómeno democrático sólo se ha manifestado en algunos pocos lugares de la tierra durante bastante menos de 400 años; y todavía hoy le resulta ajeno casi por completo a unas 4/5 partes de la humanidad. Más aún: en el último medio siglo, han existido regímenes constitucionales continuadamente democráticos en apenas una veintena de países que, por añadidura, presentan abundantes diferencias entre sí.

Por otro lado, así como los atenienses no nos legaron ningún análisis sistemático de su experiencia, varios de los textos fundamentales acerca de la democracia moderna fueron escritos por quienes, o nunca llegaron a conocerla (Montesquieu, Rousseau), o sólo resultaron testigos de sus primeros pasos (Tocqueville, J. Stuart Mill). Y, más contemporáneamente, la mayoría de las mejores y más influyentes contribuciones sobre el tema se han ocupado del estudio de casos muy particulares, en especial el de las denominadas democracias anglosajonas.

Con lo cual llego a uno de los núcleos del planteo que quiero defender aquí. Esto es, que el concepto de democracia posee una típica estructura de parecido de familia y que de esa manera debe ser tratado. Los párrafos que siguen buscan aclarar brevemente el significado de los alcances de esta afirmación.

*El lector interesado puede consultar las principales referencias en la Orientación bibliográfica.

Democracia y desigualdad en la Argentina

Es habitual suponer que cuando aplicamos un mismo concepto a un conjunto de instancias diversas lo hacemos a causa de una o más propiedades que estas instancias tienen en común. Y muchas veces es así: por ejemplo, hay hermanas buenas y malas, lindas y feas, gordas y flacas; pero todas poseen la propiedad común de ser hijas de los mismos padres. Sólo que, en los años treinta, el filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein alteró la paz de los epistemólogos al mostrar que frecuentemente las cosas ocurren de un modo bastante distinto.

Piénsese, propuso, en la palabra “juegos”. Basta un momento de reflexión para advertir que la palabra designa una amplísima gama de actividades que no se caracterizan por un elemento que les sea común a todas: hay juegos de un solo jugador o de varios; de azar o de destreza; entre profesionales o entre aficionados; con pelotas, con dados, con flechas o con naipes; etc. Nos hallamos más bien aquí ante un repertorio complejo de similitudes y diferencias, de rasgos que tan pronto aparecen como desaparecen cuando intentamos realizar cualquier comparación. Las actividades a las cuales nos referimos poseen entre sí, digamos, un aire de familia; y, por eso, como en una familia, este “aire”, no es necesariamente transitivo: A puede tener alguna semejanza con B y B con C sin que suceda otro tanto entre A y C. No es extraño, entonces, que cuando se nos pide que expliquemos que es un juego, por lo común demos ejemplos, o sea, que apelemos a la descripción.

Si bien son múltiples las consecuencias que resultan del argumento de Wittgenstein, me voy a circunscribir a las que más interesan a nuestro asunto. Primeramente, se sigue de lo anterior que no solemos aplicar conceptos con estructura de parecido de familia a ciertos casos porque tengan algunas propiedades en común sino que, al revés, adquieren esas propiedades como resultado de la operación que los incluye en el mismo concepto (¿cuáles son las fronteras estipulables para la palabra “juego”? Después, queda claro así el carácter eminentemente convencional de los conceptos que utilizamos: para continuar con el ejemplo, en realidad importan menos las características propias de los juegos que las características de la situación concreta que nos lleva a categorizar a algunas actividades como juegos y no a otras. Por último, como no se trata aquí simplemente de una teoría acerca de parecidos -lo cual volvería al concepto tan indeterminado como inútil- sino acerca de parecidos de familia, los juicios de semejanza giran siempre en torno a instancias específicas que se adoptan como paradigmáticas, esto es, como objetos de comparación: en una familia, uno se parece (o no) a alguien.

Regresemos ahora a la democracia. En consonancia con lo anterior (y contra cualquier esencialismo), hoy en día usamos esta palabra cuando hablamos de regímenes políticos particulares no tanto a causa de las propiedades comunes que poseen sino que, en verdad, acaban poseyendo estas propiedades comunes de resultados de la operación que los clasifica como democracias: todo depende de los criterios que se convenga en considerar relevantes y del punto en que se acuerde dejar de hacer distinciones. Por eso pueden ser ubicadas en la misma categoría de democracias una monarquía constitucional y una república, un gobierno presiden-

cialista parlamentario o países con sistemas electorales completamente diversos. (Es revelador que los propios casos de Gran Bretaña y los Estados Unidos hayan dado lugar a intensos debates entre los politólogos: unos no vacilan en ponerlos en un casillero común, el de las “democracias anglosajonas”; otros, en cambio cuestionan esta asimilación porque contrastan el parlamentarismo británico con el presidencialismo norteamericano, la índole unitaria de un gobierno con la federal del otro, el bipartidismo fuerte de los ingleses con el débil y amorfo de los norteamericanos, etcétera.).

En cuanto a los casos paradigmáticos, de entre unas doscientas naciones independientes que existen en el mundo, se tiende a designar hoy como democracias representativas deseables apenas a una treintena. Este contingente tan escaso es, sin embargo, el mayor que ha conocido la historia contemporánea; y, por añadidura, recién alcanzó esta magnitud en las últimas décadas. Ambas circunstancias hacen que operen naturalmente como objetos de comparación aquellos casos que acreditan una experiencia más dilatada y permanente y que han recibido los análisis más elaborados. Me refiero, desde luego, a un puñado de países capitalistas de gran desarrollo: los anglosajones, en primer lugar; y después, unos pocos más del oeste europeo.

Dado que éstos son los puntos acostumbrados de referencia que se usan, el estatuto de concepto con estructura de parecido de familia que le asigno a la democracia debe servirnos desde ya como voz de alerta: ¿son pertinentes o no los rasgos que se seleccionan cuando se incluye a otros contextos en la misma categoría?; ¿se supone que tales características ocurren en todos los casos o en unos sí y en otros no?; ¿puede establecerse alguna jerarquía entre esos rasgos?; ¿hay modos de equivalencia por lo menos parciales que sean justificables? Más todavía: ¿hablamos en verdad de una familia o de varias?

Intento decir así que siempre resulta necesario examinar y discutir los criterios de inclusión que se emplean al igual que su aplicabilidad a las nuevas situaciones; y que no existe manera de evitarlo. Los conceptos con estructura de parecido de familia son tan indispensables como problemáticos. ¿Qué mejor evidencia de la dificultad que esos peculiares aditamentos que la literatura latinoamericana de los últimos años se ve obligada a ponerle a la noción de democracia? El sistema político de tal país se parece al de las democracias establecidas, pero quizás no tanto y en aspectos un poco secundarios, o acaso en los menos buenos...

Hay algo más: una parte significativa del trabajo científico consiste en trabajar sobre los conceptos con estructura de parecido de familia para controlar su vaguedad, refinar los criterios de inclusión y, finalmente, conseguir aislar una o varias propiedades comunes que efectivamente se den al menos en una parte de los casos, llegando así a la formulación de concepciones definitivos (al menos transitoriamente, o sea, hasta que aparezcan de nuevo instancias anómalas).

Pues bien, proliferan en la bibliografía sobre la democracia los esfuerzos de esta índole. Pero, lamentablemente, fracasan, como lo ilustraré al referirme a uno

Democracia y desigualdad en la Argentina

de los más conocidos ejemplos contemporáneos de tal empeño. Y sospecho que seguirá siendo así por mucho tiempo porque creo que el destino epistemológico mismo del concepto de democracia es el que sostengo, o sea que, como los juegos, mantendrá obstinadamente su estructura de parecido de familia. Confío en que todo esto se irá haciendo más claro en las páginas que siguen.

III. Atenas y Esparta

Que la noción de democracia fue problemática desde un principio lo sugiere el propio doble significado original de *demos* en griego: por una parte, el término designaba al conjunto de los ciudadanos; pero, por la otra, nombraba a la multitud, a los pobres y a los malvados. ¿Hace falta decir cuál era la acepción que preferían los enemigos de la democracia ateniense?

Vale recordar, en este sentido, que el famoso “sólo sé que no sé nada”, de Sócrates no quiso ser una expresión de modestia sino una burla dirigida a las ambiciones de esa heterogénea multitud que pretendía gobernar Atenas cuando era tan inculta que, a diferencia del filósofo, ni siquiera tenía conciencia de su ignorancia. Eco moderno del empleo peyorativo del término, por lo menos hasta 1830 en los Estados Unidos y hasta las revoluciones de 1848 en Europa, pocos se atrevían a proclamarse partidarios de la democracia¹.

Pero cualquiera sea el valor que se le atribuya y la definición que se emplee, si algo enseñan aquellos 400 años de historia que mencioné antes es que cuando se utiliza el término democracia se da siempre por supuesto, como mínimo, que el poder estatal tiene como fundamento último el consentimiento libremente expresado de todos los ciudadanos. Ésta es la convención básica, que comparten tanto los críticos como los defensores de las diferentes formas de democracia, sean ellas antiguas o modernas, directas o representativas.

¿Nos habríamos equivocado, entonces? ¿Sería ésta la propiedad común que estábamos buscando? La dificultad radica en que tal convención básica se halla muy lejos de proporcionarnos un criterio simple y unívoco de inclusión puesto que remite inevitablemente a una serie compleja y controvertida de cuestiones previas, encargadas de establecer en qué consiste la libre expresión del consentimiento, cuáles deben ser sus alcances y a quienes corresponde denominar ciudadanos. (Es como si nos contentáramos con definir la palabra juego diciendo que se trata de una actividad de diversión o esparcimiento).

¹ Leibniz, probablemente el más grande filósofo europeo del siglo XVII, escribía: “no existe hoy príncipe alguno que sea tan malo como para que no resulte mejor ser su súbdito que vivir en una democracia”. Como recordarían muchos años después Charles y Mary Beard refiriéndose a la Constitución norteamericana: “Cuando fue escrita la Constitución ninguna persona respetable se llamaba a sí misma democrática”.

Para avanzar, propongo que hagamos en este punto una distinción muy importante, sobre la cual volveremos varias veces: una cosa es la idea de la democracia como autogobierno colectivo (eso que llamo la convención básica) y otra, sus manifestaciones históricas concretas. Constituiría un paralógico flagrante imaginar que estas últimas pueden ser encarnaciones directas y puras de esa idea. En cada lugar incorporan y combinan de manera desigual tradiciones, costumbres, instituciones, creencias y estilos locales, a la vez que vehiculizan interpretaciones diversas acerca de la viabilidad práctica de aquella convención general. De ahí que sea en relación a tales manifestaciones históricas concretas que operan (o no) los parecidos de familia a los cuales me refiero.

Más aún que, esquemáticamente y en una primera aproximación al tema, importa diferenciar entre dos grandes interpretaciones de la participación de los ciudadanos en el espacio público, ambas de larga prosapia. Una es precisamente la de la democracia entendida como expresión efectiva de la voluntad general, es decir, como gobierno del pueblo. La otra, en cambio, concibe principalmente a la participación popular como soporte del gobierno de los políticos. Y es desde ya significativo que fuera la segunda visión (defendida por los Federalistas) y no la primera (sustentada por los anti-Federalistas) la que nutriese la Constitución de los Estados Unidos, en la cual iban a inspirarse luego la mayoría de las constituciones latinoamericanas.

Desde un punto de vista histórico, la democracia ateniense es, sin duda, la experiencia que mejor simboliza aquella primera visión y por eso los estudiosos del tema acostumbran volver una y otra vez sobre ella. Evoca una imagen poderosa aunque no totalmente verdadera: la del conjunto de los ciudadanos reunidos en asamblea para decidir sobre los asuntos colectivos de manera directa y sin mediaciones. Como se sabe, ni las mujeres, ni los metecos, ni los esclavos contaban entre los ciudadanos; aún así, el número de estos últimos varió, según las épocas, entre 30 mil y 60 mil, mientras que en el ágora no cabían muchos más de los 6 mil que constituían el quórum de la asamblea. Por otra parte, existían paralelamente instituciones representativas, si bien sus miembros eran elegidos al azar y por períodos que no superaban el año. (Los atenienses no consideraban democrático el voto pues, decían, era un método que favorecía inevitablemente a los ricos, a los de buena cuna y a los exitosos.) En todo caso -y por aleccionadoras que sean también sus limitaciones-, la polis ateniense queda como uno de los máximos ejemplos conocidos de gobierno del pueblo y sigue siendo válido adoptarla como punto de referencia de esta perspectiva.

Pero la Grecia antigua nos proporciona además un antecedente admitidamente rudimentario de eso que denomino, en forma genérica, el gobierno de los políticos, por más que esto ocurriese en un contexto que no era ni pretendía ser democrático. Es que, en Esparta, el poder estaba en manos de una elite pero los miembros del Consejo de la ciudad eran nombrados mediante un procedimiento que anticipaba en alguna medida lo que después sería la elección de representantes a

Democracia y desigualdad en la Argentina

través del sufragio en muchas democracias modernas. Los candidatos desfilaban ante los ciudadanos reunidos en asamblea (cuyo número total no pasó nunca de unos 9 mil) y éstos los vivaban o no según sus preferencias. En un recinto adyacente, evaluadores imparciales registraban en tabletas escritas la intensidad de los aplausos y de los gritos que recibían los postulantes y por este método (que Aristóteles consideraba decididamente infantil pero nos es menos remoto de lo que aparenta) determinaban quiénes eran los ganadores.

Atenas y Esparta, entonces, puntos de arranque simbólicos de dos grandes visiones que, en ciertas épocas y lugares, promovieron la formación de familias distintas. Sin embargo, en este siglo, y especialmente desde los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, ambas han terminado por confluir en una sola gran familia, la de las democracias occidentales, pese a que la convivencia entre esas perspectivas no siempre haya sido, ni sea, pacífica o armoniosa. Por ello, debido a razones de espacio pero sin mayor daño para mis propósitos, haré comenzar en los años cuarenta del siglo XX el recorrido que las páginas que siguen se ocuparán de registrar.

Datan de ese momento dos elaboraciones fundamentales de una y otra corriente que, explícitamente o no, han establecido hasta hoy los principales parámetros del debate acerca de la democracia. La primera es de 1942 y fija algunos de los argumentos más serios en los que se sustenta la visión “gobierno de los políticos”. La segunda se conoció en 1949 y perfila el tipo de ciudadano que exige actualmente cualquier propuesta de democracia inspirada en la idea del “gobierno del pueblo”. Una y otra nos ayudarán, espero, a conocer mejor aspectos claves de la gran familia de la que vengo hablando y a la cual no pocos nuevos regímenes políticos aspiran a pertenecer.

IV. Schumpeter y los políticos

La democracia como método

JOSEPH Schumpeter fue un notable economista, compatriota de Wittgenstein. que enseñó durante mucho tiempo en Harvard. Había nacido en 1883, el mismo año en que murió Marx y en que llegaba al mundo Keynes; y buena parte de sus esfuerzos académicos estuvieron dirigidos a criticar a los dos. Aristócrata y elitista, fue toda su vida un conservador lúcido y riguroso, que intentó mantener separadas la ciencia y la política². En 1942 publicó *Capitalismo, socialismo y democracia*, obra que, según sus propias palabras, condensa una dedicación de cuatro décadas al estudio y al análisis del socialismo.

2 Como relataría años después Paul Samuelson, uno de sus mejores discípulos, Schumpeter había declarado tempranamente que lo movían tres grandes ambiciones en la vida: ser el mejor amante de Viena, el mejor jinete de Europa y el mejor economista del mundo. Hay quienes sostienen que logró cumplir la tercera de esas ambiciones aunque él mismo nunca lo creyó así. Ya radicado en los Estados Unidos, le sumó otros dos objetivos a su agenda personal: convertirse en un entendido en arte y tener éxito en la política. Es obvia la relación especular con Keynes, patrón de la danza y de la música, director del Banco de Inglaterra y representante económico de su país en los Estados Unidos.

La tesis principal del libro es que, inevitablemente, el socialismo reemplazará al capitalismo. Y no, como creía Marx, debido a las fallas del capitalismo sino justamente por sus éxitos: el progreso y las innovaciones se volverían rutina y, entonces, el capitalismo deberá cederle el sitio a un sistema más racional, regido por una autoridad planificadora centralizada. (Que esto no haya ocurrido no impide que Schumpeter – “el Marx de la burguesía”, según lo bautizara un colega- sea reva- lidado hoy como uno de los economistas por excelencia de la era de la globaliza- ción, dado el lugar que ocupan en su teoría esos procesos de “creación destructiva” a los cuales consideraba, por buenas razones, una de las mayores virtudes del capitalismo. Valga de ejemplo el libro sobre Silicon Valley que escribió Andrew Grove, conocido gurú de la informática, que recoge desde el título una frase típica- mente suya: Sólo sobreviven los paranoicos.)

Es en ese contexto donde Schumpeter se pregunta si la democracia y el socialis- mo son compatibles, lo cual lo remite a la cuestión previa de saber qué debe enten- derse por democracia. Y precisamente su tratamiento de esta cuestión iba a consti- tuirse hasta nuestros días en una de las partes más difundidas e influyentes de la obra.

En este punto no está de más señalar que si a algo invitaba una discusión sobre el tema en 1942, era a ejercer un realismo muy cauteloso: en 1920, había en el mundo treinta y cinco o más gobiernos de democracia representativa constitucio- nalmente elegidos; en 1938, la cifra se había reducido a menos de la mitad; y a comienzos de la década del cuarenta no quedaban más de doce. Como recuerda Hobsbawm, en esa época “nadie predijo ni esperaba que la democracia se revita- lizaría después de la guerra”. Eran el fascismo y el comunismo los que estaban en ascenso y a ellos parecía pertenecerles el futuro.

El realismo bastante descarnado que efectivamente despliega Schumpeter en su análisis parte de juzgar a la democracia como un método político y no como un fin en sí misma. De ahí que cualquier afirmación acerca de su funcionamiento carezca de sentido “sin una referencia a ejemplos, lugares y situaciones dados”. La democracia puede o no contribuir al desarrollo económico, a la justicia social o a que todos coman, sean sanos y se eduquen: el hecho fundamental es que se trata exclusivamente de un procedimiento.

¿En qué consiste? Tradicionalmente suele creerse, dice Schumpeter, que en una democracia el electorado define y decide las controversias políticas primero y designa después a un conjunto de representantes para que se ocupen de imple- mentar tales decisiones. Está hablando, en esencia, de la visión que antes denomi- né gobierno del pueblo. Sin embargo, añade, salvo casos excepcionales, en la prác- tica las cosas nunca suceden así. Por el contrario, la secuencia se invierte: primero se elige a los representantes y son estos quienes luego se encargan de resolver las controversias y de tomar las decisiones.

Por lo demás, no podría ser de otro modo. La comunidad se divide siempre en

Democracia y desigualdad en la Argentina

un conjunto relativamente pequeño de dirigentes políticos y en una gran mesa de ciudadanos, con una franja intermedia de militantes que operan como nexo. Los dirigentes (y sus asesores y sus técnicos) se organizan en partidos que reclutan militantes y que elaboran plataformas que después le proponen al electorado; y a éste solamente se lo convoca a optar entre ellas. Claro que no es la única vía por la cual las preferencias populares entran en el modelo. También lo hacen a través de la propia competencia entre los dirigentes, que se ven obligados a adecuar sus programas a esas preferencias para conseguir ganarse el favor de los votantes.

La similitud con el modo en que funciona una economía de mercado es ostensible: los partidos actúan como empresas que les ofrecen sus productos a ciudadanos que se comportan como si fueran consumidores que, en este caso, no disponen de dinero sino de votos. Pero en la óptica schumpeteriana no se trata de un mercado de competencia perfecta sino oligopólica, tanto por su alto grado de concentración como por la medida en que, inevitablemente, las preferencias del público acaban siendo siempre manipuladas.

¿Que hay, entonces, de la voluntad general? Por un lado, en toda comunidad las diferencias de valores y de opiniones son tales que resulta imposible que esa voluntad se forme y, menos todavía, que pueda servir de base al consenso en torno a un supuesto “bien común claramente determinado y discernible por todos”. Por otro lado, sería ingenuo no darse cuenta de que los pretendidos deseos de los electores son fabricados por la propaganda, de manera que “la voluntad del pueblo es el producto y no la fuerza propulsora del proceso político”³. Tanto más que “el ciudadano normal desciende a un nivel inferior de prestación mental tan pronto como penetra en el campo de la política”. Este campo se le aparece como tan remoto y complejo que “el mismo calificaría de infantil” el modo de argumentación y análisis que utiliza en la materia “si estuviese dentro de la esfera de sus intereses efectivos”.

Sólo que a esta altura surge ya una primera dificultad importante. Según se advierte, el modelo elaborado por Schumpeter contiene un único elemento democrático, mediato o inmediato, que es la competencia electoral; sin ella, no podría aspirar a llamarse democrático. Pero, a la vez, sus juicios tan negativos sobre el electorado hacen que a primera vista no se entienda por qué supone que los votantes estarán en condiciones de intervenir válidamente en esa competencia.

Cabe una sola respuesta a esto, y no es demasiado sólida: se requeriría una menor dosis de racionalidad para elegir a los dirigentes, que para decidir las políticas a aplicar. Es ciertamente la solución por la que opta Schumpeter, para quien “la democracia significa tan sólo que el pueblo tiene la oportunidad de aceptar o rechazar a los hombres que han de gobernarle”. De ahí que, según él, el método

³ Veinte años después, el politólogo norteamericano V. O. Key Jr. iba a condensar el punto en una fórmula que se haría famosa: la voz del pueblo no es más que un eco de las voces de los partidos, de los candidatos, de la publicidad, etc.-.

democrático no sean más que un “sistema institucional para llegar a las decisiones políticas, en el que los individuos adquieren el poder de decidir por medio de una lucha competitiva por el voto del pueblo”.

Enseguida veremos que él mismo percibe los límites de esta solución. Aún desde su perspectiva, ¿por qué estarían los ciudadanos que describe en condiciones de evaluar a los distintos candidatos y sus plataformas? ¿De cuáles recursos dispondrían para procesar adecuadamente los mensajes que reciben o para justipreciar los desempeños pasados o presentes de los postulantes? (Hamilton y los Federalistas norteamericanos fueron más consistentes y terminantes en este punto: simplemente no creían que los ciudadanos comunes estuviesen en condiciones de decidir por sí mismos quién debía ser o no su presidente y por eso crearon los colegios electorales a los cuales se les atribuyó al comienzo una franca función deliberativa. Sólo que las alternativas de este tipo plantean un regreso al infinito desde que tampoco se entiende por qué estarían capacitados esos ciudadanos para seleccionar a los miembros de tales colegios.)

Todo esto al margen de que sea exagerado (y propio de la época en que escribía) el peso que le asignaba Schumpeter a la propaganda; o de que al votante difícilmente puedan resultarle tan remotas como él imaginaba decisiones políticas que tengan que ver con la paz y la guerra, con el empleo y el salario, con la seguridad social, con el acceso a la educación, con el aborto, con la discriminación, etcétera.

Pero lo dicho hasta aquí alcanza para comprender por qué en esa visión la democracia no es el gobierno del pueblo sino de los políticos⁴. A los ciudadanos sólo les toca aplaudir o no, como en Esparta. En cuanto a los dirigentes, necesariamente se profesionalizan, se transforman en especialistas en la cosa pública y en “el trato de los hombres” y -tal como ya advirtiera Weber- además de vivir para la política se dedican también a vivir de la política. Como en el caso de cualquier otra profesión, quienes la practican desarrollan entonces sus propios intereses, el principal de los cuales consiste en seguir ejerciéndola y en mantenerse en el poder una vez que llegan a él. Lo anterior no sólo puede afectar seriamente la calidad y la transparencia de su liderazgo sino que se plantea un segundo riesgo muy considerable a la continuidad misma del régimen democrático, cuyos dispositivos corren el riesgo de girar cada vez más en el vacío. Y, de nuevo, Schumpeter tiene conciencia de ello⁵.

4 Si hubiese alguna duda acerca de la actualidad que mantiene la visión schumpeteriana, sería suficiente con leer lo que escribe el sociólogo alemán Ralf Dahrendorf medio siglo después: La ilusión democrática de que existe algo así como el gobierno del pueblo ha sido siempre una constante invitación a usurpadores y nuevos monopolios. Es Schumpeter casi al pie de la letra.

5 Algunas de las analogías a las que acude Schumpeter son de una elocuencia innegable: el Primer Ministro de una democracia -escribe- podría ser comparado a un jinete que está tan completamente absorto en tratar de mantenerse en la silla que no puede hacer ningún plan para su cabalgata, o a un general tan plenamente ocupado en asegurarse que su ejército ha de acatar sus órdenes, que tiene que dejar la estrategia abandonada a sí misma.

Los límites del minimalismo

A esta altura, una reflexión de alcances más amplios ayuda a entender por qué las dos familias a las que aludo (la del gobierno del pueblo y la del gobierno de los políticos) son menos antagónicas de lo que aparentan. Sucede que la realidad social es incurablemente compleja y ambigua y, por eso, sin perjuicio de su utilidad, cualquier esfuerzo por dar cuenta de ella mediante un modelo simple y coherente acaba tocando en algún momento sus propios límites. Doy un ejemplo clásico.

La sociología llamada objetivista concibe básicamente al hombre como un producto de la sociedad en la que vive y destaca entonces el estudio de los procesos de socialización, de adaptación y de integración que lo modelan. Su preocupación central es el problema del orden colectivo y, por lo tanto, el análisis de los mecanismos que ajustan y tornan posible la vida en común. En cambio, la sociología subjetivista considera a la sociedad ante todo como un producto humano y pone el acento en el examen de la acción social y de los modos en que hombres y mujeres crean los valores y las normas que orientan sus comportamientos. En este caso, el foco está puesto en el problema del control que ejerce el agente sobre el medio en el que le toca vivir y en su potencial consiguiente para desarrollar proyectos autónomos.

Pero ni una ni otra perspectiva puede aspirar a una explicación monista y totalizante, y sus exponentes más lúcidos siempre lo han sabido. Es así que un objetivista como Durkheim apela finalmente al subjetivismo de los momentos innovadores de intenso “entusiasmo colectivo” para entender cómo se desrutiniza y transforma el orden establecido; y, a su vez, un subjetivista como Weber aborda agudamente el tema de la burocratización y termina estudiando la manera en que el moderno hombre de las organizaciones acaba por quedar atrapado en una “jaula de hierro”. En última instancia, pues, cada uno de estos modos de abordar lo social concluye recurriendo al otro.

Retomo nuestro camino. Como ya dije, la visión *gobierno del pueblo* tiene a la asamblea popular como su manifestación más distintiva y también como su límite: si ya resultaba difícil que la gente concurriese regularmente al ágora ateniense, sería ilusorio pretender que una asamblea más o menos permanente se convirtiese en la institución política clave de sociedades tan numerosas, complejas y diferenciadas como las actuales y, mucho más, que todos quieran y puedan tener una participación activa en ella. O sea que, en los hechos, la asamblea -en cualquiera de sus formas- deberá convivir necesariamente con diversos mecanismos de representación; y lo mismo ocurre con el referendun, con el mandato delegativo y con las demás modalidades de expresión directa de la voluntad de los ciudadanos. Por más a raya que se la quiera mantener, la visión *gobierno de los políticos* se cuela por los intersticios.

Es claro que a esta última visión le sucede algo muy parecido si es que no desea perder todo semblante democrático. Por eso subrayé antes la conciencia

que tuvo Schumpeter del riesgo que enfrentan todos los modelos elitistas como el suyo. Por eso también su definición de la democracia como procedimiento resulta indisociable de la manera en que trató de lidiar con el problema, esto es, estipulando con cuidado las “condiciones para el éxito del modelo democrático”. Y ésta es la puerta que le da paso a una serie de cuestiones que son más propias de la otra perspectiva, al mismo tiempo que pone en evidencia por qué es inviable una conceptualización meramente procedimentalista de la democracia.

Para decirlo en los términos que he venido usando, una conceptualización así aparentaba haber aislado una propiedad común a todos los regímenes democráticos (el método), alejándose de esta forma de la apelación siempre complicada y discutible a los parecidos de familia. Si esto fuera verdad, alcanzaría la presencia del método para llamar democrático a un régimen. Se explica que la fórmula de Schumpeter cosechara adeptos rápidamente. Excepto que, como enseguida veremos, él fue el primero en no creer, y por muy buenos motivos, que las cosas resultasen tan simples.

Puesto de otra manera, la suya es una definición de las que suelen denominarse *condicionales* porque proveen una especificación de sentido sólo parcial en la medida en que se halla sujeta, a su vez, al cumplimiento de determinadas condiciones. Y la índole de las condiciones que le fija Schumpeter a su procedimentalismo le dan a éste la textura retativamente abierta que es típica de los parecidos de familia.

Pero antes de seguir adelante, desearía destacar una circunstancia bastante notable, a la que le atribuyo una parte de la responsabilidad por esa pobreza del debate democrático latinoamericano que mencioné en páginas anteriores.

Explícita o implícitamente, las denominadas transiciones a la democracia que ocurrieron en nuestros países en las dos últimas décadas han estado muy influidas por la conceptualización que hizo Schumpeter de la democracia como método. Su sencillez y su realismo parecían resolver cualquier duda tanto en el plano teórico como en el plano práctico, especialmente para aquellos que procuraban distanciarse lo más posible de anteriores fervores revolucionarios⁶. Nada de ilusiones rousseaunianas pasadas de moda. La competencia entre dirigentes y las elecciones periódicas son y deben ser los ejes del sistema y todo lo que importa es que, a través del voto, el pueblo autorice cada tantos años a quienes se encargarán de decidir por él. Si las cosas no salen a su gusto, la gente ya tendrá ocasión de desquitarse en los siguientes comicios. Contra lo que imaginaron varias generaciones de hombres de corazón tierno (*pace* Hegel), esto y no otra cosa es la democracia. Por eso ahora casi todos somos democráticos.⁷

6 Escribe, por ejemplo, el sociólogo chileno Angel Flisfisch refiriéndose a la definición schumpeteriana: Es una conceptualización que captura adecuadamente tanto el sentido como la modalidad efectiva de operación de un orden político democrático. Desde luego, las cifras podrían multiplicarse.

7 Nótese que otra gran ventaja aparente de la definición procedimentalista ha sido, y es, lo que Guillermo O'Donnell llama su minimalismo, que facilita las comparaciones cuantitativas referidas a un número amplio de casos. En principio, resultaría suficiente basar la comparación en variables que se suponen tan objetivas, unívocas y homogéneas como la existencia de elecciones periódicas o de partidos políticos. Sin embargo, los numerosos casos de clasificación dudosa que siempre aparecen dan testimonio de que, aún así y en este nivel, con aquella definición no basta.

Democracia y desigualdad en la Argentina

Fue una típica maniobra extractiva: se sacó de Schumpeter la definición pero no se dijo nada, o casi nada, acerca de las exigentes condiciones a las cuales éste la había sujetado. Y eso que lo plantea sin vueltas: “La democracia prospera en sistemas sociales que muestran ciertas características; y muy bien podría dudarse si tiene o no sentido el preguntarse cómo le iría en otros sistemas que no tienen esas características o cómo le iría con ella a la gente en esos otros sistemas”. E insiste: “si un físico observa que el mismo mecanismo funciona de un modo diferente en épocas distintas y en lugares distintos, concluye que su funcionamiento depende de condiciones extrañas al mismo. Nosotros no podemos sino llegar a la misma conclusión por lo que se refiere al sistema democrático.

La sorpresa ante esa omisión aumenta cuando se comprueba que el autor se ocupa incluso de diferenciar entre “las sociedades en que es posible que funcione” el método democrático y aquellas donde, además, puede llegar a operar con éxito.

Las condiciones de una definición

En primer lugar, para Schumpeter es posible que el método funcione en “los países de gran industria de tipo moderno” y, por lo tanto, su argumento se refiere únicamente a ellos. No se trata de una restricción menor: está aludiendo a las modernas sociedades capitalistas y, más precisamente, a las naciones occidentales desarrolladas o, como también dice, a las sociedades capitalistas en su estado de madurez. Acerca de ellas había afirmado antes que “nunca hubo tanta libertad personal - espiritual y corporal- para todos; nunca hubo tan buen ánimo para tolerar e incluso para financiar a los enemigos mortales de la clase dominante; nunca hubo una simpatía tan efectiva por los sufrimientos reales y fingidos; nunca tan buena disposición para aceptar cargas sociales”.

En rigor, Schumpeter anticipa así una de las premisas centrales de las teorías de la modernización de los años cincuenta y sesenta: un país debe comenzar por crecer económicamente y por transformar sus pautas de organización social para recién después encarar la tarea del desarrollo político, esto es, la implantación de una democracia representativa. Ni él ni quienes lo siguieron imaginaron que fuera factible invertir la secuencia, postulando que el método democrático pudiese preceder a la modernización⁸.

Desde luego, se puede estar de acuerdo o no con una proposición de esta índole. Pero lo que no resulta lícito es pasarla por alto sin siquiera discutirla cuando

⁸ Escribía hace tres décadas un politólogo norteamericano: la experiencia de las naciones que se hallan en proceso de modernización indica que la democracia, tal como nosotros la entendemos, no es apropiada para su estudio de desarrollo (Apter, 1965: 452). Contrariamente, afirmaba en 1990 el sociólogo brasileño Francisco Weffort: no creo que se pueda negar que la democracia es el único camino que puede llevar a los países latinoamericanos a la modernidad. Y esto luego de sostener que en América Latina se ha estancado la modernización en los planos social y económico; se sufre un preocupante bloqueo de perspectivas y una anomia generalizada; se marcha hacia la desintegración social; y se han difundido en la población sentimientos de pérdida de futuro y de pérdida de lugar en el mundo.

se adopta la definición procedimentalista porque, insisto, ésta no fue pensada por Schumpeter para cualquier sociedad sino para sociedades desarrolladas, donde “la legislación social o, de una manera más general, las reformas institucionales a favor de las masas, no han sido simplemente una carga impuesta por la fuerza a la sociedad capitalista por la necesidad ineludible de aligerar la miseria siempre creciente de los pobres sino que, además de elevar el nivel de las masas en virtud de sus efectos automáticos, el proceso capitalista ha proporcionado también los medios materiales y la voluntad para dicha legislación”.

Más todavía cuando, imprescindible como es, esta base de desarrollo económico y social toma en principio viable el método democrático pero no alcanza para asegurar su éxito. Algunos de los motivos ya fueron insinuados antes y tienen que ver con los atributos que deben reunir tanto los dirigentes como los dirigidos. Repasemos brevemente las cuatro condiciones para el éxito que fija Schumpeter.

La primera hace a los peligros que lleva implícitos la profesionalización de la política. ¿Cómo evitar la corrupción de los dirigentes, su encierro corporativo, su manipulación de los recursos de poder para lograr perpetuarse en él? ¿De qué manera atraer a los más capaces e impedir que el talento y el carácter de los políticos caigan “por debajo del nivel medio”, como habría sucedido en la República de Weimar? La respuesta de Schumpeter es muy poco satisfactoria y finalmente circular: “el material humano de la política debe ser de una calidad suficientemente elevada” y, para lograrlo, la “única garantía efectiva” es que se consolide un “estrato social” dedicado por entero a ella. Nada dice, por ejemplo, acerca del riesgo de que este estrato se corrompa ni del papel que deben jugar la normatividad jurídica y su institucionalización en un Estado constitucional firmemente arraigado. Pero me importa menos discutir ahora esa pseudo solución que subrayar todo lo que desde ya implica: a saber, que ni la mera competencia entre los dirigentes ni los votos que éstos reciben son un aval suficiente de su idoneidad o de su conducta democrática⁹.

Una segunda condición atañe a la conveniencia de excluir del campo de las decisiones políticas a una cantidad de asuntos que es mejor poner en manos de especialistas, lo cual incluye a la administración de justicia, al manejo de las finanzas, etc. En otras palabras, no sería necesario ni útil que todas las funciones del Estado se rigiesen por el método democrático. Sólo que también el peligro anterior planea sobre este principio porque “el poder del político para designar el personal de los organismos públicos no políticos, si lo emplea de una manera descarada a favor de sus parciales, bastará a menudo por sí mismo para corromperlo”.

En tercer lugar, a un gobierno democrático le es indispensable contar con “los servicios de una burocracia bien capacitada que goce de buena reputación y se

⁹ Las diversas cualidades que exige la vocación política fueron una preocupación central de Max Weber, cuya influencia sobre Schumpeter es notoria. Para Weber, se trata de una profesión que demanda una combinación bastante inusual de atributos intelectuales y emocionales. Entre otras cosas, el político debe asumir una plena responsabilidad personal por la causa que abraza, poseer buen juicio, ser tan sensato como estoico, estar dotado de grandes dosis de energía y de resistencia y saber que su trabajo requiere ira y estudio.

Democracia y desigualdad en la Argentina

apoye en una sólida tradición, dotada de un fuerte sentido del deber y de un *esprit de corps* no menos fuerte”. Pero una maquinaria así “no puede crearse apresuradamente” y, otra vez, “la cuestión del material humano disponible es de importancia decisiva”.

Según se ve, hasta aquí las condiciones giran en torno a las características de los dirigentes e instalan una cuestión previa que el método democrático no puede resolver por sí mismo, a pesar de que enfrenta así una amenaza constante para su buen funcionamiento e incluso para su continuidad. Nos hallamos en la frontera con la visión *gobierno del pueblo*, cuya desconfianza hacia las mediaciones susceptibles de oscurecer la expresión de la voluntad autónoma de los ciudadanos la llevó históricamente a idear con mayor o menor eficacia diferentes mecanismos de control de los delegados o representantes y diversos sistemas de pesos y contrapesos. Más aún que en esta perspectiva han ocupado siempre un lugar de privilegio los temas de la educación cívica y de las prácticas democráticas, y es precisamente a ellos que se vincula la cuarta condición de Schumpeter.

Concierne, en efecto, a la “autodisciplina democrática”; y ésta supone un respeto absoluto por la ley y un alto grado de tolerancia hacia las diferencias de opinión por parte de la ciudadanía. Pero, sobre todo, “los electorados y los parlamentos tienen que tener un nivel intelectual y moral lo bastante elevado como para estar a salvo de los ofrecimientos de los fulleros y farsantes o de otros hombres que, sin ser ni una cosa ni otra, se conducirán de la misma manera que ambos”.

Éste es un párrafo decisivo y merece una relectura. Por un lado, vuelve a poner de manifiesto que, por sí solo, el método que Schumpeter llama democrático no inmuniza en absoluto contra farsantes y fulleros ni es necesariamente apto para proteger el ejercicio mismo de la democracia. Por el otro -y el tema reaparecerá varias veces en este libro- el éxito de ese método termina dependiendo, en consecuencia, del *elevado nivel intelectual y moral* de la ciudadanía.

El punto es tan importante que Schumpeter llega al extremo de proclamar que la autodisciplina democrática exige “un carácter nacional y unos hábitos nacionales de un cierto tipo que no en todas partes han tenido oportunidad de desarrollarse, sin que pueda confiarse en que los cree el mismo método democrático”. Si se la toma literalmente, una afirmación de este tipo o es nuevamente circular o se presta a interpretaciones etnocéntricas tan irritantes como insostenibles. Pero más allá de la poca felicidad de la fórmula, indica de nuevo hasta dónde, para Schumpeter, una democracia procedimentalista sólo puede operar válidamente como tal allí donde -por las razones que fuese- la ciudadanía cuenta con los recursos materiales, intelectuales y morales adecuados. De ahí que restrinja su análisis a los países desarrollados; y de ahí también la imprudencia de quienes han querido apropiarse del método olvidándose de las condiciones, sin darse cuenta de que su pretendida sencillez resulta apenas aparente.

Es así, por ejemplo, que tiene razón Castoriadis cuando escribe con fuerte tono crítico que una democracia procedimentalista constituye un fraude “salvo que uno intervenga profundamente en la organización sustantiva de la vida social”. Pero Schumpeter (pese a sus convicciones monárquicas, a su limitada simpatía por la democracia y a su desdén por los “subnormales” que, según él, son siempre la parte más numerosa del pueblo) no únicamente lo sabía sino que lo dijo antes. Después, el mismo Castoriadis se pregunta que sucedería si a un país “la democracia le cayese del cielo” (se supone que sigue hablando de la democracia como método); y responde que no duraría más que unos pocos años salvo que engendrarse individuos que se correspondieran con ella y que fuesen capaces de hacerla funcionar y de reproducirla. Si uno se atiene a *Capitalismo, socialismo y democracia*, Schumpeter hubiera sido todavía mas escéptico que él en cuanto a la aptitud del propio método para generar tales individuos.

En resumen, lo cierto es que buena parte de la popularidad de la que goza Schumpeter entre los analistas de la política en América Latina (y no solo aquí) está basada en un malentendido. Más agudo y menos complaciente que muchos de sus seguidores, el economista austríaco no creía en el *gobierno del pueblo* pero estaba convencido de que, en ausencia de una serie de requisitos muy precisos, el *gobierno de los políticos* desembocaría, más tarde o más temprano, en un mero simulacro de régimen democrático. Y ello a pesar de que hubiese partidos políticos o elecciones periódicas. Ya había dicho Jefferson que de nada vale que a los déspotas “los hayamos elegido nosotros mismos: un despotismo electivo no es el gobierno por el cual hemos luchado”.

XXIII. Epílogo

Dice Mangabeira Unger: “Cuando las guerras escasean y los colapsos económicos se vuelven administrables, todos los contemporáneos tenemos que aprender a cambiar sin arruinarnos. *La alternativa a la catástrofe como condición del cambio es la reforma de las ideas y de las instituciones*”.

Es justamente de esta alternativa de la que estoy hablando (aunque dudo de que hoy nuestros colapsos económicos sean siempre administrables). Nunca le han servido a América Latina los senderos de mera imitación dependiente de la experiencia (o de la prédica) de los países del Primer Mundo: ni cuando hizo suyo a instancias del centro el teorema ricardiano de las ventajas comparativas o se sometió a la lógica de un supuesto “círculo vicioso de la pobreza”, ni cuando se industrializó de la mano de las corporaciones transnacionales, ni ahora que se ha plegado al “consenso de Washington” y a una concepción pretendidamente realista de la democracia como el gobierno de los políticos. Es más: un gobierno de los políticos que siga obedeciendo los dictados de ese “consenso” se condena a perder las pocas bases de legiti-

Democracia y desigualdad en la Argentina

ción sustantiva que le quedan y a enfrentar problemas de gobernabilidad cada vez más serios⁶².

Sólo que ni hay ni puede haber una receta general para esa reforma de las ideas y de las instituciones -y mucho menos cuando, como aquí, el punto de referencia es América Latina en su conjunto-. Son demasiado distintas la naturaleza y la dinámica histórica de los países del área y muy diferentes sus estilos nacionales de hacer política como para proponer modelos universales de cambio. Cada vez que se hizo esto y se lo llevó a la práctica, las consecuencias fueron nefastas.

Lo más que puede intentarse a este nivel es formular críticas *sensibilizadoras*, que sugieran hacia dónde mirar aunque no puedan decir qué es lo que se va a ver⁶³. Mal o bien, éste ha sido mi principal objetivo en las páginas que preceden.

Creo que surge suficientemente de ellas que una de las ideas que debe abandonarse es la de que puede existir una división efectiva (y provechosa) entre la economía y la política, la cual les sirve hoy a los poderosos de la economía para subordinar la política a sus intereses. Esto implica revisar supuestos culturales tan difundidos como el que lleva a referirse a la intervención del Estado en la economía, dando falsamente por sentado que hay una economía anterior e independiente del Estado. Para utilizar los mismos términos, el Estado siempre “interviene” en la economía: lo que debe discutirse es el tipo de “intervención” que se desea.

Quienes tratan de impedir esta discusión apelan a dos tipos de argumentos discordantes. Uno levanta el fantasma de un Estado todopoderoso que ahogaría a la iniciativa privada, como si el extremismo fuese la única opción que puede oponerse a lo que existe. El otro agita, en cambio, un fantasma de fabricación más reciente, el de la globalización, para que nos resignemos a aceptar que el Estado no puede intervenir aunque quiera y que, por lo tanto, no hay alternativas.

Son recursos retóricos muy frágiles que les han dado, hasta ahora, un resultado francamente sorprendente y que se necesita superar para permitir que la discusión avance. Porque Estados sociales como los de los países escandinavos no han impedido ni impiden que se desarrolle allí el capitalismo; y en cuanto a la globalización -falsamente concebida como el poder monolítico y sin fisuras de los grandes grupos económicos y financieros transnacionales y de sus organizaciones-, solo paraliza la acción política de quienes se pliegan en los hechos a la estrategia de algunos de esos grupos y prefieren dar por perdida la batalla antes de entablarla.

62 En teoría, el Fondo Monetario Internacional sostiene las instituciones democráticas en los países que asiste. En la práctica, sin embargo, impone políticas que socavan el proceso democrático. Viene de decirlo Joseph Stiglitz, que hasta 1999 fue vicepresidente del Banco Mundial (Clarín, 25 de mayo de 2000). Precisamente Michel Camdessus, que dirigiera al FMI todos estos años, había comentado a su vez: Es verdad que si hay un peligro capaz de hacer estallar este sistema es la pobreza y las diferencias enormes entre pobres y ricos que ha generado (El País, 23 de abril de 2000). Más de uno se pregunta (o tiene derecho a hacerlo) ante quiénes son democráticamente responsables los funcionarios internacionales por las políticas que ponen en marcha y que después lamentan. Sus errores afectan las vidas de millones de personas pero raramente la de ellos mismos.

63 La distinción entre conceptos definitivos y sensibilizadores fue introducida hace ya un par de décadas por el sociólogo norteamericano Herbert Blumer.

En verdad, si una enseñanza se desprende del recorrido que hemos realizado es que, inexorablemente y contra lo que postula la separación neoliberal entre la economía y la política, el presente y el futuro del trabajo y de los trabajadores constituyen una parte esencial de cualquier debate serio sobre la democracia en América Latina, pues de ellos depende que ésta pueda sostenerse, como corresponde, en una mayoría de ciudadanos plenos.

Por eso, en las presentes circunstancias no hay ningún tema más prioritario que éste para quienes creen en la democracia. Y no es un asunto que pueda quedar en manos de los expertos en economía o en relaciones laborales so pretexto de despolitizarlo, simplemente porque hoy es el más político de todos los asuntos ⁶⁴.

Por lo demás, tales expertos se hallan tan condicionados por su idiosincrasia como cualquiera y no sólo sufren las presiones de los grupos dominantes sino que suelen adoptar comportamientos bastante particulares cuando ocupan posiciones de poder. Sucede que su credencial para llegar a estas posiciones no son los votos sino un supuesto saber que, por eso mismo, defienden con intransigencia, máxime cuando cuentan con el respaldo nada neutro de las burocracias internacionales y de la ideología del “no hay alternativas”. De ahí que un protagonismo excesivo de los técnicos conlleve siempre dos riesgos muy graves para la democracia: el dogmatismo y el autoritarismo.

En todo caso, le corresponde a los expertos aportar al debate público datos y escenarios probables, pero quien tiene que participar, decidir y comprometerse en un tema de importancia tan vital es la comunidad en su conjunto, a pesar de todas las limitaciones que puedan afligirla. Linda con el absurdo el hecho de que las actuales discusiones económicas latinoamericanas giren mucho más alrededor de cuestiones monetarias y financieras que en torno a los perfiles que debe tener una economía de la producción volcada a la generación de empleos y a la ampliación de los mercados internos. Ahora se comprende mejor por qué la democracia ha sido reducida convenientemente a un procedimiento y en América Latina ni siquiera se comentan las condiciones que le fijó Schumpeter para que pudiese funcionar con éxito.

A fin de torcer tal estado de cosas, la agenda pública necesita incorporar con urgencia y con claridad ítems que movilicen al pueblo y a sus múltiples organizaciones en torno a asuntos que, contra lo que creía el mismo Schumpeter, no se encuentran nada alejados de las preocupaciones del ciudadano común ni son tan difíciles de entender como se arguye. ¿Quiénes están en mejores condiciones que sus víctimas para darse cuenta, por ejemplo, de que la flexibilización laboral neoclásica que hoy se les impone sólo busca una total desregulación de la oferta y la

64 Pocos ejemplos más claros de esta tendencia a una supuesta despolitización que la actual moda de que tecnócratas no sometidos al voto popular sean quienes dirijan los bancos centrales de los países, independientemente de los resultados electorales. Es decir que los ciudadanos ni siquiera pueden emitir opinión acerca de quienes controlan un área clave de la política económica. La justificación principal que se esgrime es que hay que darles seguridad a los inversores. Faltan todavía buenos estudios comparativos que muestren hasta dónde resultan también beneficiosas para la mayoría de la población prácticas como éstas, que no tienen nada de democráticas.

Democracia y desigualdad en la Argentina

demanda de mano de obra para beneficio de los patrones y poco tiene que ver con una flexibilización negociada de los procesos de trabajo que efectivamente los modernice para beneficio de todos? ¿O de los verdaderos alcances de una seguridad jurídica que se invoca en tono altisonante ni bien se percibe alguna amenaza para los intereses de los grandes capitalistas pero no cuando quedan en la calle o se les rebajan los sueldos a cientos de miles de trabajadores?

Demos un paso más en la misma dirección desmitificadora: ¿en qué consiste realmente ese pretendido “pensamiento único” en el cual se habría encarnado la racionalidad de la época en que vivimos? En rigor, pivota sobre tres ejes valorativos generales perfectamente opinables por cualquier persona común: un cierto grado de tolerancia en las ideas y en las costumbres; una gran pasión por el dinero; y la creencia de que las desigualdades sociales son inerradicables y, por último, necesarias. El primer eje conecta el pensamiento único con los principios de la democracia como mero procedimiento; los otros dos, con el abandono del keynesianismo y el retorno a la economía neoclásica. Más allá de esto, las interpretaciones y las aplicaciones concretas del imaginado “pensamiento único” varían de lugar en lugar y son muy distintas en los Estados Unidos y en Francia o en Inglaterra y en Alemania. Es decir que, contrariamente a la propaganda, no existe una real convergencia entre los países, según lo confirma, por ejemplo, cualquier vistazo a sus políticas fiscales o sociales ⁶⁵. Como concluye Emmanuel Todd luego de hacer un agudo análisis del tema: “no hay *nada* en el pensamiento único, que es en realidad un no pensamiento o un pensamiento cero”, cuyo “rasgo central y unificador es la glorificación de la impotencia”.

Se trata, precisamente, de luchar contra tal glorificación, poniendo al descubierto tanto la endeblez de sus fundamentos teóricos como los sectores sociales específicos a los que beneficia. De esto se desprende la importancia de ese camino participativo al que me refiero, que, entre otras cosas, le podrá dar un cauce democrático a las revueltas y a los conflictos sociales manifiestos y latentes que la situación torna inevitables, que amenazan desbordarse y que siempre resultan un caldo de cultivo propicio para los autoproclamados salvadores de la patria.

Tal cauce de reconstrucción del Estado y de la ciudadanía requiere que se estimulen y multipliquen formas diversas de democracia directa, como las consultas populares, los referendos y los plebiscitos. Además, junto con estos modos de democratización que relacionan al ciudadano con el gobierno, deben fomentarse otros de índole horizontal y descentralizada entre los ciudadanos mismos, a nivel de las organizaciones de la sociedad civil y de los movimientos sociales que en ella germinan.

⁶⁵ El lector interesado puede consultar con provecho trabajos de especialistas tan diversos como Lance Taylor, Gosta Espirig Andersen, Dani Rodrik o Geoffrey Garrett (véase la Orientación bibliográfica).

Como ya expliqué en otros lugares, es hora de advertir (sobre todo en América Latina) que no existe necesariamente incompatibilidad entre la democracia representativa y la democracia directa. En sociedades tan diferenciadas y complejas como las actuales, no es cuestión de que una reemplace a la otra, sino de que ambas se influyan y condicionen entre sí, distinguiendo cuáles son los niveles de acción más apropiados para cada una. En este sentido, mi argumento no es un denuesto contra los políticos o contra la representación en general sino una crítica al modo en que tienden a operar los primeros y a las características que ha asumido la segunda. Es más: creo que no hay alternativa viable sin políticos que la asuman como tal; sólo que esto será tanto más factible cuanto mayores sean las presiones que ejerzan las movilizaciones y las organizaciones populares.

Nun, José, *Democracia. ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, Buenos Aires, FCE, 2000.

¿Qué democracia? (fragmento)

¿Qué significa la igualdad en el contexto de una sociedad autónoma, autogobernada y autoinstituida? (...)

En primer lugar, nadie puede querer, razonablemente, la autonomía para sí sin quererla para todos. Pero además, a partir del momento en que existe una colectividad y que esta colectividad puede vivir únicamente bajo las leyes, nadie es efectivamente autónomo –libre– si no tienen la posibilidad efectiva de participar en la determinación de estas leyes. Libertad e igualdad se exigen mutuamente. Viviendo en sociedad, no puedo vivir fuera de estas leyes. (Vivir en sociedad no es un atributo azaroso del ser humano, es justamente, ser humano. Las leyes no son un agregado, deseable o deplorable, a la sociedad; la institución es el ser-sociedad de la sociedad.) Las leyes no pueden ser definidas para cada individuo y sólo para él; esta idea está tan desprovista de sentido como la de un lenguaje privado. El único sentido mediante el cual puedo decir que se trata de *mis* leyes es el que se refiere a mi participación en la formación de la ley, aunque haya sido vencido en el voto; se trata de una ley a la que apruebo o de la cual apruebo la elaboración y adopción, ya que pude participar en su conformación.

Igualdad, significa, entonces, rigurosamente hablando: igual posibilidad para todos, efectiva, no meramente escrita, para participar del poder. No se trata solamente de entrar en el cuarto oscuro; se trata además, por ejemplo, de estar informado, tan informado como cualquier otro, de lo que debe ser decidido. Hagamos la distinción entre *oikos*, los asuntos estrictamente privados; el *agorá*, la esfera privada/pública, el *lugar* donde los ciudadanos se encuentran fuera del dominio político; y la *ekklesía*, la esfera pública/pública, es decir, en un régimen democrático, el lugar donde se delibera y se deciden los asuntos comunes. En el *agorá*, discuto

Democracia y desigualdad en la Argentina

con otros, compro libros y otra cosa, estoy en un espacio público pero que es, al mismo tiempo, privado, ya que ninguna decisión política (legislativa, gubernamental o judicial) puede tomarse allí; la colectividad, a través de su legislación, nos asegura solamente la libertad de ese espacio. En la *ekklesia* en el sentido amplio, que comprende tanto la *asamblea del pueblo* como así también el *gobierno* y los tribunales, estoy en un espacio público/público: delibero con los otros para *decidir*, y estas decisiones son sancionadas por el poder público de la colectividad. La democracia también puede definirse como el devenir verdaderamente público de la esfera pública/pública –lo que en otros regímenes es un hecho más o menos *privado* del monarca, o en el totalitarismo, de la maquinaria del Partido; una de las múltiples razones por las cuales parece una burla hablar de *democracia* en las sociedades occidentales actuales es que la esfera *pública* constituye de hecho una esfera privada –y esto es válido en Francia como en Estados Unidos o en Inglaterra-. En primer lugar, es privada en el sentido en que las decisiones verdaderas se toman en un espacio aislado, en los pasillos o los lugares de encuentro de los gobernantes. Sabemos, de hecho, que no se toman en los lugares oficiales donde se supone que deberían tomarse; cuando llegan frente al Consejo de ministros o la Cámara de diputados, ya están echadas las cartas. Por otro lado, los considerandos (los considerandos verdaderos, en todo caso) son secretos y, en la mayoría de los casos, se impide legalmente el acceso a ellos. El plazo de acceso a los archivos públicos es de treinta años en Inglaterra; en Francia, creo que se extiende a cincuenta años. Cincuenta, treinta o diez años, incluso un solo mes, estos períodos alcanzan para lo que quiero mostrar. Esperen cincuenta o treinta años y sabrán por qué su padre, hermano o hijo murió durante la guerra. En esto consiste la *democracia*.

El devenir verdaderamente público de la esfera pública/pública implica que la colectividad y los poderes públicos tengan la obligación de informar realmente a los ciudadanos a propósito de todo lo referido a las decisiones que hay que tomar, información que necesitan para poder tomar estas decisiones con conocimiento de causa.

Previo, pues, a toda discusión sobre la cuestión *democracia directa o democracia representativa*, constatamos que la *democracia* actual es cualquier cosa salvo una democracia, ya que la esfera pública/pública es, de hecho, una esfera *privada*, y constituye la propiedad de la oligarquía política y no del cuerpo político.

Pero, cuando decimos “igualdad significa la igualdad efectiva de participación de todos”, no se habla, evidentemente, del solo hecho de acceder a la información. En este caso está implicada la capacidad efectiva de juzgar –lo que conduce directamente a la cuestión de la educación-, así como está implicado el *tiempo* necesario a la cuestión de la información y de la reflexión –cuestión que conduce, también de manera directa, al asunto de la producción y de la economía-. Por otro lado, es necesario recordar, frente al despliegue abusivo de la demagogia y de la sofística contemporáneas, que se trata de igualdad *política*, de igualdad de participación en el *poder*. La igualdad no significa que la colectividad se comprometa a que todo el mundo sea capaz de correr los 100 metros en 10 segundos o de tocar a la perfección

los *Estudios* de Chopin, o a que todos los chicos puedan aprobar sus materias con las mismas notas –o incluso al simple hecho de que todos puedan pasar de grado y punto-. Esto no tiene nada que ver con la igualdad política.

Castoriadis, Cornelius, "¿Qué democracia?", en *Figuras de lo pensable*, Buenos Aires, FCE, 2001.

2. Hacia una conceptualización del desempleo

La primer acción necesaria a desarrollar es la de explicitar y adoptar un concepto del significado tanto de la ocupación como de la desocupación, porque en función de la interpretación que se les dé a dichos conceptos, se verá en qué medida las lecturas oficiales que se llevan a cabo sobre los niveles de ocupación y desocupación se adecuan a los mismos, y en caso de que no se verifique concordancia, realizar los ajustes necesarios y posibles a dichos estimadores, a los efectos de que representen del modo más genuino y veraz posible, el concepto teórico que se ha adoptado de dichas categorías analíticas.

Como en la mayoría de los fenómenos sociales, no existe una lectura única, inobjetable y de carácter sustantivo. El significado de los conceptos de ocupación y desocupación es objeto de una construcción social, que sin duda admite una gran cantidad de interpretaciones.

No se aspira, en este caso, a replantear una polémica epistemológica, orientada a debatir si la realidad es única y objetiva, o si por el contrario existen tantas percepciones de la realidad, como actitudes perceptivas puedan encontrarse en una trama social. Pero sí resulta necesario advertir, que sobre una infinidad de ocupaciones (donde una persona vuelca su fuerza de trabajo durante un determinado tiempo en la producción de un bien y/o servicio, para el logro de un recurso que le garantice su sustento) se encuentran interpretaciones divergentes, sobre si dicha acción constituye o no un trabajo. A título de ejemplo, si se indaga a los miembros de una comunidad, respecto a si un joven parado en una esquina de una ciudad, que ofrece limpiar los vidrios al automovilista que ocasionalmente para en un semáforo, ¿es un hombre ocupado?, con seguridad se van a encontrar las dos respuestas posibles que admite la pregunta.

Es más, al haberle realizado dicha pregunta a varias personas que se dedicaban a dicho quehacer, se obtuvo como respuesta más común de los propios protagonistas: "hago este trabajo², porque estoy desocupado...", lo que se obtiene de la aparente contradicción en que se incurre en dicha respuesta; es que dicha actividad no es reconocida por los propios actores como un trabajo, y que existe una clara percepción de sí mismos como desempleados.

2 La forma de referirse a la actividad varía (laburo, changa, ganarse unos pesos, etc.).

Democracia y desigualdad en la Argentina

Una gran parte de los lectores puede coincidir con la percepción de estos eventuales limpiadores de autos entrevistados, lo curioso resulta que dentro de los que difieren con la interpretación que de su propia realidad hacen estas personas, se encuentra el Organismo Oficial de Estadísticas y Censos, que los consideran como parte de la “población ocupa”.

A partir de ello es que se inicia precisamente este trabajo, con la inclusión del presente punto que tiende no sólo a reconceptualizar estas categorías, sino a analizar una explicitación del alcance dado a la información estadística disponible sobre el empleo.

¿Qué es estar **ocupado** laboralmente?, para la Real Academia Española significa **la acción de trabajar**, no distingue en este caso, ni tipos de trabajo, ni la productividad social que los mismos deben tener, ni relaciones deseables entre el trabajo desarrollado por una persona y sus capacidades personales, ni tampoco la percepción o no de retribuciones por dicho esfuerzo, por ende para esta fuente, estar “**desocupado**” implica solamente una situación de carencia de trabajo.

Si se indaga respecto de la significancia en una fuente más especializada, como podría ser el caso de un diccionario especializado en economía, tal el caso del de Zorrilla Arena³, el concepto se lo acota con mayor precisión, señala que un “**desocupado**” es una persona que en edad de trabajar y disposición de hacerlo no tiene una ocupación renumerada, es decir, que no desempeña actividad económica alguna. Esta definición resulta coincidente con la mayoría de los textos de economía, los cuales con pequeñas diferencias formales coinciden con la definición precedente.

En cambio, para el organismo responsable de la producción de estas estadísticas sociales, el concepto de desocupación resulta más restringido aún, ya que se refiere a aquellas personas que⁴: “teniendo edad y capacidades para trabajar, y no teniendo ocupación, buscaron trabajo activamente, en la semana de referencia”⁵. A este conjunto poblacional, que resulta estimado por este criterio, se lo identifica con mayor precisión como desocupados abiertos o desocupación abierta ya que, como se verá, existen otras formas de manifestación y de percepción de la desocupación, que no están incluidas en esta categoría.

Una de las diferencias que se encuentran entre el concepto de desocupación (abierta) del INDEC, y el de desocupación genérica que reconoce la bibliografía económica, estaría dada por la fracción de la población que no teniendo ocupación⁶, tienen la edad, las capacidades e intenciones de trabajar, pero que se caracterizan distintivamente de los desocupados abiertos, por no haber buscado trabajo activamente en la semana anterior a los relevamientos muestrales.

3 ZORRILLA ARENA, y SILVESTRE MENDEZ, J.; *Diccionario de Economía*; Noriega Editores; México; 1995.

4 INDEC, EPH- Síntesis Total de aglomerados Urbanos. ISSN 0327-79681; 1997.

5 La semana de referencia es la semana calendario completa que precede a la iniciación del relevamiento.

6 Ni en el sentido amplio, ni en el estricto del término.

Ante la inquietud natural que podría presentarse respecto de si realmente existe dicha categoría, es decir, si es dable que pueda verificarse el caso de la existencia de personas que deseando o aspirando trabajar no hayan buscado trabajo al menos una vez en la semana anterior a ser encuestada, la respuesta es decididamente afirmativa.

Dentro de este grupo se encuentra la población que se la reconoce como “desalentada o descorazonada”, el que está conformado básicamente por la población que perdió la esperanza de conseguir trabajo, que descree que la realidad ambiental en la cual se halla inserto le permite cubrir esta necesidad individual y social básica, a través de alguna oportunidad de empleo, por lo cual ha abandonado o disminuido el nivel de frecuencia con que asiste a búsquedas o entrevistas.

Este cambio actitudinal es interpretado por la información estadística producida, como un retiro de la oferta de trabajo, por lo cual se lo tipifica como parte de la Población Económicamente No Activa⁷.

Las causas por las cuales se producen alteraciones de corto plazo en la oferta laboral fueron tratadas extensamente en la literatura económica. Dentro de la misma, caben destacar los aportes y caracterizaciones de las variaciones en este mercado, producidas por Beccaria⁸, quien describe el comportamiento característico de parte de la fuerza de trabajo, que tiende a retirarse del mercado en la medida que la demanda de trabajo se reduzca. Este comportamiento, que el mismo autor señala como “efecto del trabajador desalentado”, se visualiza en una disminución de la Tasa de Actividad⁹ de un sistema.

Desde el sistema estadístico, a dichas personas se las reconoce como inactivos, es decir que no forman parte de la Población Económicamente Activa. Ahora, el límite preciso entre el estado de actividad e inactividad no resulta una cuestión menor, por el contrario, la fijación de este límite afecta sin duda la lectura y el diagnóstico laboral que se producirá del sistema social. Este aspecto constituye una fuente de preocupación sustantiva, aún para el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos al punto que, cuando en diciembre del 95 se convocó en el país a un Seminario Internacional sobre Medición del Empleo, la preocupación que la delegación nacional virtió en la jornada de discusión de expertos fue precisamente sobre la forma de identificar la condición de ocupación, que permita distinguir con claridad al sujeto activo, diferenciándolo del inactivo.

7 Se reconoce como Población Económicamente Activa (PEA) al Conjunto Poblacional integrado por las personas que tienen ocupación o que, sin tenerla, están buscando activamente trabajo, y Económicamente NO Activos a la diferencia entre este subconjunto y la Población Total.

8 BECCARIA, Luis A. : Los Movimientos de Corto Plazo en el mercado de trabajo urbano y la coyuntura 1975-78 en la Argentina. Separata de Desarrollo Económico, N° 78, vol. 20, Bs. As. Argentina; 1980.

9 La misma se expresa porcentualmente y surge de la relación existente entre la Población Económicamente Activa y la Población Total.

Democracia y desigualdad en la Argentina

Si bien el límite entre esos estados puede -desde la perspectiva metodológica- “ser resuelto por convención”, según lo afirmara O. Marchand¹⁰, y dado que su fijación u adopción no resulta un hecho neutro, resultaría altamente recomendable que la adopción de un criterio garantice el reconocimiento y la representación de la percepción social del fenómeno.

Similar situación se observa con los criterios adoptados para la caracterización de otras situaciones no poco frecuentes. También por convención se ha adoptado que basta con que la persona encuestada haya trabajado una hora en la semana precedente al relevamiento, así esta prestación laboral haya sido de carácter precario o eventual, se lo considera ocupado, pese a que este individuo siga buscando empleo y la sociedad y el mismo se siga reconociendo como desempleado.

B. Petrie¹¹ afirmaba en el mismo seminario: “...La distinción entre las tres categorías: ocupado, desocupado e inactivo es muy arbitraria, no existe gran diferencia entre un desocupado y otro que trabaja una hora a la semana, lo que es de gran ayuda es identificar los individuos clasificados como empleados, de acuerdo a las definiciones usuales...”.

Esta brecha que se produce entre la Población Económicamente Activa y la población “realmente inactiva” (por edad, condición y/o decisión propia) tratada hasta el presente como población “desalentada”, se la identifica como **“desocupación oculta”**, precisamente por tratarse de una forma de desocupación no incluida dentro de los volúmenes estimados de población **“desocupada de modo abierto”**.

El MTSS¹² ha adoptado como definición particular de desempleo oculto: “se refiere al fenómeno de personas que se retira de la población económicamente activa por razones vinculadas con el estado del mercado laboral, expresando un potencial de fuerza de trabajo susceptible de regresar cuando aquel cambie”.

El hecho es que, si bien no existen aún formas y metodologías aceptadas de modo sustantivo como instrumentos eficientes para dar lectura a la cuantía de la población que se ubica dentro del concepto definido como “desocupación oculta”, resulta necesaria la adopción de criterios que traten de asegurar una lectura prudente de este fenómeno (no incurriendo ni en sobre ni subestimaciones), dado que su no coordinación por problemas de carácter metodológico lleva, sin duda, al máximo error.

Distintas oficinas de estadísticas laborales del mundo han apelado a minimizar los desvíos o subestimaciones en que puede incurrirse en el proceso de cálculo de la desocupación, a través de distintos procedimientos, tales como extender el pe-

10 INDEC; *Exposiciones y Debates del Seminario Internacional sobre medición del Empleo*, MARCHAND, Olivier, Subdirector de mercado de Trabajo, del Ministerio de Trabajo, Diálogo Social y Participación de Francia; Buenos Aires; Argentina; 1995.

11 PETRIE, Bruce; Jefe Asistente de Estadística Social Institucional y Laboral de Canadá; Buenos Aires; Argentina; 1995.

12 Ministerio de Trabajo y Seguridad Social; varios años; Boletín de Estadísticas Laborales.

río sobre el que se inquiere si el individuo ha buscado trabajo, a 3 ó 4 semanas en vez de una, flexibilización de la requisitoria, etc.

No obstante, y dado que en nuestro país se continúa con los criterios expuestos, se ha adoptado en este trabajo, para su cálculo, uno de los métodos de mayor nivel de aceptación. El mismo consiste en estimar los volúmenes de población desalentada que conforman esta categoría que se ha definido como población oculta, a partir de “la identificación y cuantificación de los desvíos en la Tasa de Actividad por debajo de la tendencia de esta T.A., calculada en el largo plazo”¹³.

El comportamiento social que refleja la Tasa de Actividad es que la población, como consecuencia tanto de cambios de carácter cultural como en la matriz socio-económica de un sistema, en sus niveles de ingresos y en el nivel de satisfacción de sus necesidades que le cubren dichos ingresos va cambiando su propensión media al trabajo.

Este cambio resulta generalmente de signo positivo en largo plazo, influenciado fundamentalmente por el decidido ingreso de la mujer en el mercado laboral. En nuestro país, esta Tasa se ubicaba en un 38,296 en el año 85, alcanzando el 42,6 % en Octubre del 97, medida para la totalidad de la población de los dieciséis aglomerados¹⁴ seleccionados para ser analizados en el presente trabajo (independientemente de su edad).

Para posibilitar una comparación entre el nivel de actividad de nuestro sistema con otros países del mundo, cabe señalar que la Tasa de Actividad medida no sobre la totalidad de la población sino sólo sobre el tramo central de edad (15 a 64), que para nuestro país en el año 90 se ubicaba en un 59,6%, alcanzaba los siguientes niveles: Alemania (91) 70,5%; Canadá (92) 75,2%; España (92) 60%; EE.UU. (92) 74%; Francia (91) 66,9%; Italia (91) 59,4%; Japón (92) 71,2%; Reino Unido (91) 75,4%; Suecia (90) 81,1%; Chile (92) 58%; México (91) 59,9% y Uruguay (91) 67,7%¹⁵.

Cabe destacar que las diferencias de Tasa de Actividad observadas entre nuestro país y el resto del mundo se basan exclusivamente en la menor penetración de la mujer en el mercado laboral. En la Argentina, para el mismo tramo de edad que el analizado precedentemente, la Tasa de Actividad masculina resulta la mayor de las observadas (superando la de Japón y el Reino Unido), mientras que la T.A. de la mujer se ubica casi en un 50% de las que se verifican en las naciones mencionadas.

13-MONZA, Alfredo; Compatibilidad y Empleo, Hechos y Falacias; Mimeo; Seminario de Convertibilidad y Empleo - FLACSO; 1997.

14 Los aglomerados que fueron seleccionados son: Bahía Blanca, Gran Catamarca, Gran Córdoba, Corrientes Formosa, Gran Buenos Aires, Gran La Plata, Gran Mendoza, Paraná, Gran Resistencia, Gran Rosario, Gran San Juan, Gran San Luis, Gran Santa Fe, Gran Santiago y Gran Tucumán. Estos aglomerados representan el 89% de la población alcanzada por la EPH y el 55% de la población del País.

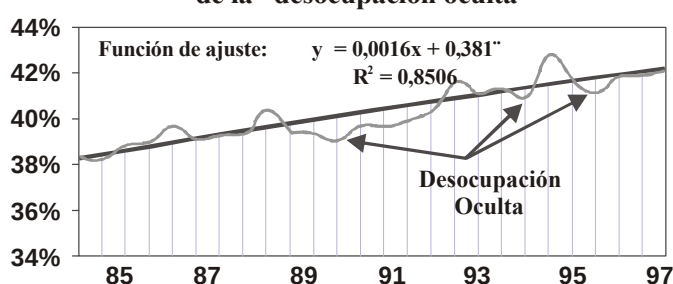
15 Monza, A. (Ob.Cit. N° 13), en base a datos de la OIT, Anuario de Estadísticas del Trabajo 1993.

Democracia y desigualdad en la Argentina

No obstante lo expresado, se destaca que el crecimiento de la TA en nuestro país no es constante, según puede observarse en el Gráfico N° 1 que se presenta a continuación. Por el contrario, se caracteriza por una evolución irregular, sin abandonar la tendencia positiva a lo largo del tiempo. Siendo reconocidas precisamente estas variaciones (o desvíos) como una reacción (positiva o negativa) de la población ante las señales que produce el mercado laboral, exacerbando o restringiendo la actividad de búsqueda de trabajo.

Gráfico N° 1

Evolución de la Tasa de Actividad y delimitación de la “desocupación oculta”



De este modo, este método de estimación supone que las caídas que se producen (por debajo de la línea ajustada de tendencia) son consecuencia o producto del desaliento de la población en su búsqueda de empleo.

La agregación de esta forma de desocupación (oculta), a la desocupación abierta (determinada a partir de los relevamientos muestrales), brinda una lectura más ajustada de la magnitud del fenómeno, aunque pese a esta corrección sigue siendo todavía una lectura incompleta, dado que, como se verá, debe ser corregida a su vez por otras formas de subocupación de recursos humanos.

En el gráfico precedente se presenta de modo esquemático el proceso de cálculo de la desocupación oculta, para los 16 aglomerados seleccionados y en el período de análisis considerado.

Cabe destacar que, si bien no es la única forma tratada de estimación del desempleo oculto, este procedimiento resulta relativamente conservador, al menos en comparación con otros métodos utilizados, véase por ejemplo el trabajo de Carbonetto¹⁶, en el cual se calcula para el año 1996 un volumen de 300.000 desempleados en forma oculta mientras que, por el presente, dicha estimación para mayo de dicho año la ubica en un total de 121.000 y para octubre de sólo 51.000 personas.

Aquí cabe destacar que otra forma de cálculo propuesta por el MTSS¹⁷ induce a error, al estimar la “desocupación oculta” a partir de los crecimientos que se producen en la Tasa de Actividad. Ello presupone desconocer la incidencia de los

16 CARBONETTO, Daniel; “El sector informal y la exclusión social”, en Empleo y Globalización, La nueva cuestión social en la Argentina; Coord. Ernesto Villanueva; Universidad Nacional de Quilmes; Argentina; 1997.

17 Ob. Cit N. 12.

factores culturales en la misma, sobreestimando de este modo la “desocupación oculta” histórica y subestimando la presente en términos relativos. Ello lleva a encubrir las variaciones verificadas en la desocupación ajustada, a punto tal que la incidencia que le adjudica a la “desocupación oculta” sobre la Desocupación Total (Ajustada) 15 años atrás es de las dos terceras partes de la misma.

Este método de cálculo propuesto por el Ministerio de Trabajo lleva a la conclusión que la “desocupación oculta” a mediados de la década del 80 tenía un valor 200% superior a la “desocupación abierta” y que, al año 1995 (se presupone por la evolución favorable del mercado laboral, según su propia definición), se redujo a sólo el 5 ó 6%. Con lo cual, la expansión de la desocupación ajustada en la década 85-95 fue de tan solo un 15%, cuando por el resto de los métodos no se llega a estimaciones inferiores al 150%, lo cual hace aconsejable su revisión.

2.1. Otras manifestaciones del problema del desempleo

Existen otras formas de manifestación del problema de la falta de empleo, una de ellas está dada por la “semioocupación”¹⁸. Se reconoce bajo esta denominación, a la población ocupada (de acuerdo al criterio sustentado por el Organismo estadístico) que trabaja menos de 35 horas semanales.

En nuestro país, este dato fue relevado desde la implementación de la EPH, pero sólo desde el año 93 se lo hace discriminando en dos posibles situaciones de semioocupación: “la demandante”, conformada por aquellos que trabajan menos de 35 horas y buscan activamente otro empleo, y “la no demandante”, que estaría conformada por los semioocupados voluntarios y los semioocupados no voluntarios (conformados por aquellos que no manifiestan una actitud de búsqueda de empleo adicional o sustitutivo del que tienen, de acuerdo a los criterios de búsqueda adoptados por el Organismo estadístico).

De este modo, recién agregando estos tres grandes grupos, **desocupados abiertos, ocultos y semioocupados demandantes**, se llega a un conocimiento más ajustado de la brecha ocupacional de un sistema social.

Esta “brecha ocupacional” tiene dos formas posibles de percepción, dado que dicho concepto puede ser interpretado de las siguientes maneras:

- Como el volumen de población (o la tasa equivalente) de personas que se encuentran buscando empleo. Este concepto nos aproxima a la magnitud social del problema, desde la percepción de los propios actores.
- Como cuantificación de la cantidad de puestos de trabajo que resulta necesario generar, a los efectos de satisfacer la oferta de trabajo señalada en 1.

La primera interpretación lleva al cálculo de la cantidad de personas que se ubican en cualquiera de estas tres categorías analizadas (desocupados abiertos, des-

¹⁸ El Instituto Nacional de Estadística identifica este concepto como “subocupación visible” o “subocupación horaria”.

Democracia y desigualdad en la Argentina

ocupados ocultos y semioocupados demandantes). Mientras que la segunda, cuyo objetivo es la estimación de la cantidad de puestos de trabajo necesarios para satisfacer la oferta, debe considerar las dos primeras categorías (desocupados abiertos y ocultos) en forma plena y sólo la cantidad de empleos necesarios de crear, para que los semioocupados demandantes alcancen el nivel de ocupados plenos. En este caso, dado que la población que se encuentra en esta categoría registra trabajos entre 1 y 34 horas semanales, se adopta un criterio simple de considerar solo un 50% de dicho volumen poblacional como puestos de trabajo necesarios.

A este último concepto (ya sea en términos absolutos o porcentuales, según como se lo calcule), se lo identifica como **desocupación ajustada**, mientras que al primero de los señalados se lo identifica como **población con déficit de empleo**.

No obstante lo afirmado, los problemas que se afrontan en el mercado laboral son mayores a los que se cuantifican a través de los dos conceptos precedentes, dado que existe, además de las tres manifestaciones señaladas, el fenómeno de la **subocupación funcional**.

Este último se configura básicamente por algunas de las siguientes formas:

1. La que se conoce tradicionalmente como desocupación disfrazada, conformada fundamentalmente por el exceso de empleo en el sector público.

2. La ocupación en actividades no productivas, rémoras de modos de producción precapitalistas (servicio doméstico y todo tipo de prestación laboral semejante, prestado hacia familias).

3. La ocupación en otro tipo de actividades no productivas, expresadas en distintas formas de cuentapropismo, que tienen la capacidad de ser actividades refugio (de subsistencia), donde el interesado (demandante de trabajo) encuentra cierta satisfacción en ingresos y lo percibe como una suerte de actividad laboral (vendedores ambulantes, cuidadores de autos en espacios públicos y otras múltiples actividades laborales precarias, muchas de las cuales rayan en nuevas formas de mendicidad) se caracterizan **por ser actividades no generadoras de riqueza desde una perspectiva social**.

4. Por último, cabe también señalar como una suerte de subocupación la prestación laboral en una actividad que requiere una capacitación sensiblemente inferior a la que dispone el titular de dicho puesto de trabajo, caso común de profesionales que trabajan en puestos de técnicos o empleados para los cuales su capacitación resulta innecesaria pese, a lo cual continúa en dicha actividad, asumiéndola como una actividad transitoria, hasta que aparezca una oportunidad de empleo que satisfaga sus expectativas.

La situación señalada precedentemente configura otra forma posible desde la cual se engrosa la demanda de trabajo, la cual estaría dada por el ocupado pleno/demandante.

El actor social, “ocupado pleno/demandante”, busca un trabajo sustitutivo -no complementario- del que detenta (caso del ejemplo dado en el Punto 4), situación

en la cual el efecto de cambio de trabajo sería neutro en términos absolutos, a partir de que la ocupación de una fuente de empleo implica la liberación de otra. En esta situación, y siempre analizando el comportamiento agregado del mercado laboral, los valores (en términos absolutos o de tasas) calculados como “desocupación abierta” o “población con déficit de empleo” no se ven alterados, pese al reconocimiento de este problema tanto en términos sociales como económicos.

En términos “sociales” porque la población afectada, aunque haya encontrado una actividad refugio que le permita la obtención de ingresos, no encuentra satisfechas sus necesidades y/o expectativas.

En términos “económicos” porque existe una clara evidencia de subutilización del capital humano, la cual está dada por la brecha que se produce entre la productividad potencial y la productividad real de los mismos.

Por último, se aspira a efectuar una aclaración en relación a la representatividad de los valores de desocupación calculados por el INDEC. Cabe destacar al respecto, que tanto los valores como las tasas calculadas en estos procesos, por ser estimados a través de un relevamiento muestral, están sujetos a un entorno de error dado por el nivel de representatividad de la muestra, la cual es aclarada y presentada por el Organismo Estadístico responsable de la producción de esta información.

2.2. Síntesis de las diversas categorías utilizadas

La Población total de un sistema social (P.T.), en función de su disposición al desarrollo de actividades económicas productivas, se la aglutina en Activos e Inactivos; los primeros configuran lo que se identifica como Población Económicamente Activa (P.E.A.), mientras que los segundos constituyen la Población Inactiva (No P.E.A.).

La “P.E.A.” está conformada por la Población Ocupada (P.O.) y la Población Desocupada Abierta (P.D.A.). En la primera de ellas (P.O.) se encuentran las distintas formas de subocupación: la semiocupación (P.SE-O) y la subocupación funcional (P.SU-O), en sus distintas formas.

La “P.SE-O” se conforma por la Población semiocupada demandante (P.SE-O.D.) y la Población semiocupada voluntaria (P.SE-O.V.).

Dentro de la “No P.E.A.”, se puede encontrar una masa de población, que fue identificada como “desocupados ocultos” (P.D.O.), siendo el resto inactivos voluntarios o funcionales (P.I.).

Si a la “P.D.A.” se le agrega la “P.D.O.” más un 50% de la “P.SE-O.D.”, se obtiene la Población Desocupada Ajustada (P.D.Aj.).

Si a la “P.D.A.” se le agrega la “P.D.O.”, más el valor pleno de la “P.SE-O.D.”, se obtiene la Población Ajustada con déficit de empleo (P.D.E.Aj.).

En: Arrillaga, H., Barletta, M. y Masi, María B., *El comportamiento del mercado laboral en el interior argentino. 1985 – 1997*, Bs.As., Univ. Nac. de La Plata, del Litoral y de Quilmes, REUN (Red de Editoriales de Universidades Nacionales) y Página 12, 1998.

Los desafíos de la Democracia

Cuando las oportunidades de participación no están aseguradas por el trabajo, la calidad de la educación recibida y un nivel de vida considerado decente, se debilitan los lazos que hacen posible que la gente elija y decida acerca del presente y el futuro colectivos. Los desocupados, por ejemplo, al no formar parte del sistema laboral, carecen de medios para participar organizadamente en la vida política y hacer oír sus reclamos.

Sin embargo, ante la crisis actual la sociedad argentina ha demostrado tener deseo y capacidad para participar, organizarse, deliberar y responder a la situación planteada. De este modo, se han puesto de manifiesto formas de organización de los pobres, de los desempleados, de los más afectados directamente por la crisis, que recuperan un pasado con significativas experiencias de asociación, como la del cooperativismo.

Pueden identificarse diversos aspectos de la problemática de la pobreza en los orígenes de las nuevas formas de organización.

- El crecimiento de la desocupación y la precarización laboral durante el segundo lustro de los '90 conformaron las bases sociales de los "cartoneros" y "pique-teros" y de los trabajadores de "empresas recuperadas", afectadas por la desindustrialización.
- Los efectos destructivos de los procesos recién mencionados alcanzaron a las clases medias. Los "nuevos pobres" surgidos de estas iniciaron el intercambio de bienes y servicios en las redes de trueque.

De este modo, la crisis económica impulsó a vastos sectores sociales a incorporarse a variados mecanismos de subsistencia preexistentes: los piquetes para acceder a alimentos, a subsidios, la recolección de residuos, las redes de trueque. Por otro lado, el abandono de empresas por parte de sus dueños fomentó las iniciativas obreras de recuperación de fábricas que se transformaron en cooperativas o en emprendimientos mixtos: entre el Estado y los trabajadores.

Más allá de los logros y los fracasos de cada una de estas iniciativas, lo que permanece es la capacidad de asociación y de organización para salir de la exclusión, para acceder al consumo, para generar trabajo, para defender los derechos, para reclamar al Estado, para participar.

Nuevas bases para una vida política

Ya desde los inicios de la democracia en 1983 comenzaron a multiplicarse organizaciones de la sociedad civil, pero la novedad gestada a partir de la crisis institucional de 2001 y el estallido de la economía a comienzos de 2002 reside en los esfuerzos de articulación que las organizaciones vienen realizando. Existe una voluntad creciente de crear redes cuyos objetivos trascienden los fines particulares de cada una de ellas.

Este es un capital social que permite pensar en una nueva relación entre el Estado y la sociedad, una nueva concepción de lo público, en la cual éste no quede identificado solo con lo estatal. Lo público es del público porque implica la solución de problemas que afectan a todos y requiere, por lo tanto, la participación responsable de todos. Inserta en un contexto muy crítico, la sociedad civil se está reconstruyendo y los nuevos movimientos sociales que se difunden con la crisis expresan esfuerzos para hacerlo a través de nuevas formas de organización. Se regenera así el espacio público y el ejercicio de la ciudadanía, y se abre el debate político mas allá de la disputa por los cargos y los plazos electorales.

Nuevas organizaciones sociales

Las redes de trueque: El origen de estas se remonta a 1995. Tuvieron una importante expansión desde su inicio ya que pasaron de aproximadamente 1.000 socios en 1996, a 2.300 en el año siguiente, y en 1999 llegaron a 180.000. En el 2000 alcanzaron a 320.000 miembros, organizados en torno de unos 400 nodos ubicados en 15 provincias y la ciudad de Buenos Aires. Luego de la implantación del “corralito” financiero en diciembre de 2001, las estimaciones del número de personas que participaron en estas organizaciones osciló entre 3 y 6 millones. En este sistema, los que participan son productores y consumidores al mismo tiempo. Por eso se los llaman “prosumidores”. Esto significa que nadie puede consumir en la red de trueque si no obtiene ‘créditos’ a través de su trabajo o de la venta de algún producto dentro del mismo sistema.

En los últimos tiempos estas redes han entrado en crisis, y cerraron un 40% de los nodos o clubes en los que se realizaban los intercambios. Esta crisis obedece a varias causas: una de ellas, tal vez la más importante, fue la desvalorización de los “créditos”, por la emisión y falsificación de esta “moneda”, que alcanzó en algunos nodos al 90% del circulante.

Las empresas recuperadas: De manera similar a las redes de trueque, el movimiento de las empresas recuperadas alcanzó notoriedad recientemente, pero sus modalidades de organización y sus orígenes se remontan hasta fines de los años 70 y principios de los 80, momentos en que se generaron como respuesta a la primera “oleada” del proceso de desindustrialización.

Las empresas recuperadas tienen varios rasgos en común. En primer lugar, se orientan hacia el mercado interno en ramas afectadas por la importación y/o afectadas negativamente por sus dificultades de exportación (empresas frigoríficas, textiles, de tractores, acoplados, metalúrgicas, plásticos, etc.). En segundo término, se encontraban en proceso de quiebra, convocatoria de acreedores o directamente abandonadas por los empresarios. Por último, los trabajadores aparecen como acreedores o damnificados.

En la transición hacia el nuevo régimen Jurídico, los trabajadores toman a su cargo la producción, estableciendo acuerdos con proveedores y los clientes, que

Democracia y desigualdad en la Argentina

les aseguran un cierto capital de trabajo para el funcionamiento, y acuerdan una retribución mínima de ingresos, generalmente combinada con pagos en especie o mercaderías. En la mayoría de las empresas recuperadas se constata, en el principio, una deserción empresaria, que puede ser parcial o total. Si es parcial, es posible que los anteriores propietarios se mantengan como asociados en la nueva forma jurídica que adopta la empresa. En otras, recuperadas recientemente, ha surgido la demanda de una nueva figura, la de “estatización con control obrero” o con “administración obrera”.

Los piqueteros: En el extremo inferior del espectro social, las nuevas experiencias de organización cristalizaron en los movimientos piqueteros, que se afincan territorialmente organizando a los desocupados de los barrios carenciados y villas miserias de las grandes ciudades, pero también tienen una activa participación en pueblos y ciudades del interior afectados por el cierre de empresas en los 90.

Las modalidades de sus acciones, como cortes de rutas por parte de “piquetes” de pobladores -símil de los de huelguistas en las fábricas-, otorgaron su nombre al movimiento.

Existen tres tipos diferentes de organizaciones- piqueteras: 1) las que tienden a limitarse a la obtención de subsidios, en nombre de la emergencia social; 2) las que buscan resolver necesidades colectivas en las comunidades y barrios donde están implantadas, desde comedores y guarderías escolares hasta la autoconstrucción de viviendas; 3) las que promueven, a partir de nuevas redes surgidas en estos movimientos, emprendimientos orientados hacia su autosustentación.

Los cartoneros: La historia de los cartoneros de hoy es inseparable de la existencia histórica de los “cirujas” y “botelleros” cuya presencia fue familiar a los vecinos de Buenos Aires a lo largo de buena parte del siglo XX. Estas actividades perdieron relevancia en la década del 70, al organizarse lo que se dio en llamar “relleno sanitario” (que implicó enterrar la basura en zonas relativamente alejadas). En ese momento, según algunas estimaciones, eran 3.500 las personas dedicadas al cirujeo en la Ciudad de Buenos Aires.

A1 promediar el 2002 se presumía la existencia de entre 70.000 y 100.000 recolectores informales en todo el área metropolitana (AMBA). En buena medida, esto se debió a que en los primeros meses de aquel año se sumaron varios elementos que incrementaron el valor de la basura: la devaluación de la moneda (dado que, por ejemplo, los insumos para fabricar papel tienen precio internacional), la depreciación de los salarios, el crecimiento sostenido de la desocupación y de los hogares en situaciones de pobreza e indigencia, sumados a la recesión prolongada.

En: “Los desafíos de la política”, en: IIPE / UNESCO, 2004, *El Desarrollo Humano en la Argentina del siglo XXI*, Buenos Aires, PNUD Argentina.

BIBLIOGRAFÍA

IIPE / UNESCO, 2004, *El Desarrollo Humano en la Argentina del siglo XXI*, Buenos Aires, PNUD Argentina, pp. 38 a 45 y pp. 78 a 101

Barbeito, Alberto C. y Lo Vuolo Rubén M., 1992, *La modernización excluyente. Transformación económica y Estado de Bienestar en Argentina*, Buenos Aires, UNICEF/ CIEPP/LOSADA, pp. I a III (Presentación)

Arrillaga, Hugo, Barletta, Mario y Masi, María Beatriz, 1998, *El comportamiento del mercado laboral en el interior argentino 1985 - 1997*, Buenos Aires, Universidades Nacionales de La Plata, del Litoral y de Quilmes, REUN (Red de Editoriales de Universidades Nacionales) y Página 12, pp. 14 a 24 ("Hacia una conceptualización del desempleo")

Torrado, Susana, 2004, *La herencia del ajuste. Cambios en la sociedad y la familia.*, Buenos Aires, C.I. (Capital Intelectual), pp. 11 a 14

Nun, José, 2000, *Democracia. ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, Buenos Aires, F.C.E., pp. 96 a 36 y pp. 167 a 175

Minujin Alberto, (comp.), 1997, *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF/LOSADA, pp. 7 y 8 (Presentación)

Prelorán, Mabel, 1995, *Aguantando la caída. Familias argentinas venciendo la Desocupación*, Buenos Aires, Mutantia., pp.55 - 56 y 83 a 90

Moffat, Alfredo, 1967, *Estrategias para sobrevivir en Buenos Aires*, Buenos Aires, Jorge_Álvarez S.A., pp. 49 a 65

AAVV, 1968 / 1ra. Ed. Alfa; 1974/ 4ta. Ed. Schapire Ed. S.R.L., *Se vive como se puede. Resultado de una experiencia de aplicación de la pedagogía de Paulo Freire*, Montevideo, Alfa / Schapire, pp. 91 a 100

Castoriadis, Cornelius, 2001, "¿Qué democracia?", en *Figuras de lo pensable*, Buenos Aires, F.C.E., pp. 145 a 180

Bibliografía sugerida para ahondar los marcos histórico y conceptual:

O'Donnell, Guillermo, "La propuesta de reflexión: Democracia, calidad de la Democracia y Desarrollo Humano", en O'Donnell, Guillermo, Iazeta Osvaldo, Vargas Cullel, Jorge, (Comps.), 2003, *Democracia, Desarrollo Humano y Ciudadanía. Reflexiones sobre la calidad de la democracia en América Latina*, Buenos Aires, PNUD - Homo Sapiens, pp. 23 a 147

Argumedo, Alcira, 1996, *Tendencias sobre el empleo y la distribución del ingreso*, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 214 a 219

Forrester, Viviane, 1997, *El horror económico*, Buenos Aires, F.C.E., pp. 9 a 25 y pp. 147 a 158

Libedinsky, Juana, "Es malo que continúe fracasando en América latina el capitalismo", (Hernando de Soto analiza la política), *La Nación*, 21.01.2004

Introducción	57
¿Qué se entiende por democracia?	59
Libertad, igualdad, fraternidad	61
El impacto de la desocupación	63
Habla el cine: <i>Los olvidados</i> y <i>Mundo Grúa</i>	65
Anexo	67
Lecturas destinada al docente	
"Democracia. ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?" de J. Nun	67
"¿Qué democracia?" de C. Castoriadis	87
"Hacia una conceptualización del desempleo", de Arrillaga, Barletta y Massi	89
"Los desafíos de la política" en: IIPE / UNESCO 2004	98

Copenhagen, 1941

Ciencia y Ética

Introducción

Las lecturas reunidas en este cuaderno de trabajo giran alrededor de un problema común: la relación entre ciencia y sociedad. Como se señala en la introducción para el alumno, el propósito general que orienta el planteo es proponer una reflexión sobre el impacto social de la investigación científica y la forma en que ésta afecta nuestra conciencia y nuestra historia.

El tema específico en torno del cual se han seleccionado los textos es el de la investigación en energía nuclear, y para su tratamiento se adoptó un enfoque histórico. Hemos elegido este tema porque permite abordar una serie de cuestiones derivadas de la revolución del conocimiento producida por las nuevas teorías de la física moderna, pero sobre todo porque pone en primer plano un conjunto de problemas éticos que debe enfrentar el hombre de ciencia en el comienzo de la era atómica, que -como sabemos- inaugura una nueva etapa en la conciencia de la humanidad. Estos son los ejes fundamentales que estructuran los dos primeros recorridos. Asimismo, como se verá en el tercer recorrido, la cuestión de la investigación y desarrollo de la energía nuclear ha sido y es un punto sensible en el terreno político nacional e internacional, que suscita controversias y tensiones de toda clase.

La perspectiva histórica adoptada para el abordaje de estos temas facilita la recuperación de saberes provenientes de distintas disciplinas, ya que la puesta en contexto de las lecturas exige un conocimiento de las circunstancias históricas y políticas en las que se enmarcan los episodios analizados, que se remontan a la Segunda Guerra Mundial y la posguerra, y cuyas consecuencias se proyectan sobre la actualidad. Por otra parte, dado que el objeto de discusión se relaciona con el campo científico, en algunos casos también será necesario apelar a conocimientos de la física para comprender cabalmente los problemas planteados en los textos.

A lo largo del recorrido se proponen actividades de lectura tendientes a llevar a cabo distintos tipos de operaciones fundamentales para el desarrollo del pensamiento crítico, tales como la búsqueda, selección y jerarquización de información; la elaboración de inferencias y el establecimiento de relaciones intertextuales.

Por su parte, las tareas de producción escrita tienen como finalidad fundamental aprovechar el enorme potencial de la escritura como instrumento de aprendizaje, ya que, como señala Maite Alvarado, *"la escritura promueve procesos de objetivación y distanciamiento respecto del propio discurso. [esto] permite una revisión crítica de las propias ideas y su transformación. Por eso se ha caracterizado a la escritura como herramienta intelectual y se ha insistido en la incidencia que su interiorización tiene en la transformación de los procesos de pensamiento"*¹. Por esta razón, las consignas de escritura funcionan, en general, en las secuencias, como actividades de integración de los saberes elaborados en el curso de las lecturas y de los debates grupales.

¹ Alvarado, Maite; "La resolución de problemas", *Propuesta Educativa* N° 26, Buenos Aires, FLACSO-Ediciones Novedades Educativas, Año 2003.

Sociedad, Ciencia y Cultura Contemporánea

En suma, **el principal objetivo que guía el trabajo en su conjunto es afianzar las habilidades de lectura crítica, alentar a los estudiantes a recurrir a la escritura como herramienta de investigación y aprendizaje y, sobre todo, estimular el interés por el conocimiento.** En este sentido, esperamos que no solo las actividades propuestas sino en particular el tema elegido, que centra su atención en la figura paradigmática del científico y su práctica, resulten especialmente motivadores para los estudiantes.

La ciencia y los problemas del hombre

Este fragmento corresponde a una versión abreviada de un texto incluido en *Scientific Research and Social Goals. Contribution to a New Development Model*, editada por el español Federico Mayor, ex Director General Adjunto de la Unesco (Pergamon Press, Oxford y Unesco, 1982). Se publicó originariamente como anticipo en *El Correo de la Unesco* en su edición de febrero de 1982. Este fragmento es interesante, por un lado, porque permite contrastar la imagen de la tarea del científico que habitualmente tiene la sociedad con la que describen “desde adentro” dos hombres de ciencia y, por otro, por su análisis de la tensión que resulta de una demanda social fundada sobre esta imagen “distorsionada” de la ciencia, característica de la “doxa” o sentido común.

Luego de una primera lectura, se sugiere plantear la discusión en forma grupal con el objetivo de confrontar estos puntos de vista y anticipar que en el curso se trabajará sobre estas tensiones.

A continuación, incluimos el artículo completo:

¿Qué ciencia para el futuro?

La investigación y las necesidades humanas

por **André Danzin e Ilya Prigogine**

La investigación científica es fruto de una necesidad específica y fundamental del espíritu humano: la necesidad de comprender, de discernir, de conocer. Nuestros antepasados más remotos ya sintieron ese llamado que ha seguido inspirando a los hombres hasta nuestros días. La investigación es exploración de lo desconocido, y por ello el hombre de ciencia vive dispuesto a aceptar la irrupción de lo inesperado. El sabe que sus teorías y experimentos pueden desembocar en resultados que rebasen sus propias expectativas y que contradigan, incluso, las hipótesis que él elaborara y por las cuales rigiera su investigación. El científico está dispuesto a tener que modificar profundamente la representación anticipada que el modelo, fruto de su mente, había creado.

Hay en el quehacer científico un rigor lógico esencial, pero su resultado, como el de todo proyecto humano, está revestido de irracionalidad. El resultado de la investigación suele estar lejos de lo que se buscaba, y en la mayoría de los casos es, por sus múltiples consecuencias, mucho más importante de lo que pudieron prever los investigadores. Mutilación grave, y a veces mortal para la fecundidad de la ciencia, sería el olvido de este carácter imprevisible e irracional de la investigación, así como toda limitación de la libertad del investigador, aunque se quisiera justificarla por un propósito de marchar sin rodeos hacia determinados objetivos.

El gran público ve las cosas de una manera muy diferente. Existe la creencia popular de que la ciencia y su aplicación constituyen la expresión más acabada de la racionalidad. El hombre llega a la luna, se adentra en el cosmos, se sumerge en el fondo de los océanos, erradica las enfermedades, realiza injertos de órganos, se comunica a distancia, logra desplazarse más rápidamente que el sonido y dominar el fuego nuclear. Gracias a la ciencia, esa soberana, el hombre se convierte en un ser todopoderoso. Quienes jamás han tomado contacto directo con la práctica de la investigación científica suelen expresar una misma opinión: “Si la investigación científica estuviera bien orientada y fuera libre de los objetivos que hoy la desvían, como la producción de armamentos y el servicio de intereses utilitarios, podría proporcionar a los hombres las respuestas que requieren para satisfacer sus necesidades”.

La humanidad se halla ante la necesidad de dar con las soluciones para algunos grandes problemas que se derivan de su actual estado de desarrollo. El desafío tiene ribetes patéticos: ¿cómo dar satisfacción a la confiada esperanza que emana de la idea de la supuesta racionalidad de la ciencia, cuando la esencia misma del progreso científico es detectar lo inesperado, provocar lo aleatorio?

El problema se embrolla aún más cuando intentamos determinar qué entendemos por necesidades humanas. Según sea la situación geográfica y el grado de desarrollo de las diversas sociedades, esas necesidades varían extraordinariamente. En medio de la complejidad de las situaciones, es imposible dar con una definición precisa de lo que hoy entenderíamos ser útil para la humanidad. Más que un ser de necesidades, el hombre es por naturaleza un ser de deseos al que le basta con saciarse para sentir que lo obtenido ya no es suficiente. En su afán de sentirse mejor el hombre desea siempre más.

El comportamiento del hombre no escapa a la ley, válida también para la física y la biología, según la cual el movimiento es necesario para que haya equilibrio. El hombre nació para evolucionar, y esa evolución le plantea a cada momento nuevos problemas, fruto de las soluciones halladas para los problemas precedentes. La imposibilidad de proponer hoy día algunos modelos de desarrollo que desempeñen el papel de proyectos movilizadores no sólo se debe a la complejidad y diversidad de las realidades de cada región sino también, muy especialmente, a la mutabilidad de las cosas en virtud de la cual lo que hoy puede parecernos conveniente dejará de serlo dentro de poco tiempo. ¿Cómo, entonces, elaborar una política científica coherente frente a un horizonte tan difícil de definir y cuyos cambios son constantes?

Estas reflexiones parecen contradecir el sentido común, ya que la ciencia, especialmente con el desarrollo de las nuevas técnicas, ha dado pruebas de su poderío. El desarrollo técnico ha contribuido a cambiar el mundo y es, desde el siglo pasado, el factor principal de los cambios de la economía, las costumbres y las ideas. No es fácil aceptar que esta fuerza no pueda ser dirigida y que sólo nos

quepa someternos a ella, tanto más cuanto que ciertas necesidades y problemas humanos de tanta urgencia como la escasez de recursos energéticos y alimenticios o la educación de las masas analfabetas reclaman prioritariamente su aprovechamiento.

Si queremos proseguir nuestro análisis sin cometer los errores a que podría inducirnos una falsa apreciación de las cosas, debemos detenernos a reflexionar sobre el concepto mismo de evolución. Cuando un fenómeno se caracteriza -como sucede con las sociedades humanas- por su gran complejidad, hallándose además sometido a fuerzas que lo impulsan al cambio, su trayectoria evolutiva presenta períodos de continuidad, interrumpidos por bifurcaciones. Cuando se llega a un punto de bifurcación en que son posibles varias soluciones, basta que un pequeño fenómeno denominado “fluctuación” tenga lugar para que una de las posibles evoluciones adquiera preferencia. Esta pasa entonces a imponerse en forma irreversible, henchida de su triunfo, hasta alcanzar un nuevo punto de inadaptación.

Actualmente, en las postrimerías del siglo XX, predomina el convencimiento de que nos aproximamos a una serie de puntos de bifurcación, sin que seamos capaces de imaginar las nuevas trayectorias de evolución hacia las cuales nos dirigimos. En cada una de las situaciones regionales se advierte el desequilibrio, la proximidad de un vuelco. El mundo desarrollado teme la crisis económica, la inflación, la desocupación y la escasez de recursos energéticos; los países productores de petróleo comprueban la futilidad de una riqueza aparente que no saben dónde reinvertir y cuyo futuro no se halla, en ningún caso, garantizado. Para China es indispensable incrementar su ingreso medio por persona, pero cada año son diez millones de nuevas bocas que alimentar las que se agregan a sus necesidades y diez millones de jóvenes los que buscan trabajo. La situación de las regiones en que impera un profundo subdesarrollo es aún más inquietante.

Más que técnica, la naturaleza de estos problemas es moral y política. La investigación científica no tiene para ellos respuestas directas. Sin embargo hay dos vías indirectas, pero fundamentales, por las cuales la investigación científica puede ejercer una acción ante esos problemas: contribuyendo a la modificación del medio y actuando como causa de fluctuación.

A lo largo del tiempo, la técnica ha desempeñado siempre un papel modificador en relación con el medio. Las sociedades del neolítico, las de la edad del bronce, las de la edad del hierro y las oleadas que las sucedieron en la evolución humana no surgieron simultáneamente en todas las regiones. China, Egipto, Mesopotamia, Grecia y, más recientemente, Europa ocuparon, sucesivamente, el lugar de precursores. Pero la técnica se propagó -o, mejor dicho, fue redescubierta en forma más tardía por grupos aislados- siguiendo una secuencia de progreso bastante similar en una y otra parte. Y es notable que en cada región alcanzada por esa evolución la organización social se reprodujera, como si a determinado nivel de capacidad de su instrumental correspondiera una respuesta particular en cuanto a

la estructura humana. La sociedad del neolítico, cuyo grado de jerarquización era probablemente escaso, fue sustituida por una organización de poder mucho más rígida -la de la edad del bronce-, cuyas grandes realizaciones tuvieron casi siempre por base la esclavitud. El desarrollo de la edad del hierro coincide con una transición hacia estructuras feudales. Más adelante, al estimular el intercambio comercial y el espíritu de empresa, la industrialización dará paso a nuevas concepciones sobre el ejercicio de la democracia.

Es claro que por sí sola la técnica no modifica el medio. La interacción entre las ideas filosóficas y las nuevas aplicaciones de la técnica genera un cierto fenómeno de auto-organización. ¿Qué precede a qué? ¿Acaso unas pueden ser consideradas fuente de las otras? Estos interrogantes equivalen a la cuestión de la gallina y el huevo, pues en realidad se trata de una serie ininterrumpida de acciones y reacciones. Cuanto más favorables para el surgimiento de nuevos instrumentos sean la organización política y las costumbres, mayor será el progreso de aquéllos. Y en la misma medida en que tenga éxito, ese progreso reforzará las ideas matrices que rijan la organización social. Así será hasta alcanzar un nivel en que los resultados obtenidos lleguen a ser excesivos. Surgirán entonces las inadaptaciones: se habrá alcanzado el punto del vuelco. El principal factor determinante de la evolución del medio es la expansión de los conocimientos. Progresivamente, la humanidad acumula información, conocimientos, con lo cual amplía su capacidad de acción sobre la naturaleza y su capacidad de reflexionar acerca de sí misma. Parece como si el poder humano sobre la naturaleza no tuviera límites. Se crea así el “reino maquinal”, que va desplazando a los reinos mineral, vegetal y animal, con los cuales existían relaciones de simbiosis. El crecimiento va acompañado de una gran complejidad en el desarrollo de los conocimientos, que se convierte en obstáculo para la reflexión del hombre acerca de sí mismo. Esa complejidad hace que crezcan los vínculos de interdependencia, hasta un punto en que ninguna de las partes de los sistemas económicos y sociales puede ya ser considerada en sí misma, separada del todo.

Nuestra época parece caracterizarse por un fenómeno antes desconocido: la irrupción en la sociedad, a un alto nivel, de la investigación científica y técnica. La novedad no reside en la naturaleza misma del fenómeno, sino en su amplitud. Hombres de ciencia abocados al estudio de la física y las matemáticas como Pitágoras, Pascal, Leibniz o Newton desempeñaron un papel destacado en el avance de las ideas de su tiempo, sin temor a ser, ante todo, filósofos. Sus trabajos científicos y sus pensamientos acerca de la humanidad se fecundaban mutuamente, siendo difícil llegar a determinar si unos u otros eran más importantes. Pero las personas dotadas de tal vocación eran la excepción. Cientos de miles de científicos de alto nivel pueblan hoy los laboratorios del mundo industrializado y la cifra se eleva a millones si contamos a los técnicos y auxiliares administrativos. Como consecuencia de este esfuerzo, que se advierte plenamente desde fines de los años 50, vemos surgir fuentes nuevas de conocimientos llamadas a modificar profundamente el medio económico y social.

Es curioso que en el preciso momento en que adquieren de hecho este estatuto de fuerza principal de la evolución, los hombres de ciencia procuren atrincherarse dentro de sus especialidades y renieguen de su aportación filosófica. En lugar de reconocer que el esfuerzo del hombre tiene carácter global y que existe un principio fundamental según el cual la parte es inseparable del todo, la mayoría de los científicos tienden a limitar sus esfuerzos a sectores técnicos estrechos, y lo hacen pretextando que sólo gracias a esa concentración puede garantizarse el respeto de la objetividad.

Abundan los indicios anunciadores de que en los próximos años vamos a presenciar cambios que superarán esta situación de aislamiento. Con el aumento de los conocimientos, la metamorfosis de la ciencia deberá hacer posible nuevamente el tránsito de una especialidad a otra y, en especial, una interpretación coherente de las leyes de la física y la biología y de los valores de la cultura. Al dejar de ser puramente técnico, el mensaje incluirá al hombre en todas sus dimensiones, en su necesidad de cohesión social y su aspiración a la libertad individual.

Una política científica que siga esas nuevas direcciones habrá de tener un efecto modificador poderoso y probablemente beneficioso sobre el medio en que el hombre desarrolla su actividad. Bien aplicada, esa política contribuiría a hacer plena claridad sobre los problemas del hombre de hoy y de mañana y permitiría aprehender sus verdaderas necesidades, separándolas de la ganga ideológica y afectiva que suele deformar su percepción. Una alianza entre investigación científica y sociedad podría, de este modo, preparar el terreno para el advenimiento de una nueva civilización que está todavía por descubrir, reconciliando la técnica y la cultura y suscitando ese nuevo despertar espiritual que reclaman los observadores contemporáneos. No cabe escatimar ningún esfuerzo cuando se trata de reconciliar las ciencias naturales con los interrogantes que el hombre se formula acerca de las razones de su propia existencia. Ya asoman las formas concretas que va adoptando esta mutación: movilidad de los hombres, transversalidad de las técnicas, interpenetración de las ciencias humanas y físicas, aumento de las posibilidades de formación e información, reforma de la educación.

Pero la evolución del medio no basta por sí sola para predeterminar la evolución, pues se requiere, además, un acontecimiento desencadenante, una fluctuación, que proponga, entre varias soluciones posibles, aquella que deba ser sometida a prueba. La fluctuación determina así el carácter del cambio de fase y suscita su desarrollo.

Desde el pasado más remoto abundan los ejemplos de tales factores de mutación: la conquista del fuego, la invención del lenguaje articulado, el uso de la rueda, la fijación de la forma mediante la cerámica, el dominio de los metales y, más recientemente, el perfeccionamiento del antepecho que permite aprovechar la fuerza del caballo, la invención de la pólvora, de la imprenta o de la brújula. Todos estos hechos parecían al comienzo simples accidentes a los que probablemente se dis-

pensaba escasa atención. Pero, una vez adaptados al medio, se convirtieron en poderosos fermentos para la transformación de las sociedades humanas.

Tampoco podía imaginar Pasteur que sus descubrimientos acerca de los microorganismos y la vacuna servirían para crear una nueva relación entre la vida y la muerte, hasta el punto de dar lugar a los problemas enormes que hoy plantea el crecimiento demográfico. Los ingenieros que construyeron los primeros motores termodinámicos tampoco tenían conciencia de estar participando en el alumbramiento de una civilización de la ubicuidad, que habría de prolongarse a través de la conquista del aire y del espacio. Hoy asistimos a la revolución tecnológica de la informática, cuyas innovaciones alteran profundamente las condiciones del intercambio de conocimientos y afectan directamente a los mecanismos que rigen el funcionamiento de nuestra cultura.

No parece probable que el hombre pueda llegar un día a ejercer su dominio sobre los resultados profundos de esas mutaciones, pero al menos ha logrado ya comprender el proceso de la evolución. Gracias a ello puede actuar sobre ese proceso y controlar sus fluctuaciones contribuyendo a suprimirlas, si las considera negativas, o ayudando a su desarrollo, si parecen responder a una necesidad. Esta “planificación mediante la acción sobre las fluctuaciones” exige reflexionar sobre la libertad de los agentes sociales. Vivimos un período de incertidumbre acerca de cuáles serán las soluciones del porvenir, un período en el que lo único de que podemos estar seguros es de que las cosas no pueden seguir su rumbo actual y que hemos de aceptar como inevitable el advenimiento de una bifurcación. En consecuencia, es necesario que permitamos a los factores de desviación manifestarse plenamente para que así participen en el proceso de “ensayo-selección”, el único capaz de conducir a una decisión. Desde luego, se puede llevar “la imaginación al poder” a través de estructuras económico-sociales que den cabida a la inventiva, pero es también posible escoger ciertos terrenos en los que quepa esperar los resultados más positivos. Se podría, por ejemplo, obtener una positiva transformación de la agricultura de los países tropicales si se consiguiera que microorganismos capaces de captar el nitrógeno se fijaran en las raíces de los cereales que se cultivan en esas zonas. Para ello se requiere un esfuerzo especial de investigación en el plano de las ciencias biológicas. La “acción sobre las fluctuaciones” requiere una política de prioridades que dé a la vez facilidades para que lo inesperado se manifieste y para que sus aplicaciones se desarrollen. Un hecho que en parte se debió al azar, el descubrimiento de la penicilina, ha tenido una importancia mayor que todas las investigaciones sobre la quimioterapia realizadas hasta esa época.

Aunque reconozcamos la importancia que tendría para el progreso una elevación del nivel de educación científica y técnica de los grandes conglomerados humanos, no podemos caer en la ingenuidad de suponer que los graves y variados problemas con que hoy se enfrenta la humanidad quedarían con ello resueltos. La

técnica actualmente disponible corresponde a situaciones particulares, efímeras y contingentes, relativas a determinadas situaciones geográficas y políticas.

El modelo de las sociedades occidentales, con su exigencia de consumo excesivo de energía y de materias primas escasas, no puede extenderse al resto del mundo. El elevado índice de mecanización de las sociedades occidentales no corresponde a la situación de los países en vías de desarrollo, los cuales disponen de una mano de obra que crece sin cesar. Las técnicas agropecuarias corresponden a zonas de climas templados, en las cuales las tierras cultivables se hallan consolidadas, libres de sequías y erosiones extremas. Sus altos rendimientos son posibles únicamente gracias a los fertilizantes y pesticidas, al trabajo mecanizado y al sistema de riego, factores en los que en conjunto se emplean muchas más calorías de las que se obtienen como resultado, en forma de alimentos, por fijación del carbono de fotosíntesis. Lo que se obtiene viene a ser energía solar al revés. Soluciones de este tipo no pueden ser generalizadas geográficamente ni pueden tampoco ser duraderas en el ámbito local.

Podríamos agregar múltiples ejemplos: si las medidas y técnicas de salud permiten una prolongación considerable de la vida humana y reducen casi a la nada la mortalidad perinatal, los problemas económicos derivados de la sobrepoblación se tornarán tarde o temprano insolubles, a no ser que el progreso vaya acompañado por una fuerte disminución de la natalidad; el asunto se planteará entonces en los planos de la moral y de las costumbres.

Por desgracia, está muy extendida la creencia burda de que para solucionar los problemas bastaría con echar mano a la abundante reserva de conocimientos disponibles. Lo que, por el contrario, necesitamos es ampliar los medios para la investigación básica y orientarlos hacia terrenos verosímilmente útiles para la solución de algunas situaciones críticas de subdesarrollo. Hasta ahora la ciencia del Norte ha tomado muy poco en cuenta esas particularidades que han sido expuestas por el Sur y sus investigadores. Y a menudo los investigadores del Sur -excelentes por sus cualidades, pero poco numerosos-, al verse arrastrados a incorporarse a la ciencia de los países industrializados, tampoco han concentrado sus trabajos en los asuntos propios de sus zonas geográficas.

Copenhague, 1941: ciencia y ética

Las lecturas propuestas para este capítulo y el siguiente -que conforman una unidad temática- plantean el problema de la responsabilidad moral del hombre de ciencia, y para ello se tomó como tema de discusión el desarrollo de las armas nucleares. El texto principal en torno del cual giran las actividades de estos dos recorridos es *Copenhagen*, la obra teatral de Michael Frayn estrenada en Londres en 1998 y en Buenos Aires en 2002. El trabajo está planteado en dos momentos: en el primero, la atención se centra sobre las cuestiones científicas vinculadas con la aplicación de la energía atómica a la fabricación de las primeras bombas nucleares, lo que da paso a un trabajo sobre la explicación científica. En un segundo momento, el trabajo se focaliza sobre el debate de cuestiones éticas, lo que permite introducir actividades relacionadas con la argumentación.

La presentación de esta obra generó una polémica muy intensa entre los historiadores de la ciencia en Europa y Estados Unidos, que dio lugar a una gran cantidad de publicaciones y hasta simposios dedicados a esta controversia. Un buen resumen de la situación puede encontrarse en el artículo de Alejandro Piscitelli que se reproduce parcialmente aquí:

3. La ambigüedad intrínseca e inextricable de Heisenberg

Antes de la Segunda Guerra Mundial, en la década de 1920, Heisenberg y Bohr transformaron la física atómica con sus trabajos sobre mecánica cuántica y el principio de incertidumbre. Nadie sabe hasta hoy por qué Heisenberg viajó a Copenhague (entonces ocupada por los nazis) en septiembre de 1941 y visitó a su amigo y maestro, Niels Bohr. Nadie sabe tampoco qué se dijeron.

La incógnita sobre los móviles de Heisenberg -si es que con esa visita intentó extraer información a Bohr sobre los planes aliados acerca de la bomba o si, por el contrario, trató de ganar tiempo y evitar el desarrollo de armas nucleares en su propio país- sigue en pie y ha sido tema de diversos libros, entre ellos *Heisenberg's War* (La guerra de Heisenberg) de Thomas Powers (2000) -en donde Heisenberg, a diferencia de la obra de Frayn, es exonerado de toda duda respecto de su voluntad de construir una bomba atómica- y *Heisenberg and the Nazi Atomic Bomb Project: A Study In German Culture* (Heisenberg y el proyecto alemán de la bomba atómica: un análisis de la cultura alemana), de Paul Lawrence Rose (2001) -que execra a Heisenberg por su desconocimiento técnico pero es racista e ignora todas las sutilezas acerca de la doble moral del personaje (ambigüedad) tan bien explorada en la obra de teatro de Frayn.



No hace mucho, como resultado directo del estreno de *Copenhagen*, la vieja controversia inundó las páginas de algunos suplementos literarios como el *New York Review of Books* y el del *Los Angeles Times* y dio origen a muchos simposios internacionales donde la discusión prosigue.

En el mes de febrero pasado, el Archivo Niels Bohr de Dinamarca decidió dar a publicidad una carta que hasta hoy se mantuvo en secreto, en la cual Bohr escribe a Heisenberg sobre su encuentro de 1941. En esa carta, Bohr acusa a Heisenberg de haber adoptado una actitud engañosa después de la Segunda Guerra diciendo que había socavado el proyecto alemán para el desarrollo de la bomba atómica. En esa carta de 1957, Bohr dice que, según sus recuerdos de la entrevista de 1941, Heisenberg no había albergado tantas dudas sobre la construcción de una bomba en ese momento.

Pero esa carta no fue enviada nunca. Oculta a los ojos de científicos, historiadores y artistas desde la muerte de Bohr en 1962, su contenido fue un misterio durante años. Se había programado su publicación para 2012, pero hace poco apareció en Internet *con el fin de responder a las inquietudes despertadas hoy por la obra teatral Copenhague y evitar especulaciones que no corresponden*, dice en la presentación Finn Aaserud, del Archivo Niels Bohr.

[...]

4. Historia y política... de las emociones

En un primer o segundo o tercer borrador, (como muestra la propia pieza de teatro) la obra trata sobre algunos de los tantos planos en los que tuvo lugar el encuentro que se produjo en Copenhague, en 1941, en plena Segunda Guerra Mundial, entre el físico danés Niels Bohr y el alemán Werner Heisenberg. El primero había sentado en 1913 las bases de la descripción cuántica de los átomos, proponiendo el llamado modelo de Bohr. El segundo había publicado en 1925 un trabajo considerado fundacional de la mecánica cuántica.

Por muchos años, los historiadores y los científicos discutieron sobre las actividades de Heisenberg durante el nazismo, habida cuenta de que permaneció toda la guerra en Alemania, transitó los corredores del poder y dirigió un grupo de investigación que estudiaba problemas que podían tener que ver tanto con el desarrollo de reactores nucleares como con el de armas “atómicas”.



Niels Bohr y Werner Heisenberg: dos de los físicos teóricos más grandes del mundo.

También se discutió interminablemente -dando lugar a esos libros de centenares de páginas- el verdadero motivo de la visita de Heisenberg a Bohr en 1941: ¿Se trataba simplemente de ver y hablar con el maestro? ¿O Heisenberg buscaba la colaboración de Bohr en proyectos armamentísticos? Apoyado en muchos trabajos escritos sobre el asunto, el autor inglés Michael Frayn construyó una visión incierta del encuentro. Comenta Frayn que así como Tucídides no puede reproducir con precisión absoluta todos los discursos de quienes hace hablar en su fa-

Copenhague, 1941: ciencia y ética

mosa *Historia de la Guerra del Peloponeso*, nunca podrá tenerse precisión absoluta al pretender relatar la historia del encuentro entre Bohr y Heisenberg, sobre todo porque todo lo que atañe a este último está empapado de incerteza.

Y aquí las cosas -insinuando esa epistemología de las intenciones que será finalmente la marca en el orillo de Frayn- se pone más que interesante.

En 1927 Heisenberg introdujo un principio que hoy llamamos justamente principio de incertidumbre, que sostiene la imposibilidad de medir con precisión absoluta partes relevantes de cantidades físicas. Esto causó una conmoción tal en los fundamentos de la física (considerada por muchos como la ciencia de la medida) que hoy llamamos física clásica a toda aquella que ignora el principio de Heisenberg. Como ejemplo, la mecánica newtoniana o la relativista son construcciones clásicas que deben reemplazarse por sus versiones cuánticas cuando se estudian fenómenos en ciertas escalas.

Si bien es muy simple explicar el principio de incertidumbre a quienes cuentan con las herramientas físicas y matemáticas adecuadas, las dificultades se hacen insalvables cuando se trata de divulgarlo entre los legos. El principio de incertidumbre se vuelve entonces oscuro, casi tan oscuro como un agujero negro y quizás por ello la palabra incertidumbre proveyó un título atractivo a la mejor biografía que se escribió hasta ahora sobre Heisenberg (**David Cassidy**, *Uncertainty: The Life and Science of Werner Heisenberg*, W.H. Freeman & Co, 1993) probablemente un poco ingenuo respecto de las posturas reales de Heisenberg en relación a la construcción de una bomba atómica. [...]

Las preguntas vuelven con insistencia: ¿qué ocurrió en aquella reunión en Copenhague? ¿De qué hablaron? ¿Heisenberg quiso obtener información sobre un plan nuclear aliado? ¿Cómo reaccionó Bohr? Los enigmas, aún irresueltos, son extraordinarios temas para la ficción y Michael Frayn, inspirado en la investigación de **Thomas Powers**, los llevó a escena.

Esta nota fue publicada originalmente en el INTERLINK HEADLINE NEWS No. 2684/6 ISSN 1514-349X del jueves 6 de junio de 2002 al sábado 8 de Junio bajo el título *Esa noche de septiembre (¿o era octubre?) de 1941*. disponible en www.ilhn.com/filosofitis/ensayitis/archives/000495.php

Sociedad, Ciencia y Cultura Contemporánea

Antes de entrar en el tema, es conveniente recuperar los conocimientos previos sobre el contexto histórico en el que se desarrolla el episodio representado en *Copenhague*. Para eso, en el cuaderno del alumno se incluye una brevísima descripción de la situación europea en 1941 que es conveniente ampliar en forma oral con los estudiantes.

¿Qué sucedió en Copenhague?

Para completar la contextualización se propone la lectura del programa que acompañó la puesta en escena de la obra en el teatro General San Martín (que el docente puede ampliar, a su vez, con la información que ofrece la nota de Piscitelli reproducida más arriba).

Las preguntas que se plantean tras la lectura grupal del texto tienden a identificar la información fáctica necesaria para comprender el conflicto representado en *Copenhague* y también para inducir a los estudiantes a interpretar la dimensión del problema tratado. A esto apunta la pregunta que requiere de los alumnos una inferencia que les permita captar la fuerza argumentativa del razonamiento de Einstein (*Si hay una tercera guerra mundial, llevará a la destrucción total de la humanidad*).

Las preguntas de la ciencia

Además del contexto histórico, para comprender lo que sucede en *Copenhague*, es conveniente tener información acerca de la cuestión científica que estaba en juego en esa circunstancia particular. Por eso, la primera parte del trabajo se centra, justamente, en la explicación de algunos de los problemas que la física atómica tuvo que resolver para poder llegar a la fabricación de las bombas nucleares. El artículo “Del átomo a la bomba” aporta la información necesaria. Antes de la lectura de este texto, se sugiere hacer una lectura grupal en clase del glosario que se incluye al final del artículo para recuperar conocimientos que los alumnos han trabajado en el curso de física: nociones como *átomo*, *protón*, *electrón*, *neutrón*, son indispensables para entender el proceso de fisión nuclear en el que se basa la primera bomba atómica.

Sin embargo, es importante subrayar que el eje de este trabajo no está centrado en “enseñar” conceptos de física atómica, sino en reflexionar -una vez más- sobre el trabajo del científico (y en este caso, la física ha sido históricamente el modelo de ciencia por antonomasia), entender qué función cumplen las preguntas que se plantea acerca de fenómenos observables y cómo esta actitud de “curiosidad” frente al mundo (que Einstein caracteriza como “esfuerzos por comprender el universo cognoscible mediante el pensamiento lógico constructivo”) es el motor fundamental para el avance del conocimiento.

El título de este párrafo -que tiene su correlato más adelante, en el siguiente recorrido, en el párrafo titulado “Las otras preguntas”- se justifica en la distinción subyacente entre preguntas orientadas a producir una explicación y preguntas orientadas a desencadenar una argumentación. En este caso, las preguntas de la ciencia apuntan a resolver un problema de orden fáctico (por ejemplo, ¿Cómo se produce la fisión nuclear? ¿Cómo

Copenhague, 1941: ciencia y ética

es posible que la luz se comporte como onda y como partícula la vez?), señalando las causas que ayudan a comprender estos fenómenos. En cambio, las preguntas argumentativas ("las otras preguntas" a las que alude el título citado) tienen por objeto cuestiones de orden moral, relativas a la razón práctica (por ejemplo, ¿Debe el científico subordinarse al poder político? ¿El patriotismo justifica la colaboración con un régimen criminal?). Las respuestas a este tipo de preguntas no describen hechos sino que producen juicios de valor que, para ser aceptados, deben fundarse en argumentos.

La explicación científica

Desde el punto de vista discursivo, este es un texto en el que predomina el tipo explicativo, lo que permite focalizar la atención sobre procedimientos característicos de esta clase textual, como son la reformulación y la definición.

Cómo señalamos más arriba, la estructura de la explicación puede describirse, en términos dialógicos, como la articulación de una pregunta-problema y una respuesta que presenta ordenadamente una serie de datos que permiten comprender ese problema. Esta manera de concebir la explicación se adecua bastante bien a las intuiciones que tiene todo hablante acerca de lo que significa explicar. Por eso, antes de resolver la actividad que se plantea en este apartado, es conveniente indagar, en una discusión grupal, qué entienden los alumnos por "explicar", en qué contextos se emplean explicaciones (en la escuela, en los textos científicos o escolares, los manuales de uso de algunos artefactos, etc.), con qué finalidad (para saber, para comprender algún fenómeno), qué características tiene el lenguaje que usamos para explicar (debe evitar la ambigüedad, usar términos específicos de una disciplina -en el caso de la explicación científica-, y debe cooperar con el destinatario de la explicación a través de comparaciones, ejemplos, definiciones, reformulaciones).

Una vez establecida la forma típica de la explicación, se les propondrá la consigna de identificación de problemas. El primero de ellos, por ejemplo, podría plantearse de la siguiente manera: *¿Cómo es posible que la luz se comporte como onda y como partícula al mismo tiempo?* Y la respuesta a esta pregunta-problema es la explicación siguiente: *Se comporta a la vez como onda y como partícula porque su energía está "cuantificada", es decir, está almacenada en "paquetes" o "cuantos".* Otros problemas que encuentran explicación en el artículo de Paz son: *¿Cómo está compuesto el átomo?* , *¿Qué es un isótopo?*, *¿Cómo se produce la fisión?*

La definición

Para la resolución de esta consigna es conveniente, primero, discutir grupalmente las características genéricas de la definición y sugerirles que busquen en el texto las distintas menciones del concepto a definir. La primera ocurrencia se da en el contexto de una reformulación: *"la masa de U-235 necesaria para producir una reacción nuclear autosostenida. Llega a un resultado sorprendente: la masa crítica..."* que, indirectamente, la define a través de la equivalencia entre las frases *"masa necesaria"* y *"masa crítica"*.

Escritura: la explicación paso a paso

El objetivo de esta consigna de escritura es sintetizar, por un lado, la información que han leído acerca del proceso de fisión y, por otro, producir una explicación que se adecue a las características formales de este tipo textual: estructura pregunta respuesta, exposición ordenada de datos, lenguaje preciso, inclusión de definiciones. La imagen, junto con la lista ordenada de los pasos que componen el proceso, sirven de apoyo para organizar la explicación.

Una vez que los alumnos han producido sus escritos, es aconsejable sugerirles que los lean en grupos (de tres o cuatro) con la consigna de evaluar la eficacia de los textos para hacer comprender el problema.

Tras el trabajo de los pequeños grupos de lectura, el conjunto de los alumnos comentará las evaluaciones que deben fundarse en los rasgos reconocibles en los textos producidos por los estudiantes: organización lógica, progresión de la información, uso de lenguaje preciso, claridad en las definiciones.

La responsabilidad moral del científico

El título de este recorrido alude a un artículo de Albert Einstein que se reproduce más adelante y que sintetiza el conflicto que plantea *Copenhague*. En este primer apartado se reproduce un extenso fragmento de la obra en el que sus tres personajes regresan una y otra vez a lo que sucedió aquella noche en Copenhague para desentrañar el sentido de ese encuentro. Es importante señalar que *Copenhague* no es una obra de estética “realista”, no se representa lo que sucedió históricamente sino lo que pudo haber sucedido. Todo está jugado en un plano puramente imaginario, de ahí los anacronismos permanentes, ese ida y vuelta entre pasado, presente y futuro que les permite “ver” la cuestión desde distintas perspectivas. El verdadero escenario en el que se desarrolla la acción es la memoria de los personajes, no una circunstancia histórica (ver la interpretación que propone Piscitelli en el artículo citado al comienzo de este cuaderno). Antes de comenzar la lectura, es conveniente insistir en estos rasgos de la obra para facilitar su comprensión.

Informar, sugerir, interpretar

Como en todo texto literario, en este diálogo lo no dicho es tanto o más importante que lo que se manifiesta. Por eso, las preguntas planteadas tras la lectura del texto apuntan a explicitar la información presupuesta para facilitar la comprensión global del texto. Antes de responderlas, es conveniente recordar la situación en la que se encuentran los personajes (las circunstancias de la guerra los ubica en campos enemigos) que justifican los temores y la desconfianza entre ellos.

El dilema de Heisenberg

Para comprender la situación en la que se encuentra Heisenberg es importante tener en cuenta los valores que están en juego en esta disyuntiva: el respeto por la vida humana como bien supremo, por un lado, y el deber de ciudadano hacia la patria. Una buena manera de entrar en la discusión es, justamente, proponerles a los estudiantes que hagan una caracterización del personaje desde el punto de vista de sus creencias, de sus valores, para poder situarlo en el dilema que debe enfrentar.

Otra vía para analizar la cuestión consiste en sugerirles a los alumnos que formulen explícitamente las hipótesis acerca de las vías de acción que se le plantean a Heisenberg (hacer avanzar o frenar el desarrollo de la bomba) y sus posibles consecuencias, por ejemplo, *si Alemania consigue desarrollar la bomba atómica antes que los aliados, se le estará proporcionando una arma de un terrible poder destructivo a un genocida demente como Hitler, entonces el riesgo para la humanidad será imposible de calcular, pero si los aliados la consiguen antes que Alemania, la usarán para atacarla y eso significaría su ruina...*

Sociedad, Ciencia y Cultura Contemporánea

Una vez analizadas las distintas hipótesis en forma grupal, se les puede sugerir que elaboren los argumentos para justificar su elección y que discutan en parejas sus pros y sus contras antes de volcarlos al escrito. Para esto el docente puede sugerir que cada interlocutor adopte la posición del refutador de los argumentos que propone el otro a fin de forzarlo a considerar los puntos débiles de su estrategia y buscar nuevas vías para lograr la persuasión.

Las otras preguntas

Como se dijo antes, este título plantea la distinción entre preguntas explicativas y argumentativas, que es conveniente recordar aquí antes de ocuparse del artículo de Einstein.

Como paso previo a la lectura, se sugiere explorar en grupo los datos paratextuales: la fuente del artículo (*El Correo de la Unesco*, recordar su peso simbólico y su política editorial), las circunstancias en la que fue pronunciado originariamente (en una reunión científica, apenas cinco años después de Hiroshima y Nagasaki) y, en particular, la fotografía que lo acompaña y el pie de foto que ancla el sentido de la imagen: Einstein con Oppenheimer, “el padre de la bomba atómica”, ya mencionado en el artículo de Juan Pablo Paz y en *Copenhague*. En este contexto, estas dos figuras representan dos posiciones antitéticas: Einstein es el científico que se plantea estas preguntas éticas, mientras que Oppenheimer es el modelo de pragmatismo que no se detiene a cuestionarse sobre la dimensión moral de sus acciones (es interesante, en este sentido, recordar la frase que Frayn pone en boca de Heisenberg: “*La noche de Hiroshima Oppenheimer dijo que era lo único que lamentaba. Que no habían fabricado la bomba a tiempo para ser usada sobre Alemania*” y la ligereza con la que se refiere a “*esas miserables bombas*”, según el pie de foto del artículo).

Es importante señalar en el texto la dimensión dialógica de la palabra de Einstein que permanentemente formula y responde preguntas (como en un soliloquio).

Ciencia y ética, cuestiones para el debate

Esta consigna de escritura tiene como finalidad integrar, a través de la producción de un texto, los distintos aspectos que presenta para la reflexión el tema de la ética científica abordado en este capítulo. Antes de entrar en las etapas sugeridas para la planificación, es conveniente proponer un debate oral en el que, en primer lugar, los alumnos planteen otros temas polémicos -además de los que se enuncian como ejemplos en la formulación de la consigna- para evaluar su “potencial” argumentativo, es decir, la capacidad que tienen para suscitar controversias. Una vez elegido un tema y formulado el problema correspondiente, la clase se

La responsabilidad moral del científico

divide en tres equipos: dos de ellos serán los encargados de argumentar a partir de posiciones antitéticas con el fin de convencer al tercer equipo, que hará las veces de auditorio y que, al final del debate, justificará su acuerdo con uno u otro de los equipos basado en la fuerza persuasiva de los argumentos empleados.

Esta fase del trabajo se centra en la producción, articulación y eficacia de los argumentos, pero antes de la escritura del texto es necesario señalar, además, la importancia de considerar el auditorio (en este caso, se trata de pares) y las características genéricas del texto que van a producir (artículo de opinión).

Tal como se sugirió a propósito de la consigna de escritura que cierra el capítulo anterior, se sugiere la lectura de los textos en grupos de pares para comentar los resultados. Como conclusión de la actividad, es conveniente la lectura y comentario de dos o tres de los textos producidos por los estudiantes para el conjunto del curso.

Investigación y política: los comienzos de la física nuclear en Argentina

El eje temático de este capítulo es la relación entre investigación científica y desarrollo social. Para reflexionar sobre esta cuestión se han tomado dos figuras paradigmáticas de la ciencia argentina: Enrique Gaviola y José Antonio Balseiro. El siguiente artículo del historiador Diego H. de Mendoza (disponible en: http://www.educ.ar/educar/superior/biblioteca_digital/) permite situar en contexto la labor de estos hombres de ciencia.

Actualidad

A cien años del nacimiento de la física cuántica

Por Diego H. de Mendoza

En diciembre de 1900, el físico alemán Max Planck (1858-1947) —por entonces profesor en Berlín— presentaba en la Sociedad Física Alemana un trabajo seminal sobre el estudio de la emisión de radiación de cuerpos materiales, en el cual se introduce por primera vez el concepto de “quanto de energía”. Muchos historiadores asumen que este trabajo marca el nacimiento de la física cuántica.



E. Gaviola
(1900-1989)

Resulta curioso comprobar que el propio Planck parece no haber dado mucha importancia a su hipótesis. Por el contrario, en varios de sus escritos posteriores, el científico confiesa que asumir lo que acabaría siendo una idea revolucionaria —que la energía no era emitida por un cuerpo de forma continua, sino en pequeños “paquetes”, los cuantos de energía— no había sido para él más que un artificio secundario apto para resolver un problema matemático. Planck tenía especial predilección por la física clásica como visión unificada de la realidad, y ésta establecía que la energía no podía ser emitida en forma discontinua. Durante mucho tiempo, el físico alemán hizo todo lo que estuvo a su alcance para defender la validez de la física newtoniana, aún contra su propia hipótesis de los cuantos de energía. Como Copérnico, Planck fue un revolucionario contra su propio deseo.

Debido, entre otras razones, a la propia actitud de Planck —que entre 1901 y 1906 no volvió a publicar nada sobre el asunto— su hipótesis pasó desapercibida por algún tiempo. El primer testimonio claro sobre su importancia provino de otro físico alemán, Albert Einstein. Retomando la línea de Planck, Einstein introdujo en 1905 la noción de “quanto de luz” o “fotón”. Así, algunos historiadores, entre ellos el francés Olivier Darrigol, sostienen que el padre de la teoría general de la relatividad fue “el verdadero descubridor de la discontinuidad cuántica”.

A partir de entonces, con las nuevas contribuciones de Einstein —sumadas a la presentación, en 1913, del modelo atómico de Niels Bohr, al principio de incertidumbre de Heisenberg y a la ecuación de Schrödinger, entre otros aportes— en-

contramos que, ya en la década de 1920, la nueva teoría se consolida como la descripción correcta del mundo microscópico. Como siempre ocurre con el nacimiento de una teoría científica, junto con la nueva luz que ésta arroja sobre la porción de naturaleza que intenta describir o explicar surgen nuevos y desconcertantes interrogantes que trascienden a la propia disciplina. Al cuestionar la posibilidad de obtener una descripción objetiva del mundo atómico, esto es, una descripción independiente del sistema de observación, la física cuántica conmovió las propias bases de la teoría del conocimiento.

Si bien en la actualidad persisten numerosos puntos oscuros en lo que respecta a los fundamentos conceptuales de la física cuántica, su eficacia está fuera de duda: toda la industria informática, la industria de las comunicaciones, y los recientes logros de la nanotecnología y la superconductividad descansan sobre ella. Cuando se le pregunta a un físico qué son las partículas elementales, suele responder que no importa lo que ellas sean; la física cuántica es capaz de describir su comportamiento con trece o catorce decimales de exactitud.

Los comienzos de la física cuántica en la Argentina

Las primeras clases dictadas en la Argentina sobre la “nueva teoría de los quanta” de las que se tiene noticia se remontan a la segunda década del siglo XX. Tuvieron lugar en los cursos de fisico-matemática dictados por el francés Camilo Mayer en las “aulas semidesiertas” de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, como cuenta el historiador José Babini. Poco más tarde se dictarían cursos en el Instituto de Física de La Plata y en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario.

Pero más allá de la escasa actividad desarrollada en el país en aquellos primeros años, se puede decir que hubo un físico argentino que tuvo un papel activo y que hizo sus aportes durante las primeras décadas de consolidación de la nueva teoría física. Se trata de Enrique Gaviola (1900-1989), quien, luego de estudiar con Richard Gans en el Instituto de Física de La Plata, continuó sus estudios durante tres semestres en Göttingen (1922-1923), y terminó y defendió su tesis doctoral en Berlín en 1926. En su libreta universitaria se pueden ver las firmas de Albert Einstein, Walter Nernst, Max von Laue y Lise Meitner. Por esos años también trabajó en la Johns Hopkins University (1927 y 1928) y en el Carnegie Institution of Washington (1929). Para 1930 ya había publicado varios trabajos en las revistas científicas más prestigiosas de la época, como *Philosophical Magazine*, *Zeitschrift für Physik*, *Annalen der Physik* o *Nature*.

Como todo científico de renombre en un país con un sistema científico deficiente, a partir de la década de 1930, Gaviola creyó que debía destinar parte de su tiempo a promover la actividad científica. Desde entonces, se dedicó a diseñar y proponer proyectos de universitarios, inspirados en los modelos norteamericano y alemán. Más adelante haría lo propio con los institutos de investigación y con una agencia de promoción y financiamiento de la investigación.

En cuanto a sus aportes a la física cuántica, durante su estadía en el Carnegie Institution of Washington trabajó junto con Merle Tuve y Lawrence Hafstad en descargas de alta tensión en vacío, tema que figuraría más tarde como el primer antecedente importante del acelerador de partículas. En el Museo de Ciencia y Tecnología de la Smithsonian Institution, en Washington D.C., se puede ver expuesta la foto de una bobina de Tesla y, a su lado, a Gaviola junto con sus dos colegas norteamericanos. En 1929 publicó un artículo de revisión de la mecánica cuántica en la revista *Zeitschrift für Physik*. Además, realizó una serie de experimentos que serían citados en 1973, a más de cuarenta años de su realización, por la prestigiosa revista *Physics Today*, en el marco de una polémica acerca de la validez de la electrodinámica cuántica.

Bibliografía

- Darrigol, Olivier, “From c-numbers to q-numbers: the classical analogy in the history of quantum theory”, Berkeley, University of California Press, 1992.
- Frentzel Beyme, Susana, “Enrique Gaviola: canto a la Argentina científica”, *Ciencia Hoy*, vol.1, No 5, 1989.
- Galles, Carlos, “La recepción de la física cuántica en la Argentina”, *Saber y Tiempo*, N° 8, 1999.
- Kragh, Helge, “Quantum generations: a history of physics in the twentieth century”, New Jersey, Princeton University Press, 1999. **Bibliografía disponible en la Biblioteca Pública Digital de educ.ar**
- Babini, José, *La evolución del pensamiento científico argentino*, Buenos Aires, Editorial La Fraguada, 1954. Véase Cuarta parte, Cap. II.
- Proyecto Ameghino, *Enrique Gaviola Físico y Astrónomo* (biografía).

A lo largo de este recorrido, las biografías de estos dos hombres de ciencia (y en particular la reseña de dos episodios que los tuvieron como protagonistas: la fallida convocatoria de Heisenberg como profesor de física teórica, y el fraude científico que significó el plan Richter en la isla Huemul) serán los pre-textos a partir de los cuales se reflexionará sobre la relación entre ciencia y política y ciencia y desarrollo.

Antes de proponer la lectura de la biografía de Gaviola es conveniente recuperar los saberes acerca del contexto histórico y político en el que se enmarcará el incidente Heisenberg en Argentina. Para ello se aconseja plantear el tema oralmente y sugerir la lectura de la pastilla **Argentina y el mundo en 1946** que acompaña al texto del informe de Gaviola.

La biografía es particularmente interesante no sólo por la información que ofrece sobre este hombre de ciencia, sino porque plantea el interrogante acerca de lo que significaba (y significa aún hoy, ver epílogo: “Los herederos de Einstein”) in-

Sociedad, Ciencia y Cultura Contemporánea

tentar hacer ciencia de primera línea en América del Sur. Algo de esto señala ya el artículo de D. H. de Mendoza que se reproduce más arriba. En este sentido, el texto de la biografía está plagado de indicios y sobreentendidos acerca de esta problemática: desde las citas de y sobre Gaviola hasta la anécdota de la beca Rockefeller, todos estos datos son indicadores de la representación del lugar del científico en nuestra cultura. Al respecto sería importante recordar, a propósito de la tercera pregunta, la asimetría en la relación entre científicos y políticos, que presupone el comentario que se desliza en la cita del documento de la AFA: *"por su propio peso, se dirigía en tal carácter a senadores, diputados y ministros para recomendar o criticar medidas que hacían a la vida científica del país"*. Y no estaría de más, seguramente, recordarles a los alumnos un incidente no muy lejano en el que un ministro de economía (de aciaga memoria) "mandó a lavar los platos" a los investigadores del CONICET, como prueba de la escasa consideración de algunos políticos hacia el valor la ciencia.

Algo más sobre las "circunstancias de último momento" que impidieron la llegada de Heisenberg a la Argentina

Los dos textos que siguen se ocupan de un incidente curioso que tuvo a Gaviola por protagonista y que resulta sintomático de los intereses nacionales, -pero sobre todo internacionales-, que influyen sobre el desarrollo científico de los países periféricos.

Para contextualizar, se sugiere la lectura de un fragmento del artículo de Diego H. de Mendoza "Milagros y melancolías nucleares" que sintetiza a grandes trazos la historia. Más adelante, se ofrece, además, una selección de pasajes de un informe-carta que Gaviola dirigiera al Jefe de Estado Mayor de la Armada, Contraalmirante Carranza, autoridad máxima de la fuerza que se proponía crear el Instituto Radiotécnico en el que Heisenberg sería profesor invitado.

El documento habla elocuentemente acerca del proyecto de Gaviola: forjar un campo científico fuerte, de excelencia y -lo que es más importante- independiente de las presiones políticas locales e internacionales. Gaviola tenía clara conciencia de la importancia que la ciencia revestía para el desarrollo nacional y por eso estaba dispuesto a conseguir los recursos necesarios para garantizar la producción científica "de primera línea".

Las preguntas que acompañan la lectura del texto apuntan al reconocimiento de los valores y creencias en los que se sustenta el discurso de Gaviola. Es significativa, en este sentido, la insistencia en denunciar las presiones británicas que impidieron la venida de Heisenberg y más aún la actitud complaciente de las autoridades argentinas ante esta injerencia en los asuntos nacionales. Por otro lado, el tono del documento es fuertemente crítico de lo que Gaviola considera las concepciones equivocadas de la conducción política (por entonces, de fuerte impronta militar) acerca de los valores del hombre de ciencia (Cf. *"Las autoridades cometen a menudo el error de creer que para obtener científicos o técnicos buenos basta ofrecerles sueldos suficientemente altos. Por ese medio se obtienen hombres de tercera línea. Los de primera y segunda se obtienen inspirándoles confianza y ofreciéndoles libertad y seguridad"*). A esto apunta la cuarta pregunta, que tiene, por otra parte, una

vinculación evidente con el artículo de Einstein incluido en el segundo recorrido de este cuaderno.

Historia de un fraude científico

Como se señala en el artículo de D.H. de Mendoza que introduce el tema, entre las derivaciones del incidente Gaviola se encuentra el increíble episodio del Proyecto Richter, cuyas consecuencias, paradójicamente, resultaron beneficiosas para el desarrollo de la investigación nuclear dado que hicieron posible la entrada en escena de José Antonio Balseiro, el fundador del Instituto del mismo nombre, que hoy se cuenta entre los principales centros internacionales de investigación en física nuclear.

Por su carácter conflictivo, esta historia es poco recordada y ha quedado flotando en la memoria colectiva como una especie de mito, por eso es interesante, antes de adentrarse en los detalles del hecho, conversar con los estudiantes acerca de lo que conocen o han oído hablar sobre este tema.

El segundo fragmento de “Milagros y melancolías nucleares” ofrece una versión sintética y precisa de los acontecimientos, que se completa con un pasaje del informe elevado por Gaviola a la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA) y una nota publicada en la revista cultural *El Arca*.

Las actividades de lectura y escritura propuestas a continuación del artículo tienden, por un lado, a facilitar la producción de un resumen (el armado de la cronología solicitado en 1), a evaluar el efecto devastador sobre el campo científico que tuvo la interrupción de la democracia en 1966 (preguntas 2 y 3) y a producir una biografía a partir de información proveniente de distintas fuentes. El objetivo de esta biografía es funcionar como instrumento de interpretación de la problemática planteada por la relación entre ciencia y desarrollo, y ciencia y política.

Antes de pasar al momento de la escritura es conveniente discutir en forma grupal los problemas que supone la resolución de esta consigna: **qué tipo de texto se pide** (qué características genéricas tiene la biografía, cuáles son distintivas de esta forma particular -la consigna explicita que debe tomarse como modelo el ejemplo de la biografía de Gaviola que han leído al comienzo del capítulo-), **a qué lector se dirige** (universitario, especialista, lego, escolar), **qué datos es pertinente incluir y cuáles dejar de lado** en una biografía de estas características (los datos “familiares”, que pueden ser interesantes en un artículo periodístico, no resultan adecuados para una biografía de este tipo, enmarcada en un proyecto de investigación universitario de historia de la ciencia y la cultura, como el *Proyecto Ameghino*). Para ampliar el número de ejemplos del género, a continuación incluimos las biografías de Guido Beck y Bernardo Houssay, cuyas figuras también son evocadas en el material para el alumno. Sugerimos que este material esté disponible en el curso (unas cuantas copias pueden circular entre los alumnos mientras planifican la tarea de escritura) y, si el tiempo lo permite, es conveniente también proponer una lectura en voz alta de alguna de ellas en clase para facilitar la identificación de los rasgos de este subgénero biográfico.

Bernardo Alberto Houssay

Médico y fisiólogo.

Ganador del primer premio Nobel de ciencias para nuestro país, Bernardo Houssay tuvo el mérito de iniciar una escuela de investigación y producción científica en la Argentina en el área de la fisiología. Y una tradición. En cierto modo fue uno de los grandes impulsores de la investigación científica en la Argentina.



Bernardo Houssay
Foto: AGN

Nació en la ciudad de Buenos Aires el 10 de abril de 1887. Su padre había nacido en Francia y llegó al Río de la Plata con títulos de abogado y doctor en Filosofía, era poseedor de una vasta cultura y estaba dotado de una memoria tal que podía leer una página entera y repetirla luego con asombrosa exactitud. Houssay demostró haber heredado la gran inteligencia paterna. Desde muy pequeño se aficionó a la lectura de manera que no dedicaba casi tiempo a los juegos infantiles. Estudió los primeros dos grados de la enseñanza primaria con docentes privados. Ingresó a un colegio con la idea de cursar el tercer grado pero quince días después de haber iniciado las clases, por tener una preparación muy superior a la de sus compañeros, fue promovido a cuarto grado; y un mes después a quinto. A este ritmo terminó la escuela primaria con sólo nueve años de edad y a los trece había logrado el diploma de bachiller. En el año 1901 se inscribió en la escuela de Farmacia que entonces formaba parte de la Facultad de Ciencias Médicas; con catorce años recién cumplidos era el alumno de mayores calificaciones. Una vez recibido de farmacéutico inició sus estudios de Medicina, graduándose con diploma de honor a los veintitrés años.

Fue practicante interno de Medicina en el Hospital Nacional de Clínicas. Desde 1908 y durante tres años se desempeñó como ayudante de la cátedra de Fisiología del profesor Piñero. En 1910 asumió en forma interina la cátedra de Fisiología en la Facultad de Agronomía y Veterinaria, de la que luego se haría cargo en forma definitiva ganando su lugar por concurso. Esta función, que ejerció hasta 1919, le dio la posibilidad de un gran aprendizaje y de realizar importantes tareas.

Contemporáneamente se desempeñó como Jefe de Investigaciones del Instituto Bacteriológico -dependiente del entonces Departamento Nacional de Higiene- donde creó el departamento de Fisiología Patológica, espacio donde pudo desarrollar considerables estudios de los venenos de víboras, arañas y otros animales.

En 1919 fue nombrado profesor titular de Fisiología de la Facultad de Medicina. A partir de ese momento renunció a toda otra actividad profesional y se dedicó con dedicación completa a su real vocación: la investigación experimental y la docencia. Fue entonces que a propuesta suya y siguiendo sus indicaciones se creó el Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, para el que fue nombrado Director. Desde entonces pasaba todos sus días en el Instituto rea-

lizando experimentos, dirigiendo y guiando a los discípulos y dictando clases. Su actividad no sabía de días feriados y su remuneración era muy inferior a muchas que le habían ofrecido desde el exterior, pero era su deseo quedarse en su país y formar investigadores. Efectivamente, logró crear una brillante escuela de fisiología de la que salieron los primeros profesores universitarios de Fisiología del país y numerosos investigadores argentinos y extranjeros, especialmente sudamericanos. Rápidamente, el Instituto se convirtió en un centro de excelencia mundial en el área de la investigación científica.

Los trabajos más trascendentes del doctor Houssay se desarrollaron en el campo de la endocrinología. Esta rama de la medicina se dedica al estudio del desarrollo, las funciones y las enfermedades de las glándulas endocrinas: órganos cuyas células producen una secreción, hormonas, que desempeñan diversas funciones en el organismo y que vierten directamente a la sangre; son glándulas endocrinas, por ejemplo, las suprarrenales, los ovarios, los testículos y la hipófisis. Al estudio de esta última se dedicó Houssay, impulsado, según algunas biografías, por el tratamiento de un paciente que presentaba un tumor en esa glándula.

Estos estudios desembocarían en descubrimientos que fueron valorados internacionalmente como notables contribuciones a los estudios de fisiología humana.

Los trabajos de Houssay contribuyeron al conocimiento de las causas de una enfermedad conocida desde muy antiguo, la diabetes. Ya se sabía que el origen de la diabetes era la dificultad del cuerpo para metabolizar o procesar los hidratos de carbono, y que esta dificultad provocaba un exceso de glucosa (azúcar) en la sangre. En 1889, se descubrió que la causa radicaba en el páncreas (una glándula). Pero recién en 1921 se identificó la insulina: hormona liberada por el páncreas que impide el exceso de azúcar en la sangre. Al funcionar incorrectamente el páncreas, se produce insuficiente insulina y aparece la diabetes.

Houssay se dedicó a investigar qué papel tenía la hipófisis en la diabetes. Descubrió entonces que perros diabéticos mejoraban cuando se les extirpaba la hipófisis y que su diabetes se agravaba cuando se les inyectaba una hormona producida por la hipófisis. Con estos estudios, el grupo de Houssay logró comprender el rol de la hipófisis en los procesos metabólicos de los carbohidratos y en la diabetes, lo que sirvió de base para el trabajo de otros investigadores acerca del rol de diferentes glándulas endocrinas.

En 1947, la Academia Sueca le otorgó el premio Nobel de Fisiología y Medicina por su descubrimiento del papel de la hormona liberada por la hipófisis en el metabolismo de los azúcares.

El Instituto de Fisiología empezó a figurar entre los más importantes del mundo y Houssay recibió a numerosos estudiosos extranjeros que acudieron a trabajar bajo su dirección. Así, cada año, trabajaban en el Instituto más de ochenta investigadores, entre los que se incluían varios latinoamericanos que alcanzarían luego brillo propio.

Sociedad, Ciencia y Cultura Contemporánea

También Houssay, quien creía que el desarrollo científico debía expandirse y no depender de unos pocos hombres, alentó la creación de otros institutos de Fisiología como el de la Facultad de Medicina de Rosario, entre muchos otros.

En el año 1943 el gobierno peronista, por motivos políticos, interrumpió las tareas del Instituto de Fisiología y despidió a Houssay de la cátedra que conducía. En 1945 fue reincorporado en sus funciones pero sólo hasta el año siguiente. Finalmente, al caer el peronismo en 1955 recuperó sus cargos. Mientras las dificultades con el gobierno del general Perón lo mantuvieron al margen de la Universidad de Buenos Aires, Houssay desechó varios interesantes ofrecimientos para continuar su carrera en el exterior y, con apoyo privado, especialmente de la Fundación Saubert, pudo continuar la labor de investigación, junto con algunos de sus colaboradores habituales, en el Instituto Experimental de Biología y Medicina creado a tal efecto e instalado en un barrio de Palermo. Más de mil trabajos sobre endocrinología, nutrición, farmacología, patología experimental, glándulas suprarrenales, páncreas, hipertensión, diabetes y otras tantas áreas de la fisiología componen la cosecha de aquel equipo de trabajo.

En 1945, menos ocupado que de costumbre, pudo concretar su proyecto de redactar *Fisiología Humana*, un texto que no tardó en conocerse como “la fisiología de Houssay”, que contribuyó notablemente a la formación de muchas generaciones de médicos argentinos y americanos. El propio Houssay redactó capítulos importantes tales como *La Fisiología de la Sangre* y la *Fisiología de las glándulas de secreción interna*. Las varias ediciones de esta obra se tradujeron a los más importantes idiomas.

Además del premio Nobel, Houssay recibió, entre otros, el premio Nacional de Ciencias; el premio Charles Wickle, otorgado por la Universidad de Toronto (Canadá); la medalla Banting de la American Diabetes Association de Norteamérica; el premio de la American Pharmaceutical Manufacture de Nueva York y el premio Baly Medal de Inglaterra. Fue miembro del Consejo Directivo y Vicedecano de la Facultad de Medicina, presidente de la Academia Nacional de Medicina y miembro honorario de varias decenas de sociedades biológicas, médicas y científicas de todo el mundo. En el año 1970, cuando se realizó en Buenos Aires el Séptimo Congreso de la Federación Internacional de Diabetes, se lo designó presidente de su Comité Ejecutivo.

Durante toda su carrera mostró una fuerte voluntad de defender el desarrollo de la investigación científica en Argentina. Permanentemente hizo explícita su decisión de ejercer su vocación en el país, aún cuando recibía ofrecimientos permanentes de distintos centros científicos del mundo que le proponían mejores condiciones de trabajo. Al respecto, Houssay decía: “*La ciencia no tiene patria, pero el hombre de ciencia la tiene. Por mi parte, no acepté posiciones de profesor en los Estados Unidos y no pienso dejar mi país, porque aspiro a luchar para contribuir a que llegue a ser alguna vez una potencia científica de*

primera clase.”En el contexto de esta decisión en 1934 creó la Asociación para el Progreso de las Ciencias, a través de la cual se lograron, entre otros frutos, becas de perfeccionamiento en el extranjero y en el país que fueron aprovechadas por aquellos que mostraron el propósito de dedicarse a investigar en biología.

Además, proyectó un plan metódico para la formación de investigadores que establecía una carrera científica y un sistema de becas de perfeccionamiento. Esta iniciativa se basaba en el concepto de que un buen investigador sólo puede ser resultado de una carrera suficientemente larga y guiada por los mejores hombres de ciencia del mundo. Pero realizar esta idea no fue fácil: recién lo logró en 1958 cuando se creó el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que más tarde derivaría en el actual Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Esta entidad, que él mismo presidió, pudo dar un importante impulso a la investigación en distintas ramas del saber.

Las publicaciones que llevan su firma -en las más importantes revistas nacionales y extranjeras- son muy numerosas y no se agotan en trabajos técnicos: pueden encontrarse también numerosas biografías de grandes nombres de la fisiología y de la biología.

Bernardo Alberto Houssay murió el 21 de setiembre de 1971. Además de su trabajo, dejó como legado decenas de discípulos que lograrían renombre universal, como Luis Federico Leloir, quien llegaría a ser premio Nobel de Química en 1970.

En 1972, la OEA -Organización de Estados Americanos- instituyó el premio *Bernardo Houssay* para galardonar a los más importantes investigadores del continente americano.

Guido Beck

Físico

Guido Beck perteneció a la generación de físicos que en los años '20 participó en la gran revolución en la física teórica del siglo XX.

Nació el 29 de agosto de 1903 en Liberec, ciudad checa que pertenecía entonces al imperio Austro-húngaro. Einstein y la Teoría de Relatividad ejercieron gran influencia en su formación y en el comienzo de su carrera científica: su interés por la física nació durante sus estudios secundarios leyendo un libro de divulgación escrito por Einstein sobre su propia teoría.

A partir de 1921 cursó sus estudios en la Universidad de Viena, en ese momento uno de los centros más importantes de investigaciones en física. En 1925 se publicó su trabajo de tesis sobre la teoría de los campos gravitatorios. Durante la década siguiente publicó trabajos sobre el efecto Compton, la relatividad general, las ondas



Guido Beck

electromagnéticas, el efecto fotoeléctrico, el problema de la fricción en la mecánica cuántica y la clasificación de los isótopos. Con el trabajo realizado sobre este último tema contribuyó en la década de 1930 a la aceptación por parte de la comunidad científica de los conceptos que llevarían al modelo de capas del núcleo atómico.

Hasta 1934, Beck trabajó en Europa: Berna, donde conoció a Einstein; Viena; Leipzig; Copenhague y Praga. En esta Universidad desarrolló con su alumno Kurt Sitte la teoría de la desintegración beta, un tipo de desintegración radioactiva, que explicó los resultados experimentales de la época antes de que se formulara la hipótesis del neutrino.

De Europa partió a los Estados Unidos, donde dirigió al físico E. Horsley en un trabajo que explicaba el comportamiento de las secciones eficaces de los neutrones lentos en función de la velocidad, determinado experimentalmente por Enrico Fermi. Este trabajo fue confirmado sucesivamente por contribuciones teóricas de Fermi, Perrin, Elsassner y Bethe. En la misma época, Beck propuso utilizar el modelo de cajas por el núcleo atómico a fin de explicar la dispersión anómala de la partícula nuclear por núcleos livianos.

El año 1935 lo sorprendió en la entonces URSS, donde enseñó física teórica y formó investigadores. Regresó a Europa occidental en 1938 y trabajó en Francia con P. Havas. De esta época es su investigación sobre las propiedades de los fragmentos resultantes de la fisión del uranio y también su trabajo con J. Pirenne sobre la estructura del sistema electrón-positrón.

Durante la Segunda Guerra Mundial, se refugió en Portugal donde permaneció algo más de un año enseñando en Lisboa, Coimbra y Oporto, y finalmente viajó a la Argentina -adonde llegó en 1943- invitado por Enrique Gaviola, para trabajar como investigador en física teórica en el Observatorio Astronómico de Córdoba. Desde entonces y en diferentes épocas reunió allí a estudiantes de doctorado como Mario Bunge, Estrella Mathov, José Balseiro, Fidel Alsina, Damián Canals Frau, Cecilia Mossin Kotin, Augusto Batigg y Ernesto Sábato. Con estos jóvenes de entonces, a los que llamaba “mis chicos”, inició la primera actividad importante del país en el campo de la física teórica. Estos trabajos son quizá el estudio de las fluctuaciones de paquetes de fotones y una descripción de campos cuánticos de radiación que anticipó desarrollos posteriores en la teoría de los láser.

Un año después Guido Beck y un grupo de 25 investigadores argentinos fundaron la Asociación Física Argentina, primera sociedad científica latinoamericana en el área de esta disciplina.

En 1951 partió hacia Brasil, donde ya había estado en años anteriores por breves períodos. Allí trabajó diez años en el Centro Brasileño de Pesquisas Físicas (CBPF) y por dos años en el Instituto de Física de la Universidad de San Pablo.

Pero regresó a la Argentina en 1963 para continuar la dirección de trabajos que quedaron inconclusos por la temprana muerte de su discípulo José A. Balseiro.

La actividad de Beck fue esencial para consolidar el Instituto de Física Bariloche -luego Instituto Balseiro-, cuya situación era crítica tras la muerte de su creador. Allí dirigió trabajos y dictó clases regulares de mecánica cuántica, electromagnetismo, teoría cuántica de la radiación y mecánica estadística.

Regresó a Brasil en 1975 y colaboró allí en la reconstrucción del Instituto de Física de la Universidad General de Río de Janeiro (UFRJ) y del CBPF.

Guido Beck, quien nunca perdió de vista la dimensión humana de su labor, murió en Río de Janeiro, víctima de un accidente automovilístico, el 21 de octubre de 1988.

Científicos y políticos

Como conclusión de la reflexión propuesta a lo largo del capítulo, se incluye otro fragmento del documento de Gaviola ya citado. El título de la sección alude a la frase con la que Gaviola tituló este pasaje del informe, donde sintetiza sus ideas acerca de la importancia del desarrollo de la investigación de base por encima del criterio meramente utilitario que pretende igualar a científicos e inventores.

Antes de plantear la lectura del texto sugerimos conversar con los alumnos acerca de esta distinción, para comparar sus presupuestos con los que Gaviola atribuye a los militares-políticos que se erigieron en responsables de la política científica argentina.

El escrito tiene pasajes notables, como la cita del comentario del decano Birkhoff acerca del espectrógrafo de Córdoba. Por último, es interesante señalar la continuidad y la vigencia del pensamiento de Gaviola hasta nuestros días, representada en las palabras de Bunge que se reproducen en el artículo "Saber es combatir el atraso".

A continuación transcribimos el artículo de Bunge al que se hace referencia en la nota de *El Arca*:

El futuro de la ciencia en la Argentina

La cenicienta de siempre

*Por Mario Bunge**

Para La Nación 29 de marzo de 2000

MONTREAL

La pequeña y sufrida comunidad científica argentina ha sido alarmada, una vez más, por un aparente golpe de timón del nuevo gobierno. Pero el viraje no es tan original como se lo presenta. En efecto, la ciencia sigue siendo la cenicienta de antes: se sigue ignorando que la ciencia y la técnica son los motores de la civiliza-

ción moderna, y se las sigue confundiendo. Además, se sigue creyendo que una reforma estructural puede suplir el grave déficit de cerebros bien formados en universidades dedicadas a investigar y enseñar, más que a emitir diplomas. Y se anuncia como novedad el que los investigadores y los institutos de investigación serán sujetos a evaluaciones periódicas, cuando de hecho esto viene ocurriendo desde hace años.

Lo que acaso pueda argüirse es que algunas de esas evaluaciones son excesivamente tolerantes, unas veces debido al proverbial amiguismo criollo, y otras, al bajo volumen de la producción nacional. En Estados Unidos, los investigadores que no publican regularmente en revistas de circulación internacional no son considerados tales. Su actividad no es evaluada por directores de departamento, ni menos aún por funcionarios estatales, sino por las revistas que sopesan sus artículos y por los organizadores de congresos encargados de seleccionar a los expositores invitados. Estos jueces son, en última instancia, los que determinan el rango y el salario de los investigadores.

En esos países, la consigna es: “Publica o perece”. Esta consigna impone una lucha muy dura por la supervivencia académica. Allí no hay tal cosa como estabilidad del investigador. Si se le seca a uno el cerebro, mala suerte. Tendrá que ganarse la vida enseñando cursos elementales, con lo cual será mucho más útil y feliz que simulando seguir siendo lo que acaso fue alguna vez, cuando aún tenía curiosidad y empuje.

Lo que sí es original es el anuncio de que en los Estados Unidos, a diferencia de la Argentina, gran parte del presupuesto científico se dedica a “comprar investigaciones científicas”. Es la primera vez que leo esto. ¿En qué consiste comprar investigaciones científicas? ¿Cómo se venden: por metro, por kilo, por hora o por kilobyte? ¿Hay que ser científico para hacer buenas compras de esta nueva mercancía, o basta un título de perito comercial? ¿Y se cotiza en la bolsa de valores? Misterio.

Laboratorios, talleres, bibliotecas

Lo que yo sabía hasta anteayer es que en los Estados Unidos y los demás países desarrollados el dinero destinado a la investigación se gasta en sueldos de investigadores, becas para estudiantes graduados y de posgrado, así como en salarios de técnicos, equipos de laboratorio, materiales, animales de experimentación, viajes para asistencia a reuniones científicas, gastos y honorarios de científicos visitantes, etcétera. Muy ocasionalmente se contrata a un asesor para que aporte pericia técnica, nunca para que invente hipótesis, demuestre teoremas o diseñe experimentos.

A propósito, en esos países la mayoría de los investigadores básicos trabajan en universidades, no en institutos. Y cobran no sólo por investigar sino también, y principalmente, por enseñar. Bernardo A. Houssay, el primer científico argentino galardonado con el Premio Nobel, era contrario al divorcio entre la investigación y la enseñanza. Creo que tenía sobrada razón. Primero, porque quien no está al día

en su ciencia no puede enseñar ciencia al día. En particular, no puede saber qué es lo nuevo y qué lo viejo, ni qué es lo importante y qué lo accesorio. Tampoco puede hacer referencia a artículos recientemente aparecidos en revistas científicas. Segundo, porque quien no se dedica primordialmente a buscar la verdad no es capaz de transmitir entusiasmo por dicha exploración. Tercero, porque quien no dicta cursos no se obliga a aprender lo que ocurre en especialidades aledañas a la suya, y donde pueden ocurrir novedades que puede explotar. Y cuarto, porque el investigador avezado tiene el deber de formar investigadores que lo sucedan. Pero volvamos al proyecto de reestructuración del sistema científico criollo.

También es original, pero absurda, la decisión de dedicar la mitad del presupuesto científico a la informática, como si ésta fuera capaz de generar nuevo conocimiento. Los científicos argentinos en actividad ya usan correo electrónico e Internet. Y lo que más falta en los establecimientos de enseñanza de los tres niveles no son tanto computadoras como laboratorios, talleres y bibliotecas. La única beneficiaria de la largueza estatal que se propone sería la industria informática, que no necesita subsidios. No menos original y absurda es la decisión de “ensandwichar” la ciencia básica entre la técnica y la innovación productiva (como si ésta no emanara de la técnica).

No es menos original y desastrosa la medida que establece que quienes habrán de decidir sobre las prioridades de la investigación científica no serán los científicos mismos, los únicos que saben realmente dónde aprieta el zapato, sino los componentes de una comisión interministerial. O sea, el destino de la ciencia se ha puesto en manos de funcionarios que, en el mejor de los casos, han estudiado derecho o contabilidad.

Los administradores científicos pueden administrar los recursos disponibles, pero no deberían intentar planificar la investigación científica. Tal planificación se practicó en los países comunistas, con malos resultados. Causa rigidez y lentitud. El investigador original necesita agilidad: tiene que poder cambiar de rumbo, sin esperar la autorización de un centro lejano, cuando aparezca una oportunidad o cuando falle su plan inicial. Además, la planificación desde arriba fomenta la mediocridad, ya que el burócrata desconfiará del proyecto original, y por lo tanto riesgoso, de modo que dará preferencia al proyecto mediocre y seguro.

Sólo el 0,5 por ciento del PBI

En cambio, la investigación técnica puede planearse hasta cierto punto, porque su meta se determina de antemano. A un individuo o equipo se le puede encomendar que diseñe un artefacto de tales y cuales características. Por ejemplo, se puede encargar el diseño de una perrera clemente o de una planta de purificación de agua utilizando bacterias eficaces y laboriosas. En cambio, a nadie se le puede ordenar que descubra o invente. Lo que se busca aún no se conoce, de modo que no puede describirse en un pliego de especificaciones. Se trata de explorar territorio desconocido, no de explotar territorio conocido.

En fin, ¡tanto lío para administrar un presupuesto que sólo alcanza al 0,5 por ciento del producto bruto interno! Ésta es sólo la quinta o sexta parte de lo que se gasta en un país que ya tiene una fuerte comunidad científica, y la décima parte de lo que resolvió gastar el gobierno de Corea del Sur hace un par de años, cuando su economía entró en crisis. Los políticos surcoreanos entendieron que para robustecer su economía deben reforzar su técnica, lo que a su vez exige apoyar su ciencia básica. Están enterados de que no hay industria sin ingeniería, ni ingeniería sin matemática, física ni química. Y no repiten el error de aquel ministro de economía japonés que decidió malgastar miles de millones de dólares en el diseño de computadoras “inteligentes”, en lugar de invertirlos en enseñarles a los políticos y burócratas el abecé de la ciencia y de la técnica.

¿Cuándo vendrá un gobierno que comprenda que hace falta saber mucho más para salir del atraso, aunque sólo sea porque parte del subdesarrollo es la ignorancia? ¿Y cuándo comprenderán los mandatarios que quienes entienden de ciencia son los científicos, y no los funcionarios?

Sin embargo, al mismo tiempo que rezongamos contra los funcionarios que no entienden lo que es la búsqueda de la verdad, reconozcamos que semejante gobierno ilustrado vendrá antes si la comunidad científica argentina madura al punto de comprender que (a) la estabilidad y el ascenso en el empleo deberían depender exclusivamente de la productividad; (b) el instituto separado de la universidad es malsano, porque puede cobijar a individuos que no investigan, o no lo hacen a buen nivel, y (c) el investigador debería hacer un poco de periodismo científico, no sólo para enseñar a las masas sino también para ganarse su buena voluntad.

* El autor es un físico y filósofo argentino radicado en Canadá. Su último libro es *Las ciencias sociales en discusión* (Ed. Sudamericana).
Copyright 2000 S.A. LA NACION | Todos los derechos reservados

A modo de síntesis

La tarea de escritura que se plantea a modo de integración de la discusión parte de una frase de Bernardo Houssay que sintetiza magistralmente los problemas abordados en las lecturas de este capítulo. Antes de dedicarse a la resolución de la consigna, sugerimos que el conjunto del grupo discuta la interpretación de esta frase, que parte de una figura retórica (la antimetábole) en la que la construcción simétrica de la frase es “dada vuelta” para enfatizar la inversión de la relación causal que vincula los términos.

“Algunos creen que la ciencia es un lujo y que los grandes países gastan en ella porque son ricos. Grave error [...]. No gastan en ella porque son ricos y prósperos, sino que son ricos y prósperos porque gastan en ella.”

Esta inversión apunta a refutar la opinión común y, en este sentido, el “juego

de palabras” (la figura de construcción) al que se recurre, refuerza significativamente el poder de persuasión del argumento causal.

Para orientar la planificación del escrito sugerimos insistir en la selección de materiales pertinentes que ofrecen las lecturas previas, tener en cuenta la organización del texto argumentativo (definir un tema, un problema y una tesis) y definir las características del género ensayístico.

Definir al ensayo como género no es tarea fácil. Una buena aproximación puede encontrarse en estas palabras de Beatriz Sarlo, que describen elocuentemente la actitud del ensayista frente a la escritura: *Se han hecho muchas definiciones del ensayo como género. Me gustaría proponer ésta: un ensayo es la escritura del acto de pensar sobre algo. Escribo porque quiero saber cómo es eso que estoy pensando y que no lograré saber si no lo escribo. Se piensa porque se escribe*².

Una definición más canónica del género, la del crítico y teórico de la literatura Jaime Rest, sostiene que: *“El ensayo es una composición expositiva, preferentemente en prosa, que suele proporcionar información, interpretación o explicación acerca de un asunto”*³. El género es deliberadamente libre y sus reglas de composición, a diferencia de lo que vieron cuando planificaban la biografía, son bastante elásticas. Lo que resulta ineludible, en este caso, es la organización argumentativa y la actitud reflexiva frente al objeto de discusión, que define una mirada amplia.

Epílogo

La lectura del gran libro

En el epílogo hemos reunido dos lecturas adicionales (“extracurriculares”, podríamos decir) cuyo interés reside, por un lado, en la manera en que Einstein, el padre de la física moderna, expone su amor por la actividad científica a través de la metáfora clásica que identifica a la ciencia con la lectura del libro de la naturaleza. Por su parte, el segundo de los textos (“Los herederos de Einstein”), además de ofrecer un panorama actual del estado del campo de la física, se propone aproximar la tarea del científico a la situación del estudiante que quizás -es de esperar- quiera seguir sus pasos.

2 SARLO, Beatriz; “El instante y sus visiones” en *Clarín*, Cultura y Nación, 23 de septiembre de 2001.

3 REST, Jaime; *Conceptos de literatura moderna*, Buenos Aires, CEAL, 1991.

Introducción	107
La ciencia y los problemas del hombre	109
Copenhague, 1941: ciencia y ética	117
¿Qué sucedió en Copenhague?	120
Las preguntas de la ciencia	120
La explicación científica	121
La definición	121
Escritura: La explicación paso a paso	122
La responsabilidad moral del científico	123
Informar, sugerir, interpretar	123
El dilema de Heisenberg	123
Las otras preguntas	124
Ciencia y ética, cuestiones para el debate	124
Investigación y política: los comienzos de la física nuclear en Argentina	127
Algo más sobre las «circunstancias de último momento» que impidieron la llegada de Heisenberg a la Argentina	130
Historia de un fraude científico	131
Científicos y políticos	137
A modo de síntesis	140
Epílogo: La lectura del gran libro	141

